





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 11 765-1

BIBLIOTECA NACIONAL



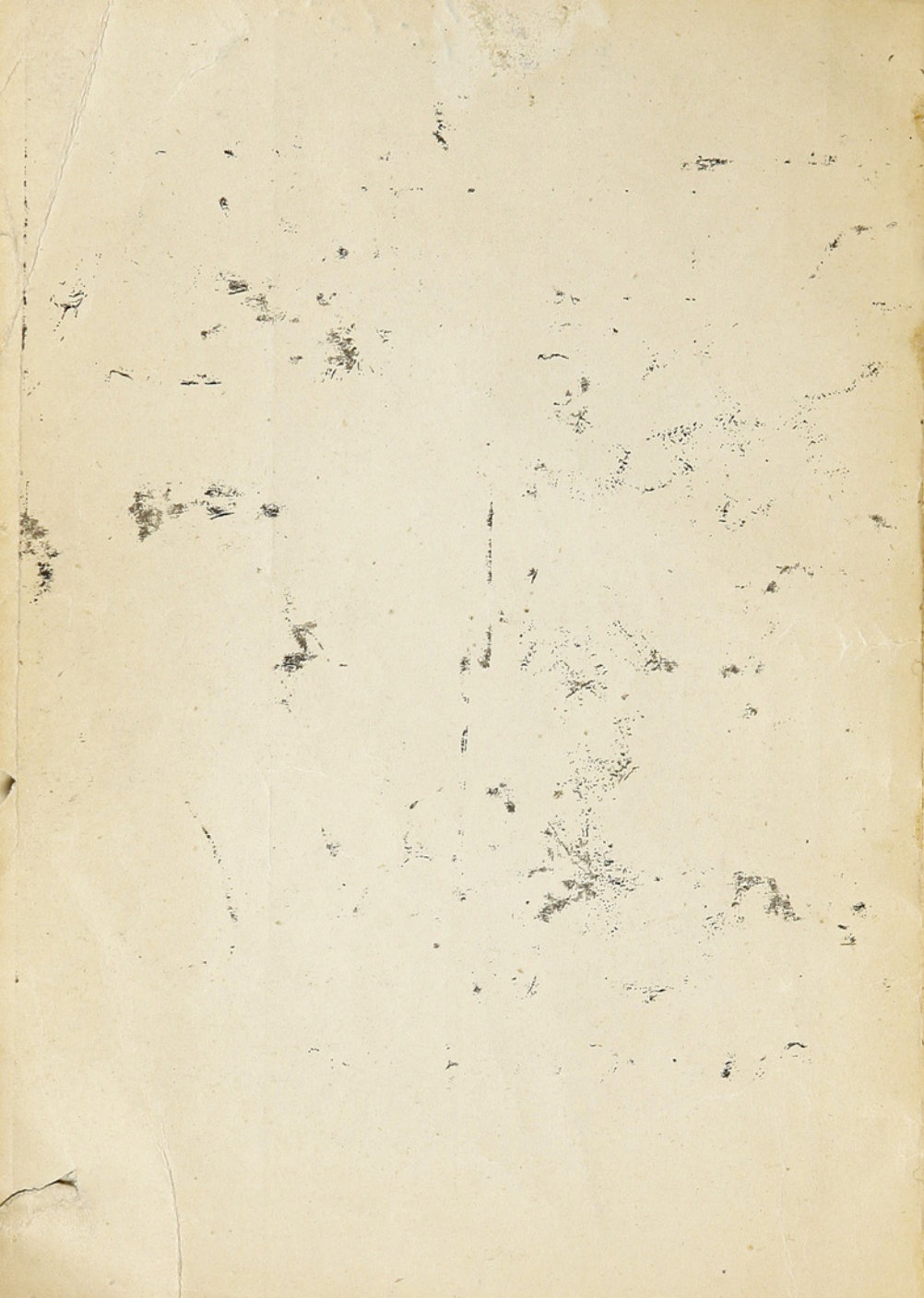
1022178

SEIS HOMBRES MUERTOS



STANISLAS
ANDRE
STEEMAN

ediciones ercilla



11/1/65-1)

Seis Hombres Muertos

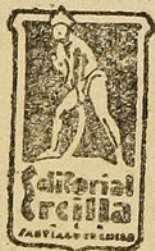
3965

Stanislas André Steeman

Seis hombres muertos

Gran Premio de
Novelas de Aventuras
::: PARIS 1931 :::

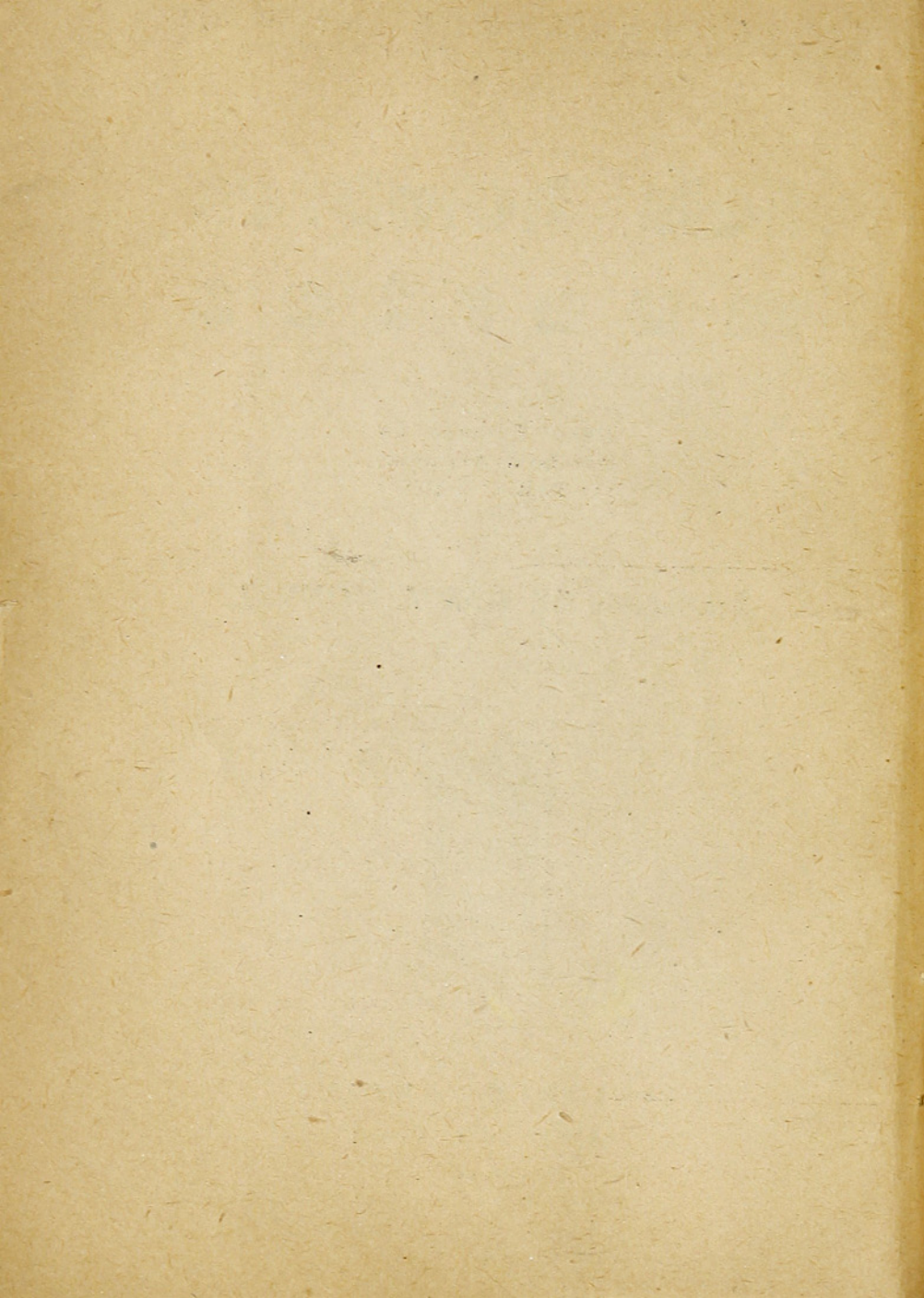
Traducción de MARIA MONVEL



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1935



C A P Í T U L O I

EL MUNDO ES NUESTRO

Senterre tomó a Perlonjour de los hombros y lo hizo entrar. En seguida lo condujo junto al mejor sillón de la habitación, diciéndole:

—Siéntate, viejo.

Y repitió con emoción:

—Viejo...

Perlonjour dejó su sombrero y su bastón sobre la mesa y se sentó. Senterre lo miraba con ansiedad:

—Dime algo...

Perlonjour no contestó.

Cinco años de aventuras lo habían cambiado poco. Era siempre el mismo, con sus cabellos rubios rebeldes, su frente echada atrás, su mirada friamente azul, y ese aire enfadado y enfurruñado al cual Senterre no se había habituado nunca.

Senterre hubiera querido abrazar una vez más al amigo vuelto a encontrar, pero algo le paralizaba. La mirada fría de Perlonjour en la que parecía leerse una inquietante interrogación, le ponía nervioso y comenzaba a tirarse de las mangas, buscando palabras. Sin embargo, cinco años...

—¡Querido viejo—le dijo—estoy tan contento de verte otra vez!

—También yo—respondió Perlonjour.

—No has cambiado, ¿sabes? Las mejillas un poco más hundidas, un poco más tostado, algo más grueso. Es todo.

—Sí, —dijo Perlonjour—es todo.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace más o menos una semana.

Perlonjour se había puesto de pie y golpeaba con los audillos los vidrios de una ventana. Sin volverse preguntó:

—¿Tuviste éxito?

Su voz le pareció temblorosa a Senterre.

—Sí, completo — respondió. ¡Soy rico, Juan!

—Muy rico, ¿verdad?

Muy rico.

Perlonjour dió algunos pasos con la cabeza inclinada. Luego murmuró:

—Te felicito.

Y agregó después de un momento:

—Siempre has tenido suerte...

Senterre le miró con tristeza. No había imaginado que esta primera entrevista pudiera transcurrir así. Sufría porque no podía dar libre curso a su entusiasmo, porque no podía celebrar delante de su amigo la obra emprendida, porque no podía felicitarse del éxito que él, Jorge Senterre, había alcanzado.

Repentinamente se sintió inquieto y preguntó:

—¿Y tú?

Perlonjour sacó una cigarrera de su bolsillo, escogió un cigarrillo, lo encendió, y le contestó con extraña sonrisa:

—¿Yo?

Lanzó una bocanada de humo y prosiguió:

—¡Pft.. me limpiaron!

Senterre se levantó de un salto.

—¡Vamos, hombre!—dijo.

—¿Te extraña?—dijo el otro con un tono en el cual Senterre creyó advertir rencor—. Estaba previsto. Claro que he tenido altas y bajas, pero...

Dejó caer los brazos.

—No importa—dijo Senterre—; traigo bastante para los dos.

Perlonjour movió la cabeza.

—No—dijo—. Eres el mismo de siempre, pero rehusa. De aquí a ocho días, habré vuelto a partir. No quería faltar a nuestra reunión, por eso he venido...

Senterre dejó caer el puño sobre la mesa.

—¡Cállate!—le gritó—. ¿Has olvidado nuestro convenio?... No todos podíamos alcanzar el éxito. Tú y yo, hasta el presente, hacemos un verdadero término medio, ¡te lo

aseguro!

Tomó la mano de Juan y la estrechó con fuerza:

—En la buena y en la mala, ¿te acuerdas?... ¡Nuestra divisa! ¡Pero cuenta tú también algo!

—Me falló el golpe, eso es todo. Y quiero...

Su tono de voz se tornó áspero:

—Quiero soportar las consecuencias solo. Si hay otros que también fallaron, espero que harán lo mismo que yo. Eres un gran tipo, pero es inútil que insistas.

—¡Idiota!—rugió Senterre.

Había cerrado los puños presa de una violenta cólera. Siempre había tenido un carácter colérico y la negativa de Perlonjour, le había puesto fuera de sí.

—Según nuestro convenio—comenzó a decir—convenio que juraste respetar...

Pero su amigo lo interrumpió poniéndole la mano sobre el brazo.

—¡Deja!—dijo cansado—. Tenemos ocho días para pelearnos, y entonces, los otros ya habrán vuelto. Por el momento estoy contento porque te vuelvo a ver...

Dijo esto con rostro duro, enfurruñado, y Senterre olvidó en el acto, hasta la causa misma de su enojo. De los cinco, Perlonjour era el que antaño le inspiraba menos simpatía, pero en aquellos momentos sentía por él un verdadero afecto fraternal que, sin saber por qué, le cohibía un poco.

El reloj que comenzó a dar ocho golpes, le dió una tregua.

—Tienes razón—dijo—. Entreguémonos hoy a la alegría de volvernos a ver. Son las ocho. Te llevo a comer al "Boreal".

Las cejas de Perlonjour se juntaron.

—¿Qué es eso, el "Boreal"?

—Un restaurant de moda, viejo. Quizás hace años que no vas a uno así, tú, que antes los frecuentabas bastante, según creo recordar.

—Efectivamente, hace tiempo—dijo pensativo Perlonjour tomando su bastón y su sombrero—. Vamos.

Cinco minutos después salían de la casa. La temperatura era suave, y la noche estaba iluminada por considerable cantidad de avisos luminosos.

Los dos hombres respiraron profundamente y se fueron caminando a buen paso. Se movían con soltura y elasticidad.

No se hablaban. Hubiera sido restar encanto al placer que sentían al volverse a encontrar en una acogedora ciudad de la vieja Europa, a la alegría de llevar pantalones con la raya impecable, a la satisfacción de sentirse recién afeitados, para dirigirse a un restaurant lleno de luces, donde iban a escuchar el aire sincopado de un jazz.

En cuanto hubieron franqueado la puerta del "Boreal", Perlonjour se sintió otro. El y Senterre habían hecho una entrada bastante notoria. Dos o tres mujeres jóvenes, ataviadas como para concurrir a un sacrificio, habían incluso alzado la cabeza para verles mejor. Sin duda llamaban la atención esos dos muchachos altos, de buena figura y tez bronceada, que aun traían en los ojos el reflejo de cielos distantes y desconocidos y que parecían venir directamente de Honolulu o de Madagascar.

Una semana había bastado a Senterre para readaptarse completamente a la vida de la ciudad, pero Perlonjour, en cambio, sentía un grato placer en componer su menú, en llamar al mayordomo y preguntarle por los mejores vinos. Al fin, no pudo resistir más, y quiso cambiar de asiento con su amigo para abarcar mejor la vista de la sala y poder mirar a las elegantes a su gusto.

—Hay algunas que llevan trajes más vistosos que los cielos de China...—dijo.

El deseo que tenía de volver al mar apenas llegado, se anulaba casi al recibir ese contacto repentino con la civilización. Después de comerse una langosta a la americana, no pudo menos de conceder él, el rebelde, que la vida era hermosa, y cosa más grave, de declarárselo a Senterre que lo escuchaba enternecido. Parecía reconocerlo todo a su alrededor: ese vendedor de violetas, esas mujeres que lo miraban con admiración en los ojos, el vendedor de diarios que iba de mesa en mesa, y por fin, esos mozos que servían rápida y silenciosamente.

—¡Hep!—dijo Juan—. Dame un diario.

Echó una rápida mirada sobre la primera página, en seguida guardó el periódico en su bolsillo.

—No está malo este vinito—dijo—. No es como...

—¿Cómo cuál?—preguntó suavemente Senterre.

—Como el que bebíamos en "Frisco"—contestó Perlonjour vencido.

Y empezó a contar sus aventuras.

Senterre lo escuchaba con atención, recordando, él también, las diferentes etapas de su vida durante esos últimos cinco años. Algunos nombres les eran familiares a los dos. Senterre había vuelto rico, más rico que un príncipe asiático. Estaba ahí y los otros pronto llegarían. ¿También ellos habrían alcanzado el éxito?... O como Perlonjour...

Una mujer pasó a su lado con el abrigo sobre los hombros, dejando una estela perfumada.

—El perfume de Encarnación—murmuró Senterre.

La volvió a ver, sentada junto a él, en el sillón donde Perlonjour se había sentado hacía poco rato. La volvió a ver con su traje de moiré gris con vuelos, con su garganta de un color ocre pálido, rodeada de un collar de perlas rosadas. Encarnación... ¿la amaba? Quizás, pero en todo caso, esa mujer no sería nunca suya.

—Eso es todo—decía en aquellos momentos Perlonjour, poniendo punto final a sus confidencias.

—¡Querido viejo!—le dijo despacio Senterre.

Y le estrechó con afecto la mano sobre la mesa.

—¡Mozo!—gritó en seguida.

Y levantándose de la silla, le entregó un billete, a la vista del cual, la mirada de Perlonjour adquirió un brillo fugaz, que muy luego se apagó.

Cuando salieron, la noche estaba tibia.

—Caminemos un poco — dijo Senterre — Después te dejaré en un taxi junto a tu hotel. Estás en un hotel, ¿verdad?

—Sí — dijo Perlonjour.

—Mañana quiero que te vengas a mi casa. Me aburro solo. Dentro de quince días, sabes, ya estarán aquí, y con que uno sólo traiga tanto como yo...

Recordó el grito de guerra lanzado por seis voces cinco años antes. Su natural entusiasmo, lo llevó a abrazar a Perlonjour y a decirle:

—¡Ahora, viejo mío, el mundo es nuestro!

Se habían detenido bajo la luz difusa de un farol. La comida fina, los viejos vinos, la atmósfera de conservatorio en que habían estado sumidos durante algunas horas, los embriagaba de felicidad y fatiga. Perlonjour se había apoyado contra un farol y Senterre miraba la luna llena y la hilera de techos inclinados hacia el final de la ciudad. Y repitió con el pecho dilatado, consciente de su poder, del poder de los seis juntos:

—¡El mundo es nuestro!

—¿En qué piensas?—preguntó Senterre.

—Me quedo aquí — respondió Perlonjour — me quedo aquí. Me siento acalorado...

Había sacado su diario del bolsillo y se abanicaba con él. De pronto lo miró con atención. En seguida se volvió hacia Senterre con el rostro descompuesto por dolorosa sorpresa.

—¡Dios mío!—dijo.

Con la punta del dedo mostraba a su amigo un artículo del diario en la sección de última hora:

“Se produjo un accidente durante la travesía”...

—¿Qué? ¿qué?—dijo alarmado por obscuro presentimiento.

Escrutó el rostro pálido de Perlonjour.

—¿Uno de los nuestros?... ¡Dí!

Perlonjour bajó la cabeza.

—Namotte—dijo—. Lee.

Senterre leyó:

“El “Aquitania” hacía una hora que había zarpado de Port-Said, cuando se oyó el grito de: “¡Hombre al agua!” El transatlántico detuvo inmediatamente sus máquinas, pero a pesar de las activas búsquedas durante la mayor parte de la noche, no se logró encontrar al pasajero. La víctima es el señor H. Namotte, que regresaba de Pekín. No se sabe a qué atribuir este accidente que contribuyó a que la travesía fuera muy triste.”

Lívido, Senterre cambió una larga mirada con Perlonjour.

—Enrique—murmuró—. ¡Pobre Enrique!...

Se hizo entre ambos amigos un desagradable silencio. Por fin, Perlonjour dijo:

—Y han escrito *accidente*.

CAPITULO II

SEIS ALEGRES MUCHACHOS

Jorge Senterre durmió poco y mal aquella noche.

Se acostó con la imagen de ese pobre Enrique en las pupilas.

Era inútil tratar de dormirse y cerrar los ojos: siempre lo estaba viendo.

Una pena profunda había sucedido a su alegría de la tarde. Se sentía oprimido. Tenía los nervios a flor de piel. La misma maravillosa imagen de Encarnación, no conseguía borrar la de Enrique.

Senterre lo volvía a ver tal cual era: liando un cigarrillo con rapidez entre sus hábiles dedos, dejándose caer con gracia sobre un sillón, alisándose el rebelde cabello con mano distraída... Enrique... Había sido su amigo más querido y el mejor, y ahora...

¿Pero era posible que hubiera sido víctima de un accidente tan estúpido? ¿Era posible que Namotte no volviera más?....

Era el mayor de todos, el que había tenido *la idea* una noche jugando poker, al perder sus últimos billetes. Jorge Senterre volvía a ver a los cuatro que faltaban, a Perlonjour, y a él mismo, reunidos en el saloncito que daba sobre el parque de los Príncipes, envueltos en la nube de humo de sus cigarrillos orientales. Namotte se había levantado al terminar el juego vacilando un poco, pues había bebido mucho. Había abierto la ventana, detenido el fonógrafo que en esos momentos tocaba "She's funny that way", y luego, dándose vuelta hacia ellos, había comenzado a hablar con su voz grave:

—¿Qué piensan ustedes? ¿Encuentran que puede continuarse así?

Y no había ninguno que, ante su clara mirada, pensara que "aquello podía continuar así".

Entonces Namotte había desarrollado su idea. Los seis partirían a recorrer el mundo. Dentro de dos días, de tres, de una semana. Como "steward", carbonero, bodeguero, mecánico, telegrafista o emigrante. La cuestión era partir. Romper las amarras con el viejo mundo, renunciar a esa idiota vida nocturna. En una palabra, irse, evadirse. Y cada uno por su lado, trabajaría firme durante cinco años. Todos eran jóvenes. El mayor, Namotte, tenía treinta y dos años. Perlonjour, el menor, veinticuatro. Cinco años para ellos, en las circunstancias en que estaban, no eran nada. En cambio, tendrían oportunidad de ver los países más bellos, las mujeres con las que soñaban, los ríos gigantes, las plantas que cre-

cen al revés y podían traer mil recuerdos hermosos para su vejez. Era la ocasión también de hacer fortuna. "Hacer fortuna", palabras mágicas...

Al amanecer, se habían puesto de acuerdo y habían hecho la promesa. Habían jurado respetar, pasara lo que pasara, su convenio; que era, principalmente, repartirse las ganancias en común, después de cinco años de trabajo. También se habían puesto de acuerdo acerca de la fecha en que deberían volver a reunirse en casa de Senterre... Por milésima vez, Senterre evocaba con emoción los rostros de sus amigos, de esos cinco alegres muchachos que habían partido a tierras desconocidas con los bolsillos vacíos, los brazos extendidos y una canción en los labios. ¡Qué de esperanzas nacidas en esa noche! Se habían separado borrachos, dando abrazos a todos lados, prometiendo mil cosas, esperándolo todo del futuro.

Rompieron cada uno con su pasado y se perdieron en puertos y estaciones. Ninguno había sentido dejar la patria, excepto Perlonjour y Gribbe, que dejaban a sus madres viejecitas en un pueblito a la orilla del camino y a las que engañaban respecto al tiempo en que estarían ausentes. Las dos viejecitas habían esperado día tras día con tenacidad la vuelta de "sus pequeños". Y lograron resistir la atroz espera viviendo muy lentamente, vestidas como para una fiesta, sobresaltándose a cada paso que se acercaba a sus puertas...

Senterre pensó que una de las dos iba al fin a recibir su recompensa, pero la otra, la madre de Gribbe, ¿tendría también la misma felicidad? ¿Dónde estaba Gribbe? ¿Y Tignol? ¿Y Gernicot?...

Y si alguno de ellos volvía como Perlonjour, vencido, ¿se negaría también a aceptar el reparto de las ganancias de los otros? ¡Ese Perlonjour!... Era por delicadeza, por amistad, que se negaba a aceptar el ofrecimiento de Senterre. Pero un trato es un trato, y un juramento hay que cumplirlo. Todos para uno y uno para todos. ¿No se habían jurado ante Dios repartirse el fruto de sus esfuerzos de cinco años? Era eso, precisamente, lo que los había decidido ya que la mala suerte no los acompañaría a todos y que por lo menos a dos les podría sonreír la fortuna.

Y ahora Perlonjour parecía haber olvidado todo eso, las

promesas, la palabra empeñada que era algo sagrado... ¡Ah!, pero él, Senterre, lo sabría convencer y los otros tres, Gribbe, Tignol, Gernicot que llegarían dentro de quince días, de ocho, o antes.

El reloj dió tres campanadas y Senterre se dió otra vuelta en el lecho.

¡Qué bella aventura! ¿Cuál de entre ellos, sino él entre todos, habría podido comer hace cinco años a sus anchas?

Perlonjour, Gribbe y Tignol tenían sólo su juventud, trabajando como animales, de día, para gastárselo todo de noche en cualquier sitio equivoco. Namotte y Gernicot, como hijos de familia conscientes de sus obligaciones, habían rápidamente dilapidado sus fortunas y, en consecuencia, reñido con sus parientes.

En cuanto a él, Senterre, era el único para quien los cinco años de destierro aparecían como el único medio de salvarse de la miseria. En esa época, tenía escrito un volumen de versos hechos en los ratos libres que le dejaban las carreras de caballos y que había vendido con éxito, con gran indignación de Namotte. Sin embargo, la razón que lo había instado a unirse a sus compañeros era la atracción de la aventura y de lo desconocido, que lo hacía estremecerse a la vista de algún puerto nuevo visto a la luz tenue del amanecer.

Senterre se alzó en el lecho y encendió la luz. Le pareció oír el timbre de su departamento.

El joven vivía en una casa de departamentos con dos puertas separadas por un ascensor. La entrada principal quedaba abierta toda la noche como en un hotel. ¿Sería el sereno? ó...

Por segunda vez sonó la campanilla que repiqueteó largamente.

—¿Quién podrá ser?—refunfuñó Jorge—. Y naturalmente, ese imbécil de José no se va a levantar a abrir.

José era su valet.

El joven se levantó, se puso la bata, se calzó las zapatillas y fué a abrir.

—Un telegrama para el señor.

—¿Un telegrama?

Ya el muchachito del telégrafo había bajado corriendo las escaleras.

Senterre cerró la puerta y se afirmó en ella. En seguida rompió el sobre y leyó:

"Venta con Namotte en el "Aquitania". Mañana posiblemente estaré en tu casa.—Gernicot."

CAPÍTULO III

UNA NOCHE EN LAS BERMUDAS

Habiéndole dado permiso a su criado para salir, fué él mismo a abrirle la puerta a Encarnación, que lo saludó con una leve inclinación de cabeza, y una exclamación ahogada. Después, pasando delante de su huésped con una indiferencia, nacida, se hubiera dicho, de una antigua costumbre, se dirigió directamente hacia el salón.

Senterre cerró la puerta con cierta laxitud y se reunió con la joven que ya había tomado asiento en un sillón cerca de la ventana.

—Así es que—dijo de un modo pausado—le volveré a ver...

Hablaba de manera suave y desganada. Probablemente sentía emoción, pero sin manifestarla.

—He aquí lo que me ha escrito—dijo Senterre, mostrándole el telegrama de Gernicot, telegrama que ya le había leído por teléfono algunas horas antes.

En seguida se levantó y se puso a caminar por la habitación con las manos en la espalda y los ojos fijos en la alfombra para no ver a Encarnación.

¡De qué le servía mirarla, admirarla y contemplarla devotamente! ¿Para recordarla mejor ausente quizás? Era una tortura inútil. Esa mujer no era para él. El lo sabía. Y si los días pasaban se habría podido ilusionar con esperanzas vanas.

Apenas recibió el telegrama de Gernicot, Senterre había llamado a Encarnación. Su imagen le perseguía, aunque sólo hacía ocho días que la conocía. Creía incluso estar enamorado. Ella le había hecho dos visitas cortas durante las cuales había perdido él todo su control y presencia de ánimo de hombre de mundo.

—¡Qué telegrama más extraño!—dijo dulcemente Encarnación—. ¿No lo encuentra usted así, señor Senterre?

—¿Extraño?—dijo el hombre interrumpiendo su paseo circular alrededor de la pieza—. ¿Por qué extraño?

Se atrevió a mirar cara a cara a su interlocutora.

La joven movió la cabeza.

—¿Por qué ha escrito: “estaré en tu casa posiblemente...”? ¿Imagina que algo pudiera retenerle aunque sólo fuera una hora lejos de usted, lejos de mí?...

—No comprendo—dijo Senterre.

—Este telegrama es extraño—repitió con viveza Encarnación—. Y ni siquiera me ha avisado.

—Pero, ¿sabe acaso que usted está aquí?

—¡Creo que podrá recibir los mensajes del corazón!

La joven volvió sus hermosos ojos hacia Senterre.

—Usted es su amigo, su mejor amigo, según creo. A lo menos, de usted me ha hablado más que de los demás.

Senterre juntó febrilmente las manos. ¿Qué demonios lo arrastraba repentinamente? Dió un paso hacia su visitante y murmuró con voz temblorosa:

—La amistad es a veces un peso muy grande...

—¿Qué quiere usted decir?—dijo Encarnación, abriendo su pequeño bolso y sacando una cigarrera de oro.

Senterre se mordió los labios. La respuesta estaba en dos palabras, pero él no tenía derecho. Gernicot era su amigo y esa mujer pertenecía a Gernicot. Y no era conquista que se pudiese compartir como el botín traído de Manchuria o de Halifax.

Senterre se juzgaba con severidad. Esa confusa esperanza que apenas se atrevía a condensarse y que alimentaba desde que había visto por primera vez a esa mujer, ese deseo de que la divina providencia intercediera milagrosamente en su favor, ¿no era acaso, en cierto modo, la esperanza de que Gernicot no llegara?

Sí, él, Senterre, había llegado hasta eso. El amigo fiel, el hermano de elección, se había dicho que tal vez Gernicot no llegaría y que entonces nada en el mundo le impediría confesar su amor a Encarnación.

—¿Qué quiere usted decir?—insistía ella dulcemente.

—No sé—murmuró Senterre, dejándose caer en el sillón. Se tomó la cabeza con las dos manos.

¿Por qué no había tenido valor para esperar unos días más? ¿Por qué dos veces había venido a verlo, sentándose en

el sillón frente a él, con la sonrisa de sus labios pintados y su mirada cálida como una caricia? Desde la primera vez, le había asegurado que no tenía noticias de Gernicot desde hacía cinco años, y también le había dicho que, en cuanto estuviera informado de su regreso, le avisaría en el acto. Pero ella no había podido esperar. Había venido a visitarle la vispera para decirle que estaba horriblemente inquieta por la falta de noticias de Marcelo Gernicot. Que desde hacía dos años no lo había vuelto a ver y que estaba sin recibir una sola noticia desde entonces. Que era, pues, imposible, que no le hubiera ocurrido algo.

—Pero—había recalcado Senterre—usted me dijo que no le había dado su dirección.

Después había comprendido su vanidad. A Encarnación no se le hablaba con razones: había que darle siempre la razón.

—Las nueve—dijo la joven—. ¿Piensa usted que tardará mucho tiempo todavía?

Senterre no respondió, al menos no respondió en seguida. La casa estaba silenciosa y sofocante la atmósfera del salón. La tempestad parecía inminente. Y esta espera, esta espera que se cifraba en años, era decepcionante...

Bruscamente, se levantó Senterre, abrió un pequeño armario, sacó cuatro vasos, un "shaker" y un número respectable de frascos ventrudos.

—Vean ustedes — dijo — si estaré convencido de que vendrá. Empiezo a preparar los *cocktails*...

—¿Por qué cuatro?—preguntó la joven.

—Usted, él, Perlonjour y yo... Creo que hacen cuatro.

—Pero, su amigo Perlonjour, ¿no se ha marchado?

—A abrazar a su anciana madre—respondió Senterre—. Pero seguramente no tardará en volver.

Angostura, limón, hielo molido. Jorge agita la coctelera.

—¡Dios mío—suspira éste—qué calor hace! Una verdadera atmósfera de tempestad, ¿no es cierto?

—¿Lo cree usted así?

Encarnación aplastó su cigarrillo contra el cenicero, lo que dió ocasión a Senterre de admirar una vez más la curva admirable de su brazo desnudo.

—Esto me recuerda—dijo ella con lentitud—la noche en que encontré a Marcel la primera vez, en las Bermudas...

Permaneció un instante como soñando:

—Fué una noche loca.

Senterre esperó anhelante. Comprendió que la joven, fatigada de la espera que no terminaba, iba a hablar de ella, de "ellos".

Pero se mostró poco inclinada a las confidencias. Dijo solamente:

—Mirábamos el mar: se hubiera dicho que era de terciopelo azul. Me había dicho cosas simpáticas como ésta: "Con él quisiera hacerte un traje muy bello"... Después me declaró: "Eres hermosa y te amo. Haré de ti la más adulada de las mujeres. Serás infanta y reina un día, si así lo deseas." Y entonces dije yo: "¿Y qué tendré que darte yo en cambio?" Me miró largo rato y me respondió: "Nada." En el acto, decidí acordárselo todo... Al día siguiente, por la noche, partía él para Charleston.

Senterre sentía la garganta seca.

Interrogó con esfuerzo:

—¿Y por razón de esas solas palabras, se guarda usted para él después de dos años?...

—Exactamente.

De nuevo se hizo el silencio en la habitación... Senterre fumaba nerviosamente. ¿Era posible que hubiera encontrado una mujer como aquélla para perderla en seguida? Se sentía roído por agudo sufrimiento. ¡Qué lejos estaba el deseo que había experimentado de ver regresar a Gernicot! ¡Qué le importaba ahora escuchar de sus labios detalles sobre la muerte de Namotte! Para él no existía ya sino esa mujer a quien amaba, y él con su insoportable sufrimiento.

La miró una vez más con fervor. Era quizás la última vez que podría mirarla como ahora. Detalló sus admirables cabellos de un negro azulado, su talla esbelta, sus manos finas y blancas, un poquito gruesas. Llevaba esa noche un traje azul, de un azul pesado y conmovedor, sin otra claridad que la proporcionada por una cruz de oro suspendida a su cuello. Sonó el reloj y Encarnación pareció arrancarse a un sueño.

—Las diez—dijo—. ¿Por qué no está aún aquí?

Y agregó, sin que su voz traicionara la menor emoción:

—Tengo miedo, señor Senterre.

Senterre se empenó en reír con una risita reconfortante:

—¿Miedo? ¿De qué?...

Pero ella no respondió sino con una nueva pregunta:

—¿Por qué concurso de circunstancias, cree usted, puede un hombre caer al mar?...

Entonces escucharon detrás de ellos un ligero ruido y respondió una voz:

—Por el concurso, por ejemplo, de una agresión criminal.



CAPITULO IV

EL MIEDO A LA TEMPESTAD

—¡Querida!—murmuró Gernicot, con Encarnación ya en los brazos.

Pero la rechazó casi en seguida para ir a Senterre y abrazarlo silenciosamente. Dió después dos o tres pasos atrás, y Jorge pudo contemplar a su gusto los estragos ocasionados en su fisonomía.

Gernicot, a quien él había conocido tranquilo, seguro y dueño de sí, volvía con un semblante lleno de tics, cubierto de barba, comido por dos ojos fijos de mirada extraviada. Un mechón de cabellos le barria la frente y su corbata estaba anudada de través. En fin, Senterre vió que una de sus manos, aferrada a un botón de su vestón, temblaba...

Esta transformación que parecía profunda, debió advertirla Encarnación al mismo tiempo que Senterre. Ella permaneció un instante quieta, cogida por una sorpresa sin límites, cuando Marcel la rechazó para estrechar a su amigo entre sus brazos. Todavía pareció esperar algunos momentos que aquella fraternal efusión terminase, para que Gernicot volviese a ella.

Pero nada de esto hizo él. Se quedó plantado en medio del salón, la mirada fija hacia adelante, inclinados los hombros.

Entonces fué ella la que corrió de nuevo hacia él y poniendo sus manos en sus hombros, se empinó en la punta de sus pies para hacerle la ofrenda de su hermoso rostro tras-

tornado. El no pareció advertirla y la expresión de su mirada fija, un sí es no es estúpida, no cambió.

Senterre intervino:

—¿Por dónde entraste, viejo?

Gernicot respondió sin volver la cabeza:

—Por la puerta.

Y agregó:

—Cierras muy mal las puertas.

—Pero la misión del sereno...

—No estaba en su puesto.

—¿Llegaste a pie?

—En taxi.

—No hemos oído nada.

—Es que le hice detener en el extremo de la calle.

Por segunda vez, Gernicot se liberó dulcemente de los brazos de Encarnación y se dejó caer en un sillón.

—Temo—dijo—que sobrevenga una tempestad...

Y terminó como hablándose a sí mismo:

—Nunca he podido soportar una tempestad.

Encarnación miró a Senterre. Ahora era posible ver claro en ella y darse cuenta de que era una criatura completamente desamparada. Ese hombre que estaba ahí, deshecho ante ella, con la tez terrosa, agotado por misterioso abatimiento, no era para ella reconocible. ¿Era el mismo que le dijera antaño: "Haré de ti una reina"...?

Resonó un gruñido lejano y Gernicot se sobresaltó.

—¡La tempestad!—balbució—¡la tempestad!...

Su voz traducía una especie de terror.

Senterre se acordó. Era cierto que, desde hacía cinco años, y en la época en que, al parecer, Gernicot no temía ni a Dios ni al diablo, se espantaba a la vista de un relámpago, y caía, todo el tiempo que duraba la tempestad, en un estado de postración la más completa. Sin embargo, esto no bastaba para explicar una turbación tan profunda como aquella en que parecía ahora sumergido.

Senterre sintió escrúpulos de interrogarlo, pero el doloroso mutismo de Encarnación, le impulsó a hablar.

—Gernicot—dijo.

Gernicot le miró.

—¿Cómo murió Namotte?

—Han debido tirarle por la borda—respondió Gernicot.

Un escalofrío sacudió a Senterre.

—¡Marcel!—gritó—. No es posible, ¿no es cierto? ¿No querrás decir que han asesinado a Namotte?

Gernicot inclinó la cabeza abatido.

—Es lo que quiero decir—murmuró.

Senterre acercó su sillón cerca del suyo y cogió la mano de su amigo.

—¿Qué te pasa, viejo?—interrogó con ansiedad—. Tienes un aspecto horriblemente enfermo. ¡Habla, por el amor de Dios!

—Tengo miedo a la tempestad—repitió Gernicot en voz baja.

Senterre alzó los hombros con violencia:

—¿Estás en tu juicio? No pretenderás que creamos que es eso lo que te pone en semejante estado. Mirame, pobre viejo. Pareces un hombre aterrado, perseguido... sí, perseguido...

—Cállate—dijo sordamente Gernicot—. No puedes saber...

—Quiero saber. Habla.

—Bueno...

Gernicot vaciló. Lanzó una mirada desesperada a Encarnación y concluyó:

—... estoy condenado.

—¿Qué?—exclamó Senterre—. ¡Condenado! ¿Condenado a qué?

La respuesta fué apenas perceptible:

—A muerte.

Senterre pateó en el suelo.

—Estás ebrio o loco—exclamó—. ¿Qué significa esta historia? Te juro que tendrás que explicarte, y en seguida...

Un violento trueno le cortó la palabra y la lluvia comenzó a crepitar contra los vidrios.

—¡La tempestad!—gimió Gernicot—. ¡Dios mío! ¡Cuánto sufro!...

Se torció las manos.

De nuevo, las miradas de Encarnación y de Senterre se cruzaron. El retorno de Gernicot parecía acercarlos en lugar de separarlos. Los dos habían experimentado una cruel decepción. Encarnación se preguntaba si no había sacrificado dos

años de su vida a una ilusión y Senterre se desolaba al pensamiento de haber perdido un amigo.

Sin embargo, fué el primero en rehacerse. Ese hombre de miserables reacciones, había sido un franco y sólido muchacho, él, compañero de los buenos y de los malos días. Era preciso socorrerle, costase lo que costase.

Senterre cogió de nuevo las manos húmedas de Gernicot entre las suyas, y las oprimió.

—Escucha, viejo—le dijo con tono persuasivo—no sé lo que ha sido de ti desde hace dos años. Hoy día, me haces el efecto de un enfermo. Cerca de nosotros, nada tienes que temer. ¿No quieres confiarte a mí? Me dices que *han* arrojado a Namotte por encima de la borda... ¿Quién ha sido?

Gernicot lanzó en torno suyo una mirada teñida de recelo.

—No puedo decírtelo...—respondió—. Pero quizás... ¿Está bien cerrada la puerta, esta vez? Deberías ir a asegurarte...

Senterre hizo lo que se le pedía. El mismo se sentía ahora nervioso, vagamente inquieto. Decidido a reaccionar. Sirvió los cocktails y vació el suyo de un golpe.

Gernicot, sin tocar su vaso, se llevó las manos a la garganta y se arrancó el cuello de un golpe. Tenía el rostro inundado de sudor.

—Sí... sí...—comenzó—. Voy a decirte... Pero, ¿cómo hacerlo?... No sé gran cosa... Mejor dicho, adivino, comprendo... Sí, comprendo...

Los truenos se sucedían sin interrupción. Gernicot hundidos los dedos en los brazos de su sillón, prosiguió:

—¿Crees en los presentimientos, Senterre?... ¿Nunca has vivido una de tus pesadillas?... Es lo que me sucede... Fué en Pekín, creo donde recibí el primer aviso; el presentimiento del drama del "Aquitania". La víspera, había encontrado a Namotte. Me dijo que era rico, tan rico como yo. Pero también me pareció que temía algún peligro desconocido. "Me apresuro a dejar Pekín—me declaró—. Es difícil no hacerse de enemigos, y muchas gentes saben, sin duda, que estamos atestados de oro. Esto no me gusta." Tampoco me gustaba a mí, y su inquietud se parecía mucho a la mía, para que no me alarmara sobremedida. Sin embargo, a medida que nos alejábamos del Asia, Namotte se mostraba más

contento. Me hablaba con entusiasmo de sus aventuras y evocaba sin cesar tu imagen y la de nuestros amigos. Paralelamente, como él, también me sentí más confiado y no estuve lejos de acusar al clima de habernos jugado a los dos una mala pasada, cuando el drama se produjo. Es inútil que me hagan ustedes preguntas a este respecto. No sé sino lo que los diarios han contado. Pero...

—¿Pero?—dijo Senterre.

—Fui el primero en llegar al puente superior, como comprenderás. Y me pareció ver una sombra que huía.

—¿Estás seguro? — dijo Senterre.

Gernicot sacudió la cabeza.

—No—dijo—. No estoy seguro de nada. Las sombras de la noche, tú sabes... ¡Si estuviera seguro! ¡Pero no lo estoy, y eso es lo terrible!...

Sobrevino el silencio. La violencia de la tempestad parecía decrecer. La lluvia tamborileaba en los vidrios. El reloj dió la media.

—¡Mi pobre viejo!—dijo Senterre—. Date cuenta de que tus temores y presentimientos no son sino la causa de alguna maligna fiebre que te ha cogido por allá. Nada nos prueba que Namotte no haya caído accidentalmente al mar. Y menos me explico todavía, qué es lo que te hace decir que te encuentras condenado...

Gernicot se enjugó varias veces la frente con su pañuelo antes de contestar:

—No procuraré convencerte, pero, ¡cuidado! No sólo yo estoy condenado. También tú lo estás.

Senterre dejó caer el puño con fuerza sobre la mesa.

—¿Te burlas, acaso, de nosotros?

—Eres un hombre muerto—replicó Gernicot—. Es bueno que lo sepas.

—Dime, oye, — intervino Senterre — ¿Fumaste opio en Pekín?

—Si—confesó Gernicot—. Pero no creo que la droga me haya enteramente embrutecido. Más bien, imagino que ha aguzado mis sentidos. Ciertamente, gracias a ella, comprendo más rápidamente las cosas.

Senterre levantó los brazos al cielo y los dejó caer con desesperación.

—Marcel—dijo—por tu amistad, por mí, por tu amor a

Encarnación... mañana mismo debes comenzar un régimen desintoxicante.

—No estoy intoxicado—replicó Gernicot—. Te burlas de mi clarividencia, me reprochas que te hable de presentimientos, pero...

Su voz tembló:

—Acuérdate de lo que yo era hace cinco años. Nunca te di la impresión de un loco, ¿no es cierto? Y tú...

Se volvió hacia Encarnación:

—¿No me mostré digno, hace dos años, de inspirarte confianza? ¿No nos hemos comprometido por la fe de aquellas palabras cambiadas entre cielo y mar?...

Una emoción repentina oprimió la garganta de Senterre.

—Marcel—dijo—no quisiera sino creerte. Si un peligro te amenaza o nos amenaza, lucharemos juntos, lado a lado... ¡y venceremos! Pero, para ello, es preciso que me lo digas todo... ¿Me lo has dicho ya todo?

Gernicot miró a su amigo con larga y profunda mirada. Después murmuró:

—Creo que nuestro enemigo lleva anteojos con vidrios ahumados y una barba rojiza...

En ese momento resonó en el exterior un largo silbido.

Se hubiera dicho que se trataba de una señal.

C A P I T U L O V

VIDRIOS AHUMADOS Y BARBA ROJA

—¿Han oído ustedes?—preguntó Encarnación.

—Algún portero del hotel que llama a un taxi—respondió Senterre.

—A propósito—dijo a su turno Gernicot—. El mío debe estar esperando en la esquina con los baúles de Namotte y los míos.

—¿Y por qué—dijo Jorge—le dejaste detenido allá? ¿Temías ser perseguido?

Gernicot asintió con la cabeza e hizo señas a su amigo que guardara silencio. El mismo pareció tender la oreja a los ruidos que venían del exterior. Senterre pensó que Marcel

esperaba escuchar un nuevo silbido o alguna cosa de ese género, pero luego se vió desengañado.

—La tempestad se aleja, ¿no es cierto?—dijo Gernicot. Hizo una corta pausa. Después: —Creo que por hoy ha terminado.

—Ciertamente—dijo Senterre—. Vamos, ya puedes respirar.

E impulsó hacia Gernicot el *cocktail* preparado poco antes de su llegada.

—Bebe, no hay nada como eso para levantar el ánimo de un hombre.

Gernicot obedeció y un ligero color encendió pronto sus mejillas.

—Estoy mejor—constató con satisfacción—. Estoy evidentemente mejor. Debo... haber causado en ustedes una curiosa impresión... una penosa impresión. Pero la tempestad, lo sabes, Senterre, me pone los nervios de punta, me arranca todas mis energías. Podría arder mi casa durante un incendio, sin que yo levantara el dedo pequeño para procurar extinguirlo. ¿Quieres prepararme otro *cocktail*, Jorge?

—Con mucho gusto—se apresuró a contestar aquél.

En un minuto o dos, se podría conversar seriamente con Gernicot. Se manifestaba mucho más contento, aunque siempre parecía pesar sobre él cierto malestar.

En cuanto a Encarnación, jugaba, con los párpados bajos, con la cruz de oro de su collar. Su rostro se había tornado impenetrable y Gernicot evitaba el mirar hacia su lado.

Fué él quien habló primero con gran sorpresa de Senterre.

—Encontré a ese hombre—dijo—en una calle de Pekín, por la noche. Detrás de sus anteojos, su mirada resultaba inasible, pero hubiera jurado que sus ojos estaban fijos sobre mí. Más tarde, cuando llegué al puente superior del "Aquitania", algunos instantes después de la caída mortal de Namotte, creí ver, ya te lo he dicho, un hombre que huía. Creí también notar que ese hombre llevaba barba; su aspecto, su silueta, me recordaban mucho al otro... Pero puedo haberme equivocado. Sabes que cuando nos sorprende una fisonomía, creemos verla siempre... Pero esos anteojos ahumados, esa barba flotante, los he visto una vez, otra vez, y ésta con certeza, fué en los momentos en que el taxi que me con-

dujo aquí, dejaba la estación. El desconocido se mantenía inmóvil al borde la acera, no hacía nada por ocultarse, pero tengo la certidumbre que nos ha seguido desde Pekín, que arrojó a Namotte al mar—después de haberle aturdido, sin duda—y que mañana, si no es en seguida, se apoderará de mí, de nosotros...

—Pero, ¿por qué?—dijo Senterre.

—¿Por qué? Tengo una idea—dijo Gernicot—. No es más que una simple hipótesis, pero que lo explicaría todo. Admitamos un instante que ese hombre u otro, hubiera sabido, que Namotte y yo habíamos hecho fortuna, que haya tenido también conocimiento de las cláusulas del contrato que nos ligó a los seis hace cinco años...

—¿Y?...

—Y, ese hombre, después de haber matado a Namotte, me matará, te matará, nos matará a todos, los unos después de los otros.

—¡Eso no puede ser!—protestó Senterre.

—¡Vaya si puede ser! Escucha... Debemos partir nuestros beneficios. Ignoro si los otros han alcanzado éxito también, pero la partición les hará ricos. He aquí, pues, la situación... Somos seis, seis, menos uno ya, para coger nuestra parte de una herencia que se cifrará en millones. Cada vez que uno de nosotros desapareciera, la parte de los que quedaran, crecería en proporción. Si el poder casi infernal que presiente dirigido hacia ese fin, se encarniza contra nosotros, no existirá en un porvenir próximo, sino uno de nosotros con vida. Y su fortuna será considerable. ¡Entonces el otro dará su último golpe!

—Tienes una imaginación prodigiosa—dijo Senterre burlándose—. Lo que cuentas, es más emocionante que un film americano...

—¡Ah! ¿sí?

—La vida no es un romance folletinesco. Habría sido preciso que tu hombre hubiera esperado cinco años, sin saber siquiera si volveríamos todos con los bolsillos vacíos.

—No es necesario; puede haber sabido esto después de nuestra partida, hace dos años, hace un año y quizás solamente hace seis meses.

—¿Cómo? ¿Por quién?

—Dios lo sabe..

Pero Senterre, a pesar de todo el deseo que manifestaba de prestar indulgentes oídos a la rocambolesca historia de su amigo, no podía admitir la hipótesis de Gernicot. Este proporcionaba a un desconocido apenas entrevisto un verdadero genio del mal, y, ¿a causa de qué? de pesadillas, de presentimientos. ¿El hombre de barba roja encontrado recientemente? Pero el mundo está lleno de hombres con la barba roja.

—Por lo demás—dijo, —no son seis personas las que tu hipotético asesino tendría que suprimir. Son ocho, quizás más... Hace cinco minutos, hablabas de nuestro convenio: olvidas que si Perlonjour y Gribbe muriesen, sus ancianas madres tocan su parte. Tignol, incluso, podría volver casado...

—Evidentemente—dijo Gernicot—eso hace algunas vidas más, pero el hombre de la barba roja, si es realmente tal como lo imagino, no debe mostrarse particularmente conmovido por las vidas de otros...

Senterre sacudió furiosamente la cabeza.

—¡No, viejo mío, no!—exclamó—. No turbarás mi serenidad. Namotte ha debido caer al agua, sencillamente.

—¿Cómo? Sería necesario admitir que esa noche hubiera estado ebrio. No era el caso. Yo lo dejé un cuarto de hora antes alegre y desbordante de vida. ¿Lo imaginas tú cogido por el vértigo o atacado de un acceso de fiebre maligna? Esto sería todavía mucho más romántico que todas mis sugerencias.

—Sin embargo, la teoría del accidente ha sido admitida.

—Naturalmente, porque es cómoda...

Se hizo un corto silencio.

—Eso no me salvará probablemente de lo que me espera—continuó Gernicot—, pero he dedicado la mañana y una parte de la tarde a poner en lugar seguro las cosas que traigo de allá. En cuanto a eso, estoy seguro de ser el único ser en el mundo que conoce el sitio donde os será preciso buscar mi parte en caso..., en caso en que fuera yo otra víctima de accidente, de un accidente del género del que le acaeció al desgraciado Namotte. No he tenido tiempo de abrir sus maletas, pero vamos a mandar por ellas y a examinarlas jun-

tos, si quieres. Estoy casi seguro de que no han podido robarle nada aun...

—Pero es una imprudencia loca el haberlas dejado en un taxi cuyo chofer te es seguramente desconocido.

—He tomado el número del coche, y habría sido con toda seguridad una imprudencia mucho mayor el haber detenido el vehículo frente a tu casa.

Senterre no era de esta opinión. Una idea fija se había apoderado del cerebro débil de Gernicot. Imaginaba en todas sus piezas un demonio del crimen, pero no se cuidaba en lo más mínimo de los ladrones ordinarios. Así, pues, Jorge llamó inmediatamente al sereno del hotel por teléfono, dándole orden de que acudiese en seguida al sitio en que se encontraba el taxi y transportase las maletas de Gernicot y de Namotte al vestibulo donde iría a recogerlas él mismo con su amigo.

—Alojarás aquí—decidió—con Perlonjour y yo. Te acostarás en mi lecho: pareces extenuado y tienes más necesidad de dormir que nosotros. Perlonjour dormirá en el diván y yo en un sillón. Mañana quizás tengamos noticias de Tignol y de Gribbe. Nosotros...

Se interrumpió mirando a Gernicot. Este había desabotonado su chaleco y abierto su camisa.

—Mira, Senterre—dijo.

Senterre y Encarnación se aproximaron.

Sobre el pecho de Gernicot, había un tatuaje dispuesto de este modo:

1. 112 ' 4 ^ 0 III

—¿Qué es eso?—preguntó Encarnación con su voz tranquila—. Supongo...

—Es—interrumpió Gernicot—el medio de descubrir el sitio en que he ocultado lo que traigo. Había, a bordo del "Aquitania", un marinero maestro en el arte del tatuaje. Tomé la decisión ésta desde hace tiempo, desde que descubrí a nuestro enemigo... eventual, recurriendo a un procedimiento muy en boga entre los piratas, y sabiendo ya, en esos momentos, donde escondería mi parte, me dirigí a ese marinero. Mañana...

Vaciló ligeramente.

—Mañana, Senterre, te daré la clave de este cliptograma...

Por la primera vez, después de su retorno, rió un poquito:

—... porque esta noche, en tu compañía y en la de Perlonjour, no creo que pueda temer gran cosa.

—¡Vaya!—dijo Encarnación con vivacidad—. No digas cosas semejantes, querido, porque provocas a la suerte.

Senterre alejó su mirada del pecho de Gernicot. Sus ojos encontraron los de Encarnación y no pudo impedir el bajarlos rápidamente, al mismo tiempo que un súbito rubor invadía sus mejillas. Porque, bajo el tatuaje de Gernicot, un poco a la izquierda, había distinguido otro, anterior sin duda, y que más valía que la joven no viese.

Esta colocó su mano en el brazo de Gernicot.

—Había esperado, —dijo con tono de dulce reproche— verte algún tiempo en “tête a tête”, pero ahora pienso que tendremos que dejarlo para mañana.

—Yo puedo dejarles solos...—se apresuró a decir Senterre.

Pero se calló. Un nuevo silbido acababa de escucharse afuera.

Gernicot le miró:

—¿Existe acaso—interrogó—un hotel en esta calle?

—Al frente—respondió Senterre.

—Es posible que el portero llame incesantemente a cuantos taxis pasan por la calle, pero quiero de todos modos estar tranquilo.

Gernicot fué hacia la ventana y la abrió cuán grande era.

Una bocanada de aire fresco penetró en la estancia.

Senterre, también, se aproximó y vió repentinamente brillar una luz en la fachada del hotel al otro lado de la calle desierta.

En seguida percibió una silueta que se recortaba sobre la pantalla de una ventana iluminada. Era la de un hombre alto de anchos hombros. Parecía mantenerse inmóvil, pero Senterre, forzando su atención, advirtió que llevaba barba, que sus ojos se mantenían estrictamente disimulados detrás de sus anteojos y que alzaba con lentitud el brazo derecho.

—¡Dios mío! — exclamó repentinamente espantado—. ¡Marcel, agáchate!...

—¿Por qué...?—alcanzó a decir Marcel.

Pero resonó una detonación breve. Gernicot vaciló, procuró afianzarse de las cortinas y cayó fulminado sobre el parquet.

CAPITULO VI

LO INESPERADO

Senterre se había echado de rodillas.

—¡Marcel!—gimió—¡mi viejo Marcel!

Una mortal palidez había invadido el rostro de Encarnación, apoyada contra el respaldo del sillón. Sus labios temblaban y se oprimían sus manos contra la crucecita de oro.

—Que...—balbuceó ella.

Pero no pudo continuar.

Con precaución, Senterre había levantado a Gernicot y le había apoyado el busto contra su rodilla. Se sentía violentamente desesperado, con una especie de desesperación curiosa. Maquinalmente, acariciaba las sienes empapadas de sudor de su amigo. Murmuró:

—¡Perdón, viejo mío!... Ha sido por mi causa... Yo tengo la culpa... Yo, que no quise creerte... ¡Perdón!...

Gernicot abrió los ojos y apretó los labios. Su rostro parecía horriblemente contraído. Tuvo, sin embargo, fuerzas para esbozar una miserable sonrisa.

—¡Ya... me cogió!—logró decir.

Después cerró los ojos y Senterre sintió que todo su gran cuerpo temblaba.

—Llévame... Llévame al lecho—murmuró todavía.

Senterre le cogió en sus brazos y le levantó como a una pluma. De pie, frente a la abierta ventana, observó que, al otro lado de la calle, la fachada del hotel había cerrado su ojo de luz y todo parecía tranquilo. ¿Nadie había, pues oído el disparo, nadie había dado la alarma?

Senterre, con Gernicot entre sus brazos, se volvió hacia Encarnación, que parecía haberse convertido en estatua de cera:

—¡Rápido!—ordenó—. Telefóneee usted a la policía... No..., no hay un minuto que perder.

En pocas zancadas atravesó la pieza y, de un puntapié, abrió la puerta que la comunicaba con el dormitorio. En seguida depositó, dulcemente, a Gernicot sobre el lecho.

¿Qué había que hacer? ¿Correr al hotel de enfrente, derribarlo a golpes, y aplastar como a un perro al primer hombre que llevase una barba roja y anteojos con vidrios ahumados? ¿Era mejor llegar sin perder un segundo a la comisaría más próxima o lanzarse en busca de un médico? ¿No era mejor procurar inmediatamente y por sí los primeros cuidados al herido?... Casi inconscientemente, Senterre había adoptado esta última solución. Con una toalla húmeda en las manos volvía hacia Gernicot.

Pero aquel sacudió enérgicamente la cabeza.

—¡No, no!—balbució por fin, los dedos crispados sobre su camisa teñida de sangre—, no vale la pena... tengo... lo mío...

La garganta de Senterre se oprimió y pasó un largo instante antes que le fuera posible responder, cogiendo los puños de Gernicot y procurando alejar sus manos de la herida:

—¡Siempre tú el mismo idiota! Deja... déjame hacer...

—No, Jorge, —se obstinó Gernicot, que se debilitaba visiblemente—. ¡Te... te lo ruego!... Corre al hotel... es preciso...

—¡Oh!, ¡te vengaré, te lo juro!... pero, primero...

—Déjele—dijo una voz.

Senterre se volvió. Encarnación estaba delante de él.

—Déjele, voy a cuidarle yo. Usted corra en busca de un médico.

Senterre ya no dudó.

—Tiene usted razón—dijo—. Se lo confío. ¡Valor, viejo! Ya te sacaremos de esto...

El dormitorio se abría directamente sobre el corredor. Jorge Senterre, en el umbral de la puerta, tuvo una última vacilación. ¿Era prudente abandonar así a su amigo? Pero, Encarnación, con el rostro iluminado de ternura, se inclinaba sobre él en ese momento. ¿Dónde encontrar enfermera más devota y más interesada en su curación?

Senterre bajó a saltos la escalera, y, en el hall, se pre-

cipitó sobre el sereno, quien, según las instrucciones recibidas, regresaba con las últimas maletas de Gernicot.

—¿Qué hace usted ahí?—gritó Senterre.

—Pero...—balbució el otro.

—¿No ha visto usted nada entonces? ¿No ha oído nada?

La cara obtusa del hombre, reveló el espanto.

En pocas palabras, Senterre le puso al corriente. Después le ordenó que fuese de un salto al comisariato de la esquina en busca de socorros.

El mismo echó a correr en dirección opuesta. Sabía que ahí vivía el doctor Thiénot, no muy lejos, y pensó que valía más valerse de la elasticidad de sus propias piernas que esperar el paso de un taxi o el de un coche particular cualquiera, con cuyo conductor habría sido preciso parlamentar.

A pesar de los repetidos timbrazos distribuidos según el ritmo del S. O. S., Senterre esperó cinco minutos, largos como un siglo, para que le abrieran la puerta. Y después fue preciso explicarle la situación al doctor, ayudarle a colocarse el vestón, a buscar su instrumental...

En la calle, los dos hombres echaron a correr. Pero el doctor Thiénot, padecía de una honrada obesidad y siempre se había mostrado perezoso para entrenarse en las carreras a pie. Ardiendo de impaciencia, loco de inquietud, Senterre tenía que tirarlo, empujarlo, para que el pobre gordo se apurase un poco.

Por fin, llegaron y se lanzaron al vestíbulo donde Senterre abrió la puerta del ascensor, que se encontraba un poco retirado, cerca de la puerta de atrás y separada de ella por algunos escalones de piedra.

—¡Ligero!—gritó Senterre.

El doctor obedeció, pero, una vez cerradas las puertas, el joven oprimió inútilmente el botón que debía llevarles al segundo piso. El ascensor no se movía.

—¡Maldición!—juró Senterre.

Fue preciso reabrir las puertas, volver sobre sus pasos, y lanzarse escaleras arriba. Delante de ellos, un paso débil hacía gemir las escaleras.

—¿Quién va?—gritó Senterre.

—Perlonjour—respondió una voz—. ¿Eres tú, Jorge?

Senterre y el doctor alcanzaron a Perlonjour en el descanso del primer piso. Algunas palabras bastaron para po-

ner a Juan al corriente del atentado y los tres hombres, un instante más tarde, alcanzaban el segundo piso.

La puerta del dormitorio había permanecido entreabierta. Senterre la empujó y se detuvo en el umbral, palidísimo...

Gernicot no se encontraba ya en el lechó, cuyas mantas se arrastraban en parte sobre el tapiz.

El joven penetró en el cuarto lanzando un grito de llamada, pero se inmovilizó de nuevo.

Cerca de la puerta vidriera que comunicaba el dormitorio con el salón, Encarnación se hallaba tendida de espaldas, los brazos en cruz y la cabeza envuelta en un espeso velo gris, estrechamente oprimido en torno de su cuello por un delgado cordón de seda.

C A P I T U L O V I I

ESOS SEÑORES DEL PARQUET

El señor Herbert Voglaire, juez de instrucción, había tomado asiento cerca de la ventana del salón, detrás de una mesita sobre la cual había colocado bien en evidencia y como para tomar ventaja de ello, una carpeta de marroquí atestada de papeles. En esta misma mesa se había instalado el escribano, mientras que el señor Daniel Voussure, substituto del procurador del rey, se mantenía en el fondo de la habitación, de espaldas ante la chimenea y con las manos en los bolsillos.

Voglaire era un magistrado de inteligencia muy abierta. No había, por decirlo así, dominio en el cual no hubiera dado pruebas de su actividad. En su tiempo se había ocupado de la cuestión de las inundaciones y había examinado, en un opúsculo muy discutido, las medidas preventivas que convenía tomar para evitar el retorno de tales cataclismos. Poco después, había escrito una serie de artículos en los cuales clamaba, con rara competencia, contra el desmonte de los

bosques; Se había ocupado también de si era o no necesario restablecer el "turno" en la Asistencia Pública, y había dibujado él mismo el uniforme nuevo de los agentes de policía. La eugenesia y la quiroscopia habían encontrado en él un celoso propagandista, e incluso de las ciencias ocultas había hablado de manera pertinente. Múltiples eran las revistas de divulgación científica que habían publicado "cosas" suyas. Pero sus triunfos, habían sido una gramática popular y un tratado de historia contemporánea, hoy día en uso en las escuelas oficiales y en gran número de escuelas libres. Se mantenía constantemente al acecho de la actualidad, tanto científica como literaria. Desbordaba de actividad, y hacía cinco años lo más que se había hablado de él como de un polemista apasionado. Sólo una cosa en el mundo le dejaba indiferente: los asuntos criminales. Pero este detalle jamás había perjudicado a su carrera, porque sabía rodearse de colaboradores eminentes, y, en fin de cuentas, era siempre su nombre, el suyo, Voglaire, el que se pronunciaba con respeto. No había nadie que ignorase que este hombre de actividad casi legendaria había finiquitado sólo más asuntos que sus seis predecesores.

—Era una idea rara, convendrá usted, —dijo el señor Voglaire— una idea que no podía germinar sino... como diré yo... en cerebros desequilibrados. La fortuna viene durmiendo, siempre serán nuestros padres los que tengan razón. ¡En fin! Creo que será bueno que escuchemos ahora a esa señorita Encarnación. Disponga usted, señor Senterre. Quiero decir que vale más que usted no se aleje. Puedo aún tener necesidad de usted.

—Bien, —dijo Senterre.

Salió sin agregar nada.

Su despecho era grandísimo. Esta primera jornada de interrogatorios no había procurado ningún elemento interesante. Las preguntas hechas al velador de noche del hotel y al chofer de taxi que condujera a Gernicot de la estación, habían resultado negativas. El juez de instrucción había dado a entender que una revisión de los hechos que llevase a la conclusión de la muerte accidental de Namotte era prácticamente inútil. Por último, el inspector encargado de hacer una investigación en el "Hotel de las dos Iglesias" de donde partiera el disparo, había regresado tartamudeando. Este ho-

tel era un establecimiento de tercer orden, donde no se tenía costumbre de hacer firmar el registro de los pasajeros antes del segundo o tercer día de su llegada. Por lo demás, esto importaba poco, porque el desconocido, no habría dejado de firmar con un nombre falso. Pero, hecho éste más digno de atención, ni el gerente, ni el portero, ni ningún miembro del personal del hotel había observado viajero alguno que llevara barba roja, ni anteojos con cristales ahumados. El cuarto que daba frente al departamento de Senterre había sido ocupado por un hombre alto, ancho de espaldas, de tez achocolatada, que había declarado tener la intención de vivir quince días allí, y cuyas maletas parece no debían llegar hasta el día siguiente. Había, incluso, entregado su billete al portero, encargándole que fuese a retirarlas él mismo. Pero el desconocido había subrepticamente abandonado la habitación en medio de la noche, llevando sus escrúpulos hasta dejar el montante del alojamiento en un sobre, encima de la chimenea. El inspector había examinado el billete de las maletas que había reconocido como prescrito desde hacía mucho tiempo y había registrado el dormitorio, pero sin resultado.

Al salir del salón, Senterre, se cruzó con Encarnación, cuyo rostro, a pesar de las pinturas, aparecía pálido y cansado.

—Así, pues, señorita, —comenzó el señor Voglaire, — ¿es usted quien, mientras Senterre partió para buscar un médico, ha permanecido sola con la víctima?

Encarnación inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Se siente usted en estado de contarnos lo que ocurrió entre la partida y el retorno del señor Senterre? El mismo nos lo ha relatado ya, pero nos gustaría oírlo de su propia boca... Tome usted nota, Croupet.

Encarnación se sentó en la silla que galantemente le avanzó el substituto.

—No creo que pueda revelarles gran cosa de lo que se ha convenido en llamar "interesante"—dijo ella con voz fatigada—. Después de haber telefonado al comisariato, como el señor Senterre me lo había suplicado, penetré en el dormitorio en los momentos en que... en que el señor Gernicot suplicaba a su amigo que le dejase ir al hotel de enfrente, de donde partiera el tiro de revólver.

—¿Pudo usted distinguir el aspecto físico del asesino?

—No. Yo dije solamente al señor Senterre que obedeciera al deseo de su amigo y que nos dejara sin más tardanza para ir en busca de un médico. En seguida me senté a la cabecera del herido. Este mantenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad, crispadas las manos sobre el pecho... Como me inclinase sobre él, me preguntó con voz apenas distinta, si su amigo se había marchado. Le respondí afirmativamente y le conjuré que me dejase lavar su herida y que me permitiese hacerle siquiera un tratamiento sumario, mientras llegaba el doctor. Sacudió la cabeza y se puso a hablar bajo y precipitadamente. No comprendí una palabra y por momentos pensé que deliraba. Quise entonces hacerle tragar un poco de agua, pero no conseguí entreabrir sus dientes...

Encarnación, suspendió un instante su relato y pareció reflexionar. Después prosiguió:

—Como depositara el vaso en el velador, Marcel consiguió volverse hacia mí y me hizo señas de que aproximara mi rostro al suyo. Obedecí. Me pidió que le trajese un vaso con alcohol. Le dije que era una locura beber alcohol en su estado. Pero se agitaba peligrosamente y, viendo que no me resolvía a darle satisfacción, tentó incluso, con inauditos esfuerzos, de levantarse. Entonces cedi, en apariencia al menos... El señor Senterre había servido *cocktails* esa noche y sabía que el mío y el del amigo que él esperaba, el señor Perlonjour, habían permanecido intactos. Atravesé, pues, el dormitorio, entré en la habitación donde nos encontrábamos antes y cogí un vaso de sobre esta mesa...

Con pequeño movimiento de cabeza, la joven designó a aquella junto a la cual se encontraban instalados el juez de instrucción y el escribano.

—Hacer beber alcohol a Marcel—continuó Encarnación—en el estado en que se encontraba, era matarle. Transporté, pues, el contenido del vaso que tenía en las manos a otro vaciado por el señor Senterre y lo llené con el sifón que se encontraba igualmente sobre esta mesa. ¿Conseguiría de ese modo engañar al herido? Valía de todos modos tentar la experiencia. Volví la espalda a la mesa y atravesé de nuevo el salón, pero me detuve en el umbral del dormitorio. El lecho estaba vacío y las mantas se encontraban en desorden sobre el tapiz. Me imagino que las cosas estaban en el mismo estado en que las encontraron Senterre y el doctor.

La narradora suspiró antes de continuar:

—Me volví loca de angustia. Llamé dos veces a Marcel a gritos y me lancé hacia el lecho, pensando que, acaso, el señor Gernicot había querido levantarse y se había caído del otro lado... Entonces fué cuando me echaron un velo a la cabeza. ¿Quién fué? No sé. Procuré debatirme, pero la tela me ahogaba al mismo tiempo que sentía el cuello oprimido por un cordón muy estrecho. No podía ver nada a causa del triple o cuádruple espesor del velo y perdí en seguida el conocimiento... Volví en mí en los brazos del señor Senterre.

Encarnación miró al juez, inclinó la cabeza y se calló. Se hizo un largo silencio, que rompía solamente el crujir de la pluma del escribano sobre el papel.

—Navegamos en pleno romance—dijo aquél—. ¿Qué piensa usted, señor substituto?

—Pienso como usted, querido amigo—respondió Voussure—. Es esta una historia extrañamente complicada. Este pacto de seis hombres jóvenes, esta vida de aventuras arrastrada durante cinco años, este accidente del "Aquitania"—pero, ¿fué un accidente?—este hombre rojo, este repentino desaparecimiento del cuerpo de la víctima, sí, vaya, todo es complicado...

Suspiró.

El señor Voglaire hizo señas a la gente que se mantenía junto a la puerta de comunicación.

—Haga usted el favor de llamar al señor Senterre, —rogó.

Momentos más tarde, Senterre penetraba de nuevo a la pieza. También él estaba pálido, su aspecto era fatigado y terriblemente deprimido.

—Pienso, señor Senterre, —dijo el señor Voglaire, limpiando con esmero los cristales de sus impertinentes, con un pedacito de gamuza que sacó de un bolsillo de su chaleco, —que tiene Ud. apuro, si no interés, en ver detenido cuanto antes al asesino de su amigo. Creo, pues, que no es necesario que le pregunte a usted si no ha omitido usted nada que fuese susceptible de dar luz a la justicia.

—Creo haberlo dicho todo—respondió Senterre.

—¿Y usted, señorita? El señor Gernicot, era su novio, ¿no es cierto?

La respuesta sorprendió a la mayor parte de los asistentes:

—¿Es necesario que responda a esta pregunta?

—Pero...—dijo el señor Voglaire.

Voussure le interrumpió.

—Sería preferible, señorita, pero, si ello puede causar a usted el menor desagrado, nadie la obliga a usted....

Se hizo un silencio embarazoso. Encarnación se callaba.

—Lo mismo digo al señor Senterre, —replicó Voglaire.

—¿No se acuerda usted de alguna cosa aunque sea insignificante?...

La joven sacudió la cabeza:

—Se lo he dicho todo, señor.

—Y usted, Crouplet, ha tomado usted nota de todo, ¿no es cierto? En tal caso nada nos retiene aquí. ¿Qué piensa usted, señor substituto?

—Yo, nada—respondió con pena el señor Voussure, que miraba a Encarnación.

Voglaire se había levantado. Ayudado por su escribano, se endosó su abrigo de media estación, cogió su carpeta, su caña y su sombrero.

—Tengo que rogarle, —dijo dirigiéndose a Senterre y a la joven, —que naturalmente deben ustedes evitar por el momento dejar la ciudad. Podemos tener necesidad de ustedes, de un momento a otro, para aclarar algún punto de este tenebroso asunto o para alguna confrontación...

—¿Una confrontación?—exclamó Senterre—. ¿Esperan acaso, ustedes, poner pronto encima la mano al culpable?

Voglaire se encogió de hombros, no sin desenvoltura.

—Convendrá, quizás, primero—dijo—poner la mano sobre la víctima.

Y salió dignamente, seguido de Voussure y de Crouplet.

Pero, instantes después, reabría la puerta.

—¿Viene usted, señor Wens?—preguntó.

Entonces, del rincón más oscuro de la sala, respondió una voz suave:

—Si le da a usted lo mismo, señor Voglaire, me gustaría permanecer todavía un momento aquí.



CAPITULO VIII

UN COCKTAIL CON WENCESLAO VOROBETCHIK

Entonces—y entonces solamente—Senterre y Encarnación se acordaron de la presencia de ese tercer personaje que acompañaba al juez de instrucción y que había logrado, disimulado en la sombra, pasar inadvertido a fuerza de discreción y de humildad cristiana. Ni Senterre ni Encarnación habían mirado más de una vez a ese hombre del cual se distinguían mal los rasgos, allí, al fondo de la pieza, y que no parecía tener otra preocupación, que la de rectificar los pliegues de sus pantalones y el nudo de su corbata adornada con una admirable perla rosa. Era muy natural, pensó Senterre, que los otros le hubiesen olvidado en su rincón.

Habiendo el desconocido testimoniado su deseo de permanecer unos instantes más ahí, se levantó de la silla baja en que se encontraba sentado y avanzó hacia la luz. Senterre y la joven, pudieron entonces admirar a su gusto la elegancia con que iba vestido y, particularmente, el inimitable color rojo-café de sus zapatos, que brillaban con una especie de dulzura, y, cuyo poseedor, se veía cuidaba con esmero. Por lo demás, el hombre parecía haber alcanzado la treintena; era de talla mediana, más bien alto, y sus cabellos eran castaños, de los cuales, su frente alta y preñada, estaba casi desguarnecida. De esos cabellos, el desconocido parecía cuidar tanto, al menos, como de sus zapatos.

—Tengan ustedes la bondad de perdonarme—dijo con el tono suave que había empleado para hablar con el juez de instrucción, —que les imponga todavía un poco mi presencia. Les suplico asimismo, que me perdonen el no haberles preguntado primero si esta presencia les incomodaría. Les han dicho a ustedes mi nombre recién, pero acaso lo hayan olvidado ya. ¡Es tan fácil olvidar mi nombre! No tiene nada de raro, por lo demás, a causa de su consonancia extranjera. Permítanme ustedes que me presente: Wenceslao Vorobeitchik.

Se inclinó profundamente, la mano izquierda en el pecho, en el sitio del corazón.

Senterre miró al hombre que le había parecido particularmente antipático.

—¿Y usted es...? — preguntó.

—Inspector de policía—replicó el otro con tono seco.

En el acto, Senterre comprendió que había que optar entre hacer de ese hombre un amigo o un enemigo, Parecía felino como un gato y después que hubo mostrado sus patas de terciopelo, bastó una pregunta torpe o indiscreta y expresada con intención hiriente, para hacerle asomar las garras. Pero, aunque Senterre comprendió que esa actitud iba en contra de sus intereses, no quería resolverse a capitular y a poner buena cara al individuo a quien el señor Voglaire había llamado antes Wens.

—¿Supongo—dijo—que está usted encargado especialmente de la pesquisa que concierne a la muerte de mi amigo Gernicot?

—Que concierne a su desaparición—rectificó siempre secamente el inspector.

—¿Puede usted acaso imaginarlo vivo a la hora actual?

—¡Dios mío!, señor, dejemos esta cuestión por el momento. Hay otras cosas que merecen mayor atención.

Desde que éste había surgido de la sombra, Encarnación no había dejado de dirigirle miradas escrutadoras. Al contrario de Senterre, se sentía atraída hacia ese hombre, como que era un privilegio de Wenceslao Vorobeitchik el rechazar a los hombres y atraer a las mujeres. Les inspiraba confianza y provocaba en seguida sus confidencias. Ellas le sentían de su misma raza.

—Creo—dijo Encarnación con una sonrisa encantadora—que nos entenderemos mejor con usted que con el enciclopédico señor Voglaire... Presiento en usted un amigo, ¿o me equivoco?

Era este un ultimátum en debida forma, encaminado a obligar a descubrirse al inspector y a penetrar sin más espera en sus intenciones. Pero Wenceslao Vorobeitchik se escurrió con una sonrisa que era la réplica exacta de la de Encarnación, y esta respuesta que era otro ultimátum formulado con todas sus reglas:

—No he tenido otro deseo, señora, al permanecer aquí, después de la partida del juez de instrucción, que hacer más amplio conocimiento con usted y comenzar a merecer, si eso es posible, su amistad... Pero, ¡ah!, esto no depende, desgraciadamente, sólo de mí.

Y miró a Senterre cara a cara.

Encarnación le miró también, y ante esta plegaria muda, Senterre no tuvo sino que capitular.

—Excuseme a mi turno—dijo—si he testimoniado hace poco, alguna vivacidad. La muerte de mi amigo—de dos de mis amigos—para decir mejor, me ha afectado profundamente y las interrogaciones soportadas hoy día, han sometido mis nervios a una ruda prueba. Creía haber terminado ya, cuando ha surgido usted...

Tendió la mano al inspector:

—¿Quiere usted darme el gusto de estrechar mi mano, señor Vorobeitchik?

—¡Oh!, puede usted llamarme sólo Wens—respondió el policía sonriendo con amabilidad y devolviendo su saludo a Senterre—. Vorobeitchik, suena demasiado a caverna caucásica.

Encarnación se alegró de este apretón de manos. Presentía en Vorobeitchik una fuerza y había temido por un momento que la actitud de Senterre se la enajenase.

—Así—dijo el policía inclinando un poco la cabeza de costado y sumergiendo sus manos hasta lo más profundo de sus bolsillos, al mismo tiempo que se balanceaba sobre sus piernas a la manera de los marineros—, ¿está usted cansado de interrogatorios? Yo también, yo sobre todo, y si no temiese...

Vaciló.

—Hable usted—dijo Senterre.

—Si no temiese—concluyó el joven—molestarlos, les suplicaría que me enseñaran la manera con que han, entre ambos, preparado el *cocktail*...

Fué Encarnación quien respondió:

—Señor Wens, yo he dosificado muchas veces los *cocktails*. ¿No quiere usted probar uno de mi inspiración?...

—Nada sería más agradable—respondió Wens sonriendo de nuevo.

Su expresión y actitud no parecían ofrecer dudas.

“¿Qué puede detener a este hombre aquí?” se preguntaba mientras tanto Senterre.

El hombre había sacado de su bolsillo una cigarrera donde se entrelazaban en una esquina una W y una V. La tendió, abierta, a Encarnación y a Senterre.

Y como este último encendiese su cigarrillo, le interrogó a quemarropa:

—Entre nosotros, ¿qué piensa usted del hombre con la barba roja?

—Pero...—dijo Senterre sorprendido.

—Naturalmente, usted piensa como yo, que es un mito, una farsa...

—Es decir...

—Usted tiene razón en pensar eso—replicó friamente Vorobeitchik—. Es una farsa.

Senterre le miró sin saber qué pensar.

—He aquí a nuestro hombre rojo—dijo Wens.

Y sacó del bolsillo de su vestón un par de anteojos con los cristales ahumados.

—A lo menos, aquí hay una parte.

—¡Ah!—dijo Senterre—. ¿Dónde ha encontrado usted eso?

—En el dormitorio del hotel de “Las dos Iglesias”.

La sorpresa de Senterre se acrecentó.

—¿Pero no había ya registrado un inspector ese dormitorio? ¿Acaso no había descubierto nada?

Wenceslao sonrió:

—Yo estuve ahí antes que él. Me gusta ver las cosas por mí mismo. Por lo demás, no había más que esto, pero que creo que es bastante para destruir a ese extraño personaje.

—¿Cómo?—dijo Senterre.

—¡Dios mío!—respondió Wenceslao, con simpática pereza—, creo que ustedes tienen después de todo bien triste impresión de mis capacidades... de deducción. Si he sacado estos anteojos de mi bolsillo, es que quiero y tengo interés en conocer la calidad de vuestra opinión. ¿Han creído acaso alguna vez en la existencia de ese hombre rojo? No, ¿no es cierto?...

—Por mi parte...—dijo Senterre.

—No, no me diga usted que ha creído en él. ¿Imagina usted que puede existir un asesino de barba roja y vidrios ahumados? Se le sorprendería instantáneamente. Entonces, barba y anteojos, son postizos. Aquí está la prueba. Un hombre que tiene necesidad de anteojos de verdad, no los deja olvidados en el cuarto de un hotel, ni los deja, sobre todo, en las circunstancias que todos conocemos. Yo soy miope, pero no tanto, que necesite constantemente de mis anteojos. Sin embargo, aquí están.

Y sacó un par de anteojos con montura de carey de uno de los bolsillos de su chaleco:

—Y no voy a parte alguna sin ellos. Quiere decir entonces, que el hombre que buscamos no tiene necesidad de llevar anteojos, y muy probablemente, no usa barba. Un buen hombre barbudo que decidiera una mañana cualquiera dedicarse al crimen, tendría cuidado, antes que todo, de hacerse rapar, sobre todo, si sus cabellos fueran rojos.

—Pero, entonces, ¿para qué ese disfraz?—preguntó Senterre—. No parece destinado sino a que nuestro hombre sea más rápidamente sorprendido.

—O mejor, para hacerse más notorio en los momentos en que opera.

Y dando la espalda a Senterre, se introdujo en el dormitorio.

Después de un momento, se dejó oír su voz:

—¿Fué aquí, señora, donde estaba usted cuando fué asaltada?

Encarnación dejó la cocktelera y se dirigió donde se encontraba Wens.

—Exactamente aquí, —dijo ella.

—Y esta puerta que da sobre el corredor, ¿estaba abierta?

—Entreabierta, creo. No me he fijado bien...

—¿Su agresor no podía, pues, sino encontrarse en este sitio?

El inspector designó el ángulo formado por el batiente de vidrio de la puerta de comunicación y la puerta del dormitorio que abría sobre el corredor.

—Probablemente...

—Es cierto—dijo Wens.

Durante algunos instantes, guardó silencio, pensativo. Miraba el lecho.

—Supongo—dijo por fin, volviéndose hacia Senterre — que este antiguo mobiliario exige una cubrecama de brocado o de seda, o alguna cosa análoga...

Senterre pareció cohibido con esta pregunta. Miró a Encarnación y al lecho, antes de responder:

—Por cierto, pero ahora me pregunto, ¿dónde puede estar esa cubrecama?...

—¿Usted no querrá decir—dijo Wens, simulando no dar importancia a su observación—que no sabe dónde se encuen-

tra? La cubrecama debe de haber estado manchada con sangre. Supongo que el juez de instrucción...

—El juez de instrucción no me ha hablado de ella, y por mi parte, había olvidado por completo el detalle. Si usted no hubiese hecho alusión...

Wens volvió al salón.

—¿Quizás—dijo—la llevaron al mismo tiempo que el cuerpo de su amigo? ¿Para envolverle, seguramente? Si usted la encuentra, le agradecería que me la enseñara.

Mientras que Encarnación servía los *cocktails*, él se acercó a Senterre.

—Cuando usted vino con el doctor—preguntó—¿pensó para subir más ligero, coger el ascensor?

—Quisimos cogerlo—respondió Senterre—pero no funcionaba, y entonces utilizamos la escalera.

—¿No funcionaba durante todo el día de ayer, o usted hizo esa constatación sólo a su regreso?

—Sólo entonces constaté el hecho—declaró Senterre, —pero pudiera ser que el ascensor hubiera estado malo durante todo el día. El portero debe saberlo.

—Así es—dijo Wens.

Marchó a la ventana, llevando el *cocktail* en la mano, después regresó.

—El hombre de la barba—dijo—era un notable tirador...

Y cambió una vez más de tema:

—¿No podía usted confiarme un espécimen de su escritura, señor Senterre, así como la de sus amigos? Y usted, señora, ¿no tiene algunas palabras escritas de su puño y letra?

Encarnación, sin hacer pregunta superflua alguna, le tendió una tarjeta de visita en la cual ella había garabateado algunas palabras de cortesía y que después no había enviado, pero Senterre no pudo dejar de interrogar, mientras registraba los cajones de un pequeño escritorio:

—¿Colecciona usted autógrafos, señor Wens?

En el mismo tono, respondió el inspector:

—Es mi violín de Ingres—señor Senterre.

Después interrogó:

—¿Son estas las maletas del señor Namotte y del señor Gernicot?

—Las primeras solamente. Las otras han sido llevadas por el señor Voglaire, a "fin de examinarlas", a lo que parece.

—Si a usted no le molesta, quisiera inventariar las maletas del señor Namotte mañana, con usted.

—Con mucho gusto, pero prevéngame. Dejo este departamento por uno o dos días. Marcho al hotel "Titanic".

—¡Ah!—dijo el inspector que parecía ya pensar en otra cosa.

Preguntó, en efecto, poco después:

—¿No será posible que nos comuniquemos con sus amigos Tignol y Gribbe?

—Imposible—respondió Senterre—. Ignoro lo que ha sido de ellos después... desde hace cinco años. No sé donde se encuentran en la hora actual. No sé cuándo estarán aquí.

Wens tiró un cí-arrillo.

—He ahí el "quid"—dijo—. No pueden defenderse...

Y sin dar la impresión de querer explicarse más, saludó a sus interlocutores con un pequeño movimiento de cabeza y salió cerrando la puerta tras sí.

—¡Madre!—exclamó Encarnación—. No ha tocado su *cocktail*.

Y no dejó de pensar que esto podía constituir un funesto presagio.

C A P Í T U L O I X

UNA MUJER Y DOS HOMBRES

El lago se extendía a sus pies, sin una arruga. Estaban solos en la terraza, junto a una mesita con un mantel a cuadros azules y blancos. Entre ambos, un clavel rojo de vivísimo color y próximo a morir, se desmayaba en estrecho vaso de cristal. El "maitre d'hotel" se había alejado después de haber eliminado algunos parásitos del aparato de radio que unía esta terraza al mundo exterior. El parque parecía lleno de formidable majestad, y los cisnes del lago, uno tras otro, volvían a su retiro, dejando larga espuma de marfil y esmeralda...

—Es este el primer domingo de septiembre—dijo Senterre.

Y cogió delicadamente entre los dedos, para depositar-

lo en una mesa vecina, el vaso con el clavel, que le ocultaba parte de la figura de Encarnación.

La joven estaba vestida con un traje muy delicado, de un color violeta sombrío con un chaleco adornado con preciosos encajes. Una barra de diamantes, cintilaba sobre su seno izquierdo. Llevaba en el anular un ónix en forma de almendra, montado sobre un hilo de platino. Y se desprendía tal armonía de la masa de sus cabellos negros que desbordaban de una capelina blanca, de su traje, cuya severidad era casi monacal, de su tez de color ocre cálido, de su corpiño de finos encajes y de sus joyas, que era al mirarla a ella y no al lago y al parque que se coloreaban de finos tonos azul pastel, que había dicho Senterre esas palabras:

—Es el primer domingo de septiembre.

¡Qué extraña criatura es esta mujer, pensaba él, esta sevillana de tranquila voz un poco cansada, cuya fe es inferior a sus supersticiones, que esperó dos años a un hombre con quien vivió dos horas y a quien su trágica desaparición, no arranca una lágrima! ¿Qué pensamientos albergaría esa hermosa frente, tersa como el marfil, un poco baja, y que tanta fuerza confería a su fisonomía? ¿Hasta dónde podía arrastrarla esa especie de intrepidez que se leía en el pliegue de sus cejas y en el arco de sus labios? ¿Hasta dónde, el amor o el odio, podían arrastrar a esta mujer?... “¡Te amo! ¡te amo!”, se repetía Senterre por la centésima vez esa noche. Hubiera deseado tanto decírselo, pero, ante su enigmática mirada, se trastornaba todo, perdiendo toda continencia. Comprendía que bastaría una pregunta o una confesión para destruir, si Encarnación no las esperaba, esos preciosos momentos de intimidad, esas horas de “tête a tête” silenciosas, durante las cuales Senterre podía creer que el corazón de la joven latía al unísono que el suyo, durante las cuales, podía embriagarse con las más dulces y las más ardientes esperanzas... Por eso cada vez que iba a hablar, dudaba, renunciaba...

Pero como acababa de decir: “Es el primer domingo de septiembre”, y como Encarnación levantaba sobre él su dulce mirada tan tierna y le sonreía con abandono, como desde el fondo de un sueño que no le hubiese turbado sino contribuido a volverle más sugestivo, Senterre tomó valor de un golpe, avanzó la mano y estrechó sobre la mesa, la muy suave y muy dulce de la mujer:

Le mostró el parque dormido en la paz nocturna:

—No es todo esto tan hermoso como las Bermudas.

Inclinó ella la cabeza y él imaginó en seguida que quizás ella bajaba los ojos para que no descubriese él demasiado pronto la certidumbre de su triunfo. Su mano continuó estrechando la de la mujer, y, seca la garganta, con esfuerzo, se puso a agrupar mentalmente las pobres palabras que debían terminar de encontrar el tortuoso camino que conducía hasta su corazón.

Pero antes que él hablara, habló ella:

—¿Verdad que es terrible no poder saber con certeza si Marcel vive o ha muerto en esta hora?...

Senterre guardó silencio antes de responder con poco agrado:

—Ese Vorobeitchik no ha dicho nada que valga la pena, nada que nos dé un poco de luz...

—¿Qué sabe usted? No parece ser hombre que lo diga todo en seguida. Tengo confianza en sus métodos.

—Pero aún nada descubre que concierna a la manera cómo se llevaron el cuerpo de Marcel. El sereno del hotel nada vió y...

—¡Jorge! Usted lo había enviado a la comisaría.

—... y el ascensor no funcionaba. ¿Se imagina usted al hombre rojo bajando las escaleras con Marcel en brazos? ¿Y una vez en la calle, cómo nadie se fijó en ellos? ¡Nadie se pasea libremente, ni aun a medianoche, con un cuerpo ensangrentado entre los brazos!

—Pero...—dijo Encarnación.

Y sus manos se crisparon sobre el mantel:

—... un coche podía haberles aguardado a la salida, por atrás.

Miró a Senterre cara a cara y leyó en sus ojos un llamamiento desesperado:

—Jorge, ¿no quiere usted decirme si cree que Marcel está vivo aún o si ha...?

Senterre sacudió la cabeza:

—Nadie podría responderle, mi querida amiga... Toda esta historia es tan complicada, ese disparo, ese desaparecimiento del cuerpo de la víctima, la agresión de que fué objeto usted, el tatuaje...

—El tatuaje—dijo Encarnación pensativa—. ¿No sería posible que se lo hubiesen llevado a causa de ese tatuaje?

—No veo por qué...

—Recuerde usted que él nos dijo que ese tatuaje servía para encontrar el sitio en que él ocultó la fortuna que trajo de Pekín. ¿Si se hubieran robado a Marcel para obligarle a declarar el sentido de su tatuaje?

—No, —dijo Senterre.

Pero decía no por principio, porque estaba cansado de discutir, porque sentía que la joven se le escapaba, porque, aún ausente, muerto quizás, Gernicot continuaba manteniéndose entre ellos, separándolos. Pero no podía menos de encontrar juicioso el razonamiento de la mujer. El no había pensado en el tatuaje, ¿y Vorobeitchik, había pensado? Parecía, por el contrario, no haber dado ninguna importancia al detalle cuando se lo refirieron. Es verdad que Vorobeitchik tenía la costumbre de afectar no dar importancia a nada de lo que se le decía.

Senterre cogió la botella empolvada y a medio vaciar y llenó el vaso de Encarnación. Ella lo llevó a sus labios, bebió el vino claro a pequeños sorbos, y dejó la copa vacía sobre la mesa. Maliciosamente, designando a la mujer una parte del lago, para distraer su atención, Senterre lo llenó de nuevo...

Había caído la noche. Voces diversas y confusas, agrias o veladas, se levantaban desde la sombra. El "maitre d'hotel" encendió una lámpara de pie con pantalla color rosa, y trajo con discreción un nuevo frasco. La orquesta del "Savoy" de Londres, tocaba en esos momentos, a millares de kilómetros, el vals entonces célebre "Amor Pagano".

Senterre se dió cuenta de repente de la súbita alteración de los rasgos de la fisonomía de Encarnación.

—¡Madre!—dijo ella en voz baja, ronca y, sin embargo, siempre cantante—, ¡qué de recuerdos!...

Senterre junto a la joven, no se sentía jamás en posesión de toda su sangre fría, pero bastaba que ella exclamara "¡Madre!", con esa entonación de voz peculiar y ese movimiento de labios, para que perdiese en el acto toda la escasa que le restaba.

Dijo:

—Chiquita... ¿quiere usted concederme este baile?...

¿No podría yo ayudarle a recrear una ilusión?...

Pareció dudar Encarnación, pero luego se levantó con

cierta brusquedad y se apoyó lánguidamente en los brazos que Senterre le tendía. Con ardiente fogosidad, a riesgo de romper de un golpe la ilusión que se había propuesto recrear, el joven la abrazó, la arrastró danzando, lejos de la lámpara con la pantalla rosa, hacia el extremo de la terraza, desde donde podía verse mucho mejor el cielo tachonado de estrellas. Pero como pasasen junto a la puerta que comunicaba la terraza con la puerta del restaurante, una voz breve dejó caer esta sola palabra:

—Buenas noches.

El encantamiento estaba roto. La pareja se detuvo. Senterre dejó a su compañera y dió un paso adelante, escrutando la obscuridad.

La voz replicó con tono enfadado:

—Que no les impida al menos divertirse...

Y Senterre, en esta forma inmóvil, reconoció a Perlonjour.

—¡Tú!—dijo.

Sin quererlo, su tono estaba cargado de rencor.

—Me aburría—respondió su amigo—. Entonces...

—... has venido a aburrirnos a nosotros. Gracias de todos modos.

Encarnación colocó la mano en el brazo de Senterre:

—Quiero entrar, querido amigo.

—Bien—respondió Senterre—. Voy por su abrigo. Lo dejó usted sobre la silla, ¿no es así?

—Héle aquí—dijo Perlonjour.

Si, el encantamiento se había roto. Senterre se abandonaba violentamente a una terrible cólera. ¿Qué significaba esta intrusión de su amigo? El no le había dicho que vendría esa noche a comer aquí con Encarnación. ¿Quería decir entonces que le espiaba?

Quedándose atrás para recompensar como era debido al "maitre d'hotel" por sus buenos y leales servicios, Senterre alcanzó el sitio en que a diez metros de allí, Perlonjour le esperaba con Encarnación.

Contraído el rostro, Jorge subió con rapidez los escalones, atravesó el patio, alcanzó a su amigo y a la joven, pasó de largo sin mirarles y abrió la portezuela del lujoso automóvil que había comprado la víspera.

—Colocaos atrás los dos—dijo.

Y él se instaló en el volante, con el furioso deseo de hacer pedazos alguna cosa.

C A P I T U L O X

URGENTE Y CONFIDENCIAL

El hombre cogió su valija y la colocó sobre el asiento. Después se inclinó todavía una vez en la puerta del vagón.

Era de talla mediana, rechoncho, con los puños nudosos, el rostro de color subido, cabellos muy rubios, ojos muy azules y un pequeño mostacho enrojecido por la nicotina. En sus sienes se advertían las venas muy salientes. Llevaba un vestón azul de buen corte y un abrigo raglán de color beige; sus guantes eran claros. En las manos mantenía un sombrero de fieltro calañés y un brillante en la corbata. Total, de una reciente, pero sólida elegancia, la particular elegancia que gastan los hombres apresurados y los "globe-trotters", que renuevan su guardarropa cada veinticuatro horas en cada puerto.

El viajero volvió a su compartimiento y encendió un cigarro que cortó previamente con los dientes. Le aspiró varias veces con golosina y se endosó en seguida los guantes que no se habría puesto más de dos veces. No lograba disimular una inmensa, una desbordante satisfacción porque se encontraba vestido de nuevo de los pies a la cabeza, porque oprimía entre sus labios un cigarro de calidad y porque se apresuraba a descender de un compartimiento de primera clase.

El tren penetró en la gran estación llena de humo, invadida ya por las sombras de la noche. El viajero abrió la portezuela, y llamó a un portamaletas que precedió a lo largo del andén, a la manera de un hombre que nada puede distraer de su camino. No cesaba de mirarlo todo en torno suyo con una admiración ferviente en los ojos, que el decorado exterior estaba muy lejos de justificar.

Franqueado que hubo la puerta de la estación, buscó con los ojos un taxi, pero, antes de llamarlo y subir a él, permaneció un largo instante en la vereda lanzando en torno suyo las mismas miradas sorprendidas. En cuanto se sentó en el coche, rezongó algunas palabras confusas, algo así como:

—¡Cinco años!... ¡Dios mío, cómo ha cambiado todo!...

Pasado un momento, se sorprendió de que el coche no se pusiese en marcha, e hizo a este respecto una observación al chofer. Este le respondió con malos modos que no podía marchar antes que le diese la dirección.

Sonrió el viajero al constatar que, a pesar de los muchos testimonios de progreso, el humor de los choferes de taxi de su ciudad natal, no había cambiado. Dijo al hombre el nombre de uno de los mejores hoteles de la capital y después, bien estiradas las piernas, confortablemente sumergido en los cojines de cuero del coche, se creyó en el deber de comparar el retorno triunfante de hoy día con su lamentable partida de hacía cinco años.

Por calles cuyo nombre iba recordando a medida que las cruzaba, llegó al hotel algunos segundos antes que otro taxi que se detuvo detrás del suyo, a lo largo de la calzada. Pene-tró en el hall amplio e iluminado y no pensó en mirar hacia atrás: un hombre en su situación no vuelve la cabeza, ni mira a derecha ni a izquierda cuando entra a un palacio.

En la oficina, reclamó el mejor departamento del establecimiento. El gerente, a quien las exigencias profesionales habían enseñado a conocer a los hombres, se lo acordó en seguida y colocó ante él el registro de pasajeros.

El desconocido abrió su abrigo y su vestión y sacó de un bolsillo interior una estilográfica de oro. Después escribió con mano torpe y larga letra: "Néstor Gribbe".

Ante la fórmula "proveniente de...", su pluma vaciló un segundo, después trazó con rapidez y en gruesos caracteres la palabra: Winnipeg.

Durante este tiempo, el chofer del taxi que le había conducido, cambió algunas palabras con el del otro coche que se había detenido después, y del cual había bajado un hombre de alta estatura, de barba negra y lentes de oro:

—¿Vuelves a la estación?

—Por fuerza... ¡Cliente más raro!... ¿Lo has visto?

—¿Ese tipo de la barba negra?

—Sí. Me dijo: "Sigue ese coche, y no le pierdas, ¿eh? Habrá buena propina"...

—¿Cuánto te dió?

—Un luis. Es que...

El resto se perdió entre el ruido de los motores puestos de nuevo en marcha.

Habiendo firmado en el registro del hotel, Néstor Gribbe, se hizo conducir a la cabina telefónica. Reclamó un número, oyó resonar una lejana campanilla, pero no obtuvo respuesta. Una segunda tentativa no fué más feliz.

—¡Tanto peor!—monologó el hombre a quien las grandes soledades habían enseñado a hablarse a sí mismo en alta voz—. Habría sido mejor que le escribiera... ¡Tanto peor!

Al salir de la cabina, se encontró con un señor cuyo rostro no distinguió bien. Dió algunos pasos y miró hacia atrás. El hombre llevaba barba negra y anteojos de oro.

“¿Dónde diablos—pensó Gribbe—he visto esta cabeza?”

Debía volver a hacerse esta pregunta en el restaurante del hotel donde cenó con una hora de retraso. Debía volver a hacérsela en el *music-hall* donde pasó la “soirée” después de haber reclamado una vez más sin éxito el mismo número de teléfono que pidiera horas antes. Debería repetírsela al marchar a su habitación, mientras se desnudaba ante el espejo de su lujoso dormitorio.

Néstor Gribbe llamó al camarero y se hizo llevar una botella de agua mineral que vació por completo antes de meterse en el lecho. Se sentía un poco despechado por no haber podido comunicarse con su amigo Jorge Senterre, y se preguntaba, incluso, si no era él el primero de los seis en acudir a ese rendez-vous cuya fecha y lugar habían sido fijados cinco años antes. Concluyó por dormirse y, en sueños, se vió de nuevo con ese rufián de Lincoln, con quien había debido batallar dos años para lograr la estabilidad de sus negocios de pieles...

Se despertó muy temprano, como “allá”. Estaba rodeado de un silencio impresionante. Tendido en su lecho, gozando deliciosamente de la tibieza de las sábanas, se puso a fumar, los ojos entrecerrados... Cómo iba ahora a ser todo de fácil, maravilloso... Mañana, estaría en los brazos de su anciana madre. Le había traído un traje de seda, un chal con franjas rojas y un rosario cuyas cuentas eran de coral y de oro el crucifijo... Iba a estar tan contenta...

Se levantó en cuanto dieron las ocho, habiendo agotado su cajetilla de cigarrillos. Mientras se enjabonaba el mentón, ante el espejo, se puso a cantar:

“Dijo el viejo Obadiab al joven Obadiab:
estoy, Obadiab, estoy seco;

dijo el joven Obadiab al viejo Obadiab:
yo también, Obadiab, yo también."

Pero había perdido el hábito de afeitarse: allá, habiase dejado toda la barba, una barba rubia y rizada. Después, fueron los peluqueros de a bordo... No, decididamente, no lo sabía hacer y la sangre corría ya por sus mejillas, por varios sitios...

Terminó la tarea como pudo y acabó de vestirse. En seguida llamó para pedir su desayuno. Sobre la bandeja que se le llevó, había un gran sobre gris con su nombre y que llevaba en un extremo esta mención: *Urgente y confidencial*.

—La trajo un mensajero—explicó el muchacho, ante la atónita mirada de Néstor Gribbe.

Este rompió el sobre y sacó una hoja de papel cuadriculada, plegada en dos. Despachó al mozo antes de abrirla, y leyó esto, trazado por mano desconocida:

+ Néstor Gribbe.
Hubert Tignol.
Jorge Senterre.
Juan Perlonjou

Néstor Gribbe no leía jamás los periódicos y, por consecuencia, ignoraba la muerte de Namotte y la extraña desaparición de Gernicot. No comprendió nada.

C A P I T U L O X I

LA TERCERA VICTIMA

—Naturalmente—dijo Wenceslao Vorobeitchik—¿ustedes no han encontrado la sobrecama?

La única cosa en el mundo que parecía interesarle, era esa sobrecama. No habría manifestado un mayor interés por la Gioconda de Vinci. Nada le distraía de esta idea. Se la sentía allí, en un rincón de su cerebro, tiránica y temible.

Senterre no comprendía que diera tanta importancia a detalle al parecer baladí. Según él, Vorobeitchik perdía el

tiempo, se lo hacía perder a él y al mundo entero con la ridícula historia de la sobrecama, mientras Gernicot, quizás...

Echó al inspector, por encima de la mesa, una mirada grave e insistente.

—Señor Wens—preguntó—¿quiere usted responderme francamente?...

Wens miró a Senterre y una irónica sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pero, ¿cree usted que soy verdaderamente capaz de responder con franqueza a una pregunta?

Senterre lo dudaba mucho, pero no vaciló en responder:

—Ciertamente. Diga usted...

—Sí, —dijo Wens, de cierta manera maquinal.

—¿Cree usted que Gernicot vive aún?

Vorobeitchik bajó la cabeza, dió algunos pasos por la habitación y respondió por fin:

—¿Quiere usted mi opinión franca? Pues, no creo que su amigo continúe vivo...

Se hizo un pesado silencio.

Vorobeitchik continuó:

—Me han dicho ustedes que parecía muy gravemente herido, que su camisa estaba toda ella empapada en sangre, así como también esa famosa cubrecama... Si pudo sobrevivir al transporte forzado a otra parte, dudo que el hombre rojo, llamémosle así, le haya hecho gracia de la vida... Sería del todo contrario al plan que parece haberse trazado. Creo mejor, perdónenme ustedes si les hablo con franqueza, que el cuerpo del amigo de ustedes será encontrado cualquiera de estos días dentro de algún canal...

Senterre no pudo menos de estremecerse.

—Pero—dijo—no ha reflexionado usted que seguramente se han llevado a Marcel a causa de ese tatuaje que llevaba en el pecho. Lo más probable, entonces, es que le tengan secuestrado, con la intención de tentar por la violencia, arrancarle el secreto de ese mismo tatuaje. Es horrible imaginar todo esto y no poder, nosotros sus amigos, volar en su socorro...

Wenceslao se encogió de hombros.

—Esa es una idea de mujer—dijo.

Senterre enrojeció y se sintió enrojecer. Wenceslao había dado en lo justo, ya que esta hipótesis había sido emitida por

Encarnación. Esto no impedía, por lo demás, que le pareciese sobrado impertinente la respuesta del inspector.

Este último había venido, hacía una hora más o menos, en busca de Senterre al hotel "Titanic", para rogarle que le acompañara al departamento, porque quería una vez más examinar ese sitio. Muy contra su voluntad, Senterre había cedido, porque le era casi imposible disimular su antipatía por aquel inspector.

—¿Le parece a usted que es una idea de mujer? Muy buena, sin embargo, porque no creo que ni siquiera usted mismo pueda encontrar otra hipótesis mejor para justificar el robo del cuerpo de Marcel.

—Por mi parte, no veo ningún motivo—dijo Vorobeitchik.

Y luego agregó, pensativo:

—Pero, naturalmente, debe haber alguno...

—¡Naturalmente!—subrayó Senterre—. ¿Y no se imagina usted todavía cómo han podido proceder para robarlo?

—No—dijo Wens, —no veo cómo.

—Y mientras tanto, el hombre rojo huye. ¡Pensar que he jurado a Gernicot vengarle! Hace ya buenos días...

—Exactamente cinco...

—Bien, cinco días, que ha desaparecido, que su novia y yo nos preguntamos con angustia creciente si está vivo o muerto. Vivo, nos hace falta socorrerle. Muerto...

—... Convendría informar a su novia.

Senterre contempló a Wens con indignación. ¿Qué quería insinuar el inspector?

—¡Explíquese usted!—suplicó secamente.

Vorobeitchik sonrió:

—No hay nada que explicar, querido señor. Si el señor Gernicot ha muerto, convendría que todo el mundo lo supiese, la señorita Encarnación, la primera de todas. Guardar su palabra a un vivo, nada más natural. Pero a un muerto..., sería bastante estúpido, ¿no es cierto?

Hizo con las manos cierto gesto que le era familiar, y se dirigió al dormitorio.

Senterre, inmóvil y absolutamente furioso, le sentía ir de derecha a izquierda. El inspector abrió la puerta que daba al corredor, salió, entró por la puerta de comunicación entreabierta, Senterre le vio arrodillado cerca del lecho, exami-

nando cuidadosamente el tapiz... ¿Qué esperaba encontrar el inspector? ¿Señales de pasos, ceniza de algún cigarrillo, qué creía encontrar? ¿O creía encontrar entre los dibujos granates de la alfombra, la causa del desaparecimiento de Gernicot?

Era pueril y lamentable... Senterre se encogió de hombros, y, para no perder el tiempo, se creyó en el deber de abrir de nuevo las maletas de Namotte, alineadas en un rincón del salón.

Mientras examinaba los bagajes de su pobre amigo, Senterre pensaba en la maravillosa aventura, que tan mal había terminado. Había esta primera muerte misteriosa, después, esa desaparición de Gernicot, ese criminal desconocido que, si debía creérselo a Marcel, iba a herir uno por uno a los seis, implacablemente. Había también esa enigmática Encarnación y la extraña conducta de Perlonjour, la víspera...

—Vamos—dijo Senterre con un tono lo suficientemente elevado para que Vorobeitchik pudiera oírle—un hombre no se volatiliza así como así. Mucho menos, dos hombres, uno de los cuales estaba en la agonía... ¿No ha encontrado usted nada durante estos cinco días?

La respuesta se hizo esperar:

—Las cosas que he encontrado, momentáneamente al menos, lo complican todo...

—¿No ha recogido usted ningún testimonio?

—Ninguno.

—Pero...

Senterre dudó antes de proseguir:

—... usted hablaba el otro día del mortal peligro suspendido sobre nuestras cabezas... ¿No hará usted nada para protegernos?

En este momento, la campanilla del teléfono se dejó oír.

—Debe ser el portero—dijo Senterre.

Se dirigió al aparato sin apresurarse:

—¡Aló!... sí... ¿Qué? ¿qué dice usted?... ¡Naturalmente!...

—¿Qué ocurre?—gritó Wens desde el dormitorio.

—¡Es Gribbe! ¡Néstor Gribbe!—gritó Senterre—. ¡Gribbe, ese bueno de Gribbe!

Corrió a la puerta del departamento que abrió cuando grande era:

—¡Llega! ¡Espero al ascensor que sube!

Y atravesó el corredor corriendo.

Wens se puso de pie y frotó cuidadosamente su pantalón en el sitio de las rodillas. Sentía curiosidad por conocer a Gribbe. Se dirigió al salón sin apresurarse para no turbar las efusiones de los dos amigos.

De repente, un grito estridente, desesperado, le hizo precipitarse de un salto, casi sin darse cuenta, hasta el corredor.

Vió a Senterre que, junto al ascensor abierto, sostenía a un hombre entre sus brazos. La cabeza y los brazos de este hombre pendían inertes. Llevaba un agudo estilete clavado en la nuca.

C A P I T U L O X I I

WENCESLAO RESUELVE UN ENIGMA

Las condiciones por demás extrañas del asesinato de Néstor Gribbe, fueron, para Wenceslao Vorobeitchik, ocasión de mostrar toda la sangre fría de que era capaz en tales circunstancias...

Se aproximó al trágico grupo, inmóvil cerca de la puerta abierta del ascensor, y colocó la mano sobre el brazo de Senterre.

—¡Rápido!—ordenó—. Telefonee usted al conserje y dígame que venga a encontrarnos aquí con dos policías.

—Pero...—balbució Senterre, que estaba lívido.

—¡Oh! ¡haga lo que le digo!—exclamó Wens.

Y le arrancó de los brazos el cuerpo de Gribbe.

Subyugado, Senterre volvió al departamento y Wenceslao le oyó descolgar el receptor.

Entonces se inclinó y depositó el cuerpo de Néstor Gribbe en el suelo. Le acostó de cara a la tierra, se arrodilló y, guardándose de tocarlo, examinó cuidadosamente el estilete, que había causado la muerte del "tercero de los seis". El puño de plata estaba trabajado artísticamente y había debido estar en otro tiempo guarnecido con piedras preciosas, que se habían hecho saltar fuera de sus alvéolos. Esta constatación hizo torcer los labios del inspector.

Lanzó una pensativa mirada dentro de la caja del ascensor, detenido frente a él.

—¿Está acaso muerto?—dijo una voz anhelante detrás de él.

—¿Después de semejante golpe?... ¡Naturalmente!

Y, volviéndose un poco, Wens miró con detención a Senterre que acababa de volver a salir de su departamento, y cuyo rostro traducía una multitud de sentimientos violentos, principalmente el terror y la desesperación.

—Es... es una cosa inaudita, —balbució Senterre, cuyas manos temblaban—. ¿Có... cómo ha llegado hasta aquí?

—Por el ascensor, —dijo Wens.

—¡Pero es imposible!—exclamó Senterre—. ¡Del todo imposible! *¡Un muerto no hace funcionar el ascensor!*

Vorobeitchik reflexionó un momento muy largo antes de contestar:

—Tiene usted razón. Es bastante extraordinario...

En este momento, el conserje y dos agentes, cuyos pasos se escucharon después de un minuto en la escalera, surgieron en el pasillo. Los tres tuvieron una especie de sobresalto al percibir el cadáver de Néstor Gribbe, pero, antes que tuvieran tiempo de formular el menor comentario, Wens los arrastró consigo a un sitio aparte.

Los puso rápidamente al corriente de lo que acababa de pasar y les declaró su calidad de inspector, porque gustaba de las cosas regularmente hechas. Después les encargó que montasen discreta vigilancia a la puerta del inmueble y que no dejasen penetrar en él sino a los arrendatarios de los diversos departamentos. Rogó asimismo a uno de ellos que fuese en busca de un tercer agente, cuya misión consistiría en venir a reunirse con Wens en el pasillo del segundo piso y montara allí la guardia.

Los dos agentes se aprestaban a descender, cuando nuevos pasos resonaron en la escalera, e, instantes más tarde, Juan Perlonjour llegaba al pasillo.

—¡Dios mío!—exclamó aquél—. ¿Pero qué es lo que ocurre?

—Que Néstor Gribbe acaba de ser asesinado, no hacen diez minutos...—respondió Wens—. ¿Puedo preguntar a usted, señor Perlonjour, lo que le trae aquí?

El tono con que fué hecha la pregunta, sobresaltó al joven. Sin embargo, se apresuró a responder con voz ronca:

—Por cierto, venía a hablar con Senterre. Pasé primero a su hotel, donde se me dijo que le encontraría aquí...

—¿Puedo, sin indiscreción—insistió el inspector—preguntar a usted lo que iba a decir a su amigo?

—Se trata de una cuestión estrictamente personal, —respondió Perlonjour.

Wens pareció dudar un segundo, después se volvió un poco.

—Vayan, —dijo a los agentes. —No hay un segundo que perder... y usted, venga aquí.

“Usted”, era el portero. Este se aproximó al inspector temblando. Parecía completamente desesperado. Dos crímenes en una semana, en la casa... Ciertamente no se encontraba capaz de soportar un tercero.

—No tema usted nada, —dijo Wens—. Y, dígame usted, ¿cómo entró aquí ese señor?

El portero meditó un minuto antes de responder con voz poco segura:

—Me encontraba en mi cabina, cuando le vi penetrar en el porche. Me dirigí hacia él, y me dijo que venía a ver al señor Senterre. Conozco a los amigos del señor Senterre, porque él mismo me dió sus cinco nombres, hace alrededor de diez días, y cuando ése... ese señor me hubo declarado que se llamada Gribbe, le conduje directamente al ascensor. Volví a la portería en seguida para telefonar su llegada al señor Senterre... Es todo.

—¿Quiere usted decir acaso que lo introdujo en el ascensor?

—Sí, señor. Le expliqué el funcionamiento, cerré yo mismo la puerta exterior y, en mi premura de anunciarlo al señor Senterre, le dejé el cuidado de cerrar la del interior...

—¿Lo vió usted cerrarla?

—No, señor. El ascensor permanecía en el piso bajo cuando dejé al señor Gribbe y, en los momentos de penetrar en mi departamento, no se oía todavía el característico ruido de la subida.

—¿No se volvió usted a mirar?

—No, señor. En mi comprensible apresuramiento...

—Es natural. ¿Pero usted no oyó nada?

—No, señor... Es decir, oí el ruido de la puerta interior que se cerraba. Nada más.

—Explíqueme usted el funcionamiento de este ascensor, —dijo Wens.

—Puedo hacerlo por él, —propuso Senterre.

—No, —replicó el inspector secamente—. Deseo que sea este hombre quien me lo explique. Usted, señor Perlonjour, vaya a ver si la puerta de entrada de atrás está abierta o cerrada.

—Está abierta—dijo Perlonjour—. Entré por ahí.

—¿Ah?—dijo Wens.

Volvióse al portero:

—Vamos, hable usted. ¿Cómo funciona este ascensor?

—Como todos los ascensores, señor. Hay un botón para cada piso y...

El inspector se decidió, para ganar tiempo, a hacer él mismo las preguntas.

—Todos los ascensores no funcionan de la misma manera. ¿Este no marcha, naturalmente, sino cuando ambas puertas están cerradas?

—Sí, —respondió el portero.

—¿Se detiene cuando se abre una de las puertas? ¿Es decir que la persona que se encuentra dentro puede, si quiere, abriendo la puerta interior, detenerse entre dos pisos?

—Sí, señor.

—¿Puede, sin duda, detenerle igualmente desde el exterior, abriendo la puerta de abajo o de uno de los pisos?

—Sí, señor.

—¿Puede llamar por sí mismo el ascensor desde los pisos superiores?

—Ciertamente, señor. No hay ascensorista y...

Wens frunció las cejas, lo que bastó para cortar la larga frase explicativa que preparaba el portero.

—Ponga usted atención a lo que voy a preguntar—dijo—. ¿Es posible, una vez que están cerradas las dos puertas del ascensor, es decir, una vez el ascensor puesto en disposición de marchar, deslizar la mano al interior, alcanzar el cuadro de comando, hacer subir el ascensor y retirar la mano con la necesaria rapidez para que ésta no sea cogida por él?

—Es imposible, señor. Una vez cerradas las puertas, no es posible alcanzar con la mano el cuadro de comando.

—¿Y usted no vió entrar a otro que al señor Gribbe, ni un poco antes, ni un poco después?

—No, señor, pero alguien pudo entrar en la casa por la puerta de atrás.

—Esa puerta está cerca del ascensor, ¿no es cierto?

—Sí, señor, un poco más abajo. No está separada de éste sino por algunos escalones de piedra.

Senterre, que durante estas últimas réplicas, había entrado en el departamento donde había llamado por teléfono como se le había exigido, volvía, con una hoja de papel en la mano.

—He aquí un plano de la parte baja del inmueble—dijo—. Si eso puede ayudar un poco...

—Gracias—dijo Wens, apoderándose del plano y desplegándolo.

—No hay duda que el asesino de Néstor Gribbe ha entrado por la puerta de atrás y en seguida se ocultó en la escalera de piedra. Pero, ¿después?...

El inspector se dirigió al portero:

—¿Dice usted que, al llegar a su caseta, escuchó el ruido de la puerta interior del ascensor que se cerraba? *¿Pero no pudo ser también el ruido de la puerta exterior que se abría?...*

El portero se rascó la nuca y reflexionó un instante antes de responder:

—Sí, señor. El ruido habría sido el mismo o poco más o menos...

—Bien—dijo Wens.

Sacó de su bolsillo la tabaquera de plata. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar absorto en sus reflexiones. Senterre, Perlonjour y el portero, inmóviles a su lado, respetaban su meditación. Se sintieron pasos rápidos en el corredor y luego apareció un agente de policía que se detuvo inmóvil, esperando órdenes.

—Bien—dijo Wens como para sí mismo—. No puede haber pasado sino de esa manera...

Se volvió hacia sus compañeros.

—El asesino posee, no hay ninguna duda, un profundo conocimiento del lugar, conocimiento que puede haber adquirido después del asesinato de vuestro amigo Gernicot. Está igualmente al corriente de los menores gestos de cada uno de ustedes, lo que me inclina a creer...

Se interrumpió y replicó:

—El asesino ha entrado, naturalmente, por la puerta de atrás que ha encontrado abierta o que él ha abierto. Se ha

mantenido oculto en la escalera hasta que Gribbe penetró en el ascensor. Esperó que el portero cerrara la puerta exterior y cuando éste se alejaba, salió de su escondite...

—¿Cree usted?—dijo Senterre—. Pero hace falta que ese hombre sea de una audacia...

—Todo nos prueba—dijo Wens—que es un hombre audaz. Por lo demás, no hacía falta una audacia excesiva. Si el portero le hubiera sorprendido, el asesino habría tenido que declarar que había entrado por la puerta de atrás, y testimoniar su deseo de hacer una visita a un arrendatario de cualquiera de los pisos superiores. No estaba obligado a actuar así, y logró, probablemente por medio de algún signo misterioso, hacerse abrir la puerta exterior del ascensor por Gribbe, a menos que no la haya abierto él mismo, sin que Gribbe se sintiera sorprendido de que también otra persona quisiese subir. Hechos, pues, aquí, con nuestro hombre en el interior del ascensor. Sin duda, guardaba el estilete en su manga. Distraer un instante la atención de su víctima, y herirla con un golpe fulminante, ha sido para él un juego de niños...

Con los ojos clavados en el vacío, en la extremidad de su boca el cigarrillo a medio consumir, Wens no parecía hablar para sus oyentes. Hablaba consigo mismo, pensando en voz alta.

Cuando dijo "juego de niños", levantó la cabeza. Miró sucesivamente a Senterre, Perlonjour, al portero, al agente de policía. Parecía salir de un sueño.

—El asesino no ha podido matar de otra manera, pero ¿cómo este muerto ha podido subir hasta aquí?...

—¿Cómo?—exclamó Senterre—. Cuando el ascensor se detuvo, Gribbe estaba sentado en la banqueta del fondo, con la cabeza apoyada en la pared, y el sombrero metido hasta los ojos...

—¡Demonios!—juró Wens—. ¿Cómo este cadáver...? Señor Senterre, es preciso repetir esta escena. La salida suya del departamento, su descubrimiento del cuerpo de Gribbe...

—Con mucho gusto—dijo Senterre.

Entró en el salón y cerró la puerta tras él.

—¡Ya!—dijo Wens.

Senterre abrió la puerta del salón y se lanzó al corredor. A tres metros de la caja del ascensor, se detuvo un instante mirando esta caja. Después se dirigió rápidamente al

ascensor e hizo el simulacro de abrir la puerta exterior, luego la puerta interior, y penetró dentro. Se inclinó hacia el rincón de la banqueta...

—¡Deténgase!—dijo vivamente Wens. —Cuando usted abrió la puerta, el ascensor había alcanzado completamente el nivel del corredor, ¿no es cierto?

Pronunciando estas palabras, avanzó hasta el ascensor, se inclinó y examinó la relación entre la plancha del ascensor y el suelo del pasillo.

—No existe un completo nivel—dijo.

—No—dijo a su turno Senterre—. En mi apresuramiento por estrechar a Gribbe en mis brazos, inquieto también por su actitud, abrí la puerta del ascensor antes que éste se hubiera detenido completamente...

—¡Ah!—dijo Wens—. Entonces es usted quien ha abierto el ascensor. *No se ha abierto solo...*

—Pero eso no cambia nada de nada—exclamó Senterre.

—Lo cambia todo—dijo Wens.

Senterre se permitió un ligero encogimiento de hombros:

—Quizás yo hice detenerse el ascensor, pero no he podido ser yo quien lo hizo subir, ¿no es cierto? ¡Explíquenos usted entonces, cómo ha subido!...

—Lo haré en cinco minutos—respondió Wens—si ustedes consienten en recomenzar la reciente escena.

Hizo señas al agente de que se aproximara.

—Usted—ordenó—se quedará junto al cadáver. Vea usted lo que vea en los cinco minutos que van a seguir, no se mueva de ahí. Usted...

Se volvió hacia el portero:

—Usted va a bajar conmigo y el señor, que hará el papel de víctima...

Designó a Perlonjour.

—Usted—dijo, en fin, dirigiéndose a Senterre—se dirigirá al salón en espera de la llamada telefónica del portero y se aplicará a ejecutar exactamente todos los movimientos que ha efectuado desde el instante en que oyó la campanilla... Usted no se apresuró tanto en descolgar el receptor antes, no se apresure, pues, ahora.

Wens cerró en seguida, las puertas del ascensor y bajó al piso bajo con Perlonjour y el portero. Llamó entonces al ascensor, hizo entrar a Perlonjour y ordenó al portero:

—Vaya a telefonar al señor Senterre.

El hombre se alejó sin volver la cabeza.

En cuanto éste hubo penetrado en su habitación, el inspector cerró rápidamente ambas puertas del ascensor, diciendo a Perlonjour:

—Ya está usted muerto, amigo mío...

Casi en el mismo instante, Senterre escuchó el campanileo del teléfono. Se acordó que estaba sumergido entre las maletas de Namotte cuando lo oyó por la primera vez, y fué, sin apresurarse, a descolgar el aparato. Escuchada la comunicación, dejó pasar todavía algún tiempo, el tiempo aproximado que había dejado transcurrir entre sus exclamaciones de alegría y la respuesta que dió a Vorobeitchik que había preguntado desde el dormitorio: "¿Qué ocurre?"

Cuando llegó al pasillo, escuchó como la primera vez el ruido del ascensor que subía. Después vió progresivamente sobre la banqueta del ascensor a Perlonjour que se mantenía más o menos en la posición que antes ocupara Gribbe. Entonces Senterre avanzó y abrió la puerta exterior del ascensor, después la puerta interior...

Perlonjour se puso de pie.

—Ya está hecho—dijo.

—¿Dónde está Wens?—preguntó Senterre.

—¡Aquí!—gritó una voz.

—Senterre se volvió estupefacto: el inspector bajaba tranquilamente desde el tercer piso.

—Comprende usted ahora—dijo cuando hubo llegado al pasillo—. El asesino no ha hecho subir el ascensor desde el piso bajo. *Lo ha hecho subir desde el tercer piso.*

Y agregó poco después:

—O, si ha sido un poco más ágil que yo, desde el cuarto... Ha combinado su golpe de mano admirablemente. No se puede negar que se trata de un hombre de genio.

Senterre no pudo menos de estremecerse. A menudo se acordaba de las proféticas palabras de Gernicot: "Un poder casi infernal..."

Wens encendió de nuevo el extremo de su cigarrillo que no había separado de sus labios.

—Resumamos—, dijo—. El asesino se encuentra en la escalera que conduce desde la puerta de atrás al vestíbulo. Una vez Gribbe en el ascensor y alejado el portero, da su golpe. Aquí es donde comienza lo realmente interesante... Sale

del ascensor y cierra las puertas. La máquina está en orden de marcha. En su cabina, el portero descuelga el receptor. Entonces, nuestro hombre se lanza escaleras arriba y alcanza el pasillo del segundo piso, al mismo tiempo que usted, Senterre, terminaba su comunicación telefónica. Gana con la misma celeridad el tercer piso, o quizás el cuarto, y desde allí, llama al ascensor que contiene el cadáver de Gribbe. Pero el ascensor no irá hasta el tercero o hasta el cuarto, *porque usted lo detiene al pasar...*

—Es demasiado complicado—dice Senterre.

—Le parece a usted complicado, porque se lo estoy explicando, pero en la práctica, da excelentes resultados. Si me atrevo a explicarme así...

—Pero—interrogó Perlonjour—¿por qué el asesino no se ha marchado tranquilamente por la puerta de atrás?

—Sólo él lo sabe—replicó Wens—. Quizás lo quiso hacer y le vió a usted en ese momento. Usted llegó aquí casi en los momentos del crimen, no lo olvidemos. Puede también que haya temido que el portero saliese en seguida de su cabina y alcanzase a verlo dando la señal de alarma consiguiente. Hay cien hipótesis que pueden formularse... También puede haber procedido como procedió, por amor al peligro. De todas maneras lo hecho es obra de un artista del crimen... Pero, quieran ustedes excusarme si me alejo unos pocos minutos: debo subir a los pisos superiores para descubrir el camino seguido por nuestro hombre en su fuga...

Senterre y Perlonjour vieron al inspector sumergir su mano derecha en el bolsillo de su vestón y dirigirse hacia la escalera.

Permanecieron inmóviles durante largos momentos, después Perlonjour, a pasitos cortos, se aproximó al cuerpo de Néstor Gribbe, cerca del cual el agente de policía montaba una guardia vigilante.

Lo contempló algunos instantes con desesperación, después murmuró:

—¡Pobre viejo!

Senterre habló a su turno:

—Juan...

Su voz temblaba.

Perlonjour se volvió.

—¿Qué quieres?

—Es preciso que nos defendamos—balbució Senterre—. Gernicot tenía razón. Nuestro turno vendrá... Tenemos que defendernos, Juan.

Se hizo un silencio, después los dos amigos sintieron que Wens volvía.

—Los techos—dijo con un gesto vago.

El también parecía confundido, casi desesperado.

—¿De modo—preguntó Senterre—que usted está convencido de que todo ha pasado como acaba de explicárnoslo? ¿No ve usted otra hipótesis?...

El inspector miró detenidamente a Senterre y a Perlonjour.

—Si—dijo por último—. Hay otras hipótesis, pero tan horribles, que no me atrevo a considerarlas...

Arrojó a un lado su cigarrillo extinguido, lo aplastó maquinalmente con el pie y agregó:

—Al menos, por el momento.

CAPITULO XIII

A NORA, PARA SIEMPRE

—¿Leche?

—Poca.

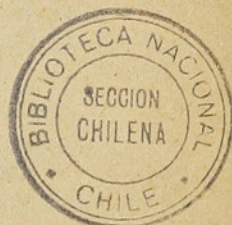
—¿Limón?

—Poco.

Senterre avanzó el busto, colocó sus codos en las rodillas y su mentón en las manos. Miró a Encarnación con curiosidad apasionada. Esta acababa de verter el té y Senterre, como siempre, la admiraba, como si fuese un objeto maravilloso.

La joven, se le aproximó con la taza en la mano. Cinco años de aventuras entre decorados a menudo sórdidos, no impedían que Senterre, en medios civilizados, se tornase, súbitamente casi, en el perfecto hombre de mundo que fuera antes. Cogió la taza de manos de Encarnación, la colocó sobre una mesita pequeña de laca roja que aproximó a su sillón con el extremo de su zapato, y antes de que ésta hubiera podido prever su gesto, las manos de Encarnación, se encontraron prisioneras entre las de su huésped.

Senterre no se daba prisa en hablar. Miraba a Encarnación con admiración ferviente. Esta llevaba puesto un es-



trecho traje sastre color concho de vino y una blusa de seda blanca. Un collar de gruesas perlas negras ceñía la nitidez de su cuello como un lazo. Se mantenía grave, como de ordinario, pero con una gravedad tranquila que desconcertaba al joven. Y, por centésima vez, éste se preguntaba si la extraña mujer experimentaba tristeza o no, por la misteriosa desaparición de su prometido, por su muerte probable. Hacía una hora que se encontraba en su compañía y no había pronunciado ni una sola vez el nombre de Marcel... ¿Pensaba todavía en Marcel?

¡Ah!, si pudiera él estrecharla contra su pecho, oprimirla hasta obligarla a quejarse y gritarle por fin: “¡Te amo! ¡Te amo!”

Senterre pensaba en esto, pero permanecía sentado. Una fuerza extraña le mantenía quieto. “Se trata—se decía despechado—que no sabe si Gernicot está vivo o ha muerto...”

Abandonó las manos de Encarnación y ésta fué tranquilamente a sentarse frente a él, al otro lado de la mesa. ¿No era posible acaso que esta mujer fuera, como él mismo, prisionera de una cuestión sin respuesta, de una situación sin salida?

“Ciertamente—pensaba Senterre—ella no ama a Gernicot, siento que no le ama. Le había amado antes tan poco tiempo, ignoraba tantas cosas de él, y su retorno sin gloria, había debido destruir su ilusión...”

El se aplicaba a repesar todas las entrevistas que había logrado obtener de la novia de su amigo, desde la primera visita que ella le había hecho en su departamento, hasta la cita que le había acordado el primer domingo de septiembre y que Perlonjour había interrumpido con tanta estupidez. Pensaba en los gestos que ella había hecho, en las palabras que había pronunciado, preguntándose con verdadera fiebre si había alguna entre ellas que pudiera él interpretar de acuerdo con sus deseos, que fuese, si no una confesión, a lo menos una esperanza. Pero Senterre no practicaba sólo la sinceridad con los otros, la practicaba muy particularmente consigo mismo, y se confesaba que Encarnación jamás le había manifestado otra cosa que una amistad sencilla y aun indirecta, porque podía ser pura y simplemente el resultado de su amor por Marcel. Pero si ella no amaba a Marcel, entonces....

Habría sido preciso hablarle. Senterre lo comprendió en

el mismo momento en que advirtió que le faltaba el valor, la audacia, mejor dicho. Habría sido necesario decirle las cosas sencilla y honradamente, poner en sus pequeñas manos sin cálculo de ninguna especie, su felicidad. Pero Senterre no se resolvía...

Oyó que llamaban en la puerta de entrada del departamento, y algunos instantes más tarde, la camarera de Encarnación le anunciaba que un "señor estaba allí por la señora". Agregó que no había querido decir su nombre y que esperaba en la antecámara.

Encarnación se levantó, suplicando a su huésped que la esperara y, mientras ella salía del salón, Senterre pensó en Vorobeitchik. Sin duda, era él que venía a importunar a la joven con sus preguntas...

Pero, palideció. La puerta se entreabrió de repente y Perlonjour penetró en la estancia. Prevenido, sin duda, por Encarnación, no manifestó ninguna sorpresa al encontrarse en presencia de su amigo y avanzó hacia él con la mano extendida.

Senterre se levantó. En lugar de coger la mano de Perlonjour, le asió violentamente por el puño y le preguntó con voz temblorosa por la cólera:

—¿Qué vienes a hacer aquí?...

Perlonjour miró a Senterre a los ojos, después contempló su puño prisionero. Lo libertó bruscamente y respondió esto, que dejó estupefacto a su amigo:

—Lo que a ti no te importa, mi estimado viejo.

En estos momentos, Encarnación penetró a su turno en el salón, mientras sonaba el teléfono. La joven descolgó el receptor y lo pasó a Senterre diciéndole con un tono desacostumbrado:

—Es para usted.

Senterre cogió el aparato y lanzó un "aló" furibundo.

Oída la comunicación y colgado el receptor, miró a Encarnación que le volvía la espalda, después a Perlonjour que jugaba con un cofre de cigarrillos. ¿Se burlaba de él? ¿No era esa llamada telefónica el pretexto para alejarle de la casa, de esta habitación llena toda de perfume sutil e irritante? ¿Iba él a dejar a Encarnación y a Juan en "tête a tête"... Pero era preciso. Vorobeitchik se había manifestado categórico.

—Quédese—dijo a la joven, que se disponía nuevamente a conducirle hasta la antecámara—. Ya he sido demasiado inoportuno...

Con estas palabras, esperaba turbar hondamente a Perlonjour y a Encarnación. Salió cerrando con viveza la puerta del salón.

Encontró a Vorobeitchik en la terraza de un café próximo, fumando con impaciencia cigarrillo tras cigarrillo, mientras esperaba.

—¿Qué pasa?—dijo Senterre enfadado.

—Tenga usted la bondad de excusarme por la molestia que le ocasiono—respondió el inspector con su afabilidad acostumbrada, —pero tenía necesidad absoluta de verle y su valet me dijo dónde podía llamarle con alguna probabilidad de éxito...

Senterre pensó que despediría inmediatamente a su valet y preguntó:

—¿Qué pasa?... Usted...

—Se ha encontrado un cuerpo en el canal—dijo Wenceslao, deteniendo un taxi—, un cuerpo de hombre completamente desnudo, cuya cabeza ha sido destrozada por la hélice de un remolcador. El cadáver llevaba en el pecho un extraño tatuaje... Creo que se trata de su amigo Gernicot.

Senterre no respondió nada. Esta nueva provocaba en él impresiones contradictorias. Sentía disgusto, piedad, un miedo confuso, un secreto contento también. Una vez en posesión de la prueba de la muerte de Gernicot, Encarnación era libre. Y Senterre era el único en el mundo que podía obtener esta prueba...

Era la primera vez que ponía los pies en la Morgue. Evitó mirar esos cuerpos rígidos, cubiertos con paños blancos de muy dudosa limpieza.

El hombre que precedía al inspector y a su compañero, se detuvo de repente.

—Este es—dijo.

Y levantó la manta.

—Estoy conmovido—balbució Vorobeitchik.

Pero Senterre le alejó y se inclinó bruscamente sobre el cadáver descubierto. Tenía el vientre hinchado y la cabeza horriblemente mutilada, no era sino un confuso montón de huesos rotos y carnes destrozadas.

—¡Es horrible!—dijo Senterre.

Después bajó la vista y vió, sobre el pecho, el tatuaje criptógramo que Gernicot le había mostrado a Encarnación y a él el día funesto de su regreso:

I 112 - 4 △ 0 III

—Es él, ¿no es cierto?—preguntó el inspector.

Pero él no tenía la prueba que Senterre se creía él único en el mundo en poseer.

Volvió a ver a Gernicot entre su novia y él, con la camisa abierta sobre su pecho. Senterre había enrojecido y alejado su mirada de la de Encarnación, a causa de ese segundo tatuaje que había visto sobre el otro, un poco a la izquierda.

Se inclinó sobre el cadáver y vió, dispuesto en círculo, las letras que formaban estas palabras:

A Nora, para siempre.

—Es él, es Gernicot—dijo Senterre.

C A P I T U L O X I V

ACUSACION POSTUMA

Si existiese, lo mismo que aquéllos que se llaman Luis XV, Renacimiento o Directorio, un estilo “impersonal”, la oficina de Wenceslao Vorobeitchik, hubiese sido, sin ninguna duda, la mejor representación suya. Multitud de ficheros que corrían a lo largo de los muros desnudos, sin otra decoración que la de dos grandes ventanas sin cortinas, una mesa, sobre la cual se veía una máquina de escribir, dos sillas para uso de los visitantes, un escritorio y un sillón cualesquiera, componían todo el amueblado. La lámpara portátil que hasta muy tarde de la noche solía alumbrar la pequeña mesa del inspector, poseía, como todas sus congéneres, una pantalla verde, y hasta el cesto de papeles, parecía especialmente elegido para no llamar la atención.

Vorobeitchik se hallaba sumido en profunda meditación, cuando un agente de policía golpeó la puerta y le entregó la carta de Jorge Senterre.

Pensaba en el engorroso asunto que le habían encargado y en el cual no había logrado, a pesar de sus meditaciones, ver más claro que el primer día. Los trágicos y misteriosos acontecimientos de la última quincena, le habían sugerido multitud de hipótesis, de entre las cuales, algunas parecían confirmar pruebas de positivo valor. Había notado, al azar de entre sus búsquedas, numerosos detalles interesantes, sobre muchos de los cuales guardaba silencio, porque de otro modo, no habría logrado sino embrollar más las cosas. No dudaba de que un día, quizás no lejano, le sirviesen todos ellos para descubrir la verdad, pero tampoco podía dejar de pensar, que muchas vidas humanas se encontraban aún bajo el peso de la terrible amenaza, y por esa razón, por momentos se sentía profundamente descorazonado, confesándose que nada podía hacer para protegerlos y salvarlos. Algunas dudas, algunas sospechas, pero ¿qué era todo aquello? El misterioso asesino no dejaría por ello de dar su golpe a la hora dada, y si conseguía arrestarle, sólo sería en los momentos en que llegara a recoger los frutos de su sangrienta labor: entonces tendría que desenmascarse automáticamente...

Mientras tanto, ninguna pista se ofrecía a la actividad de la policía. La revisión del proceso abierto en seguida de acontecido el drama del "Aquitania", era pura fórmula, y aún no daba resultado alguno; habría sido, pues, pueril esperar. No había testigos, y la falta completa de indicios no permitía, por otra parte, ocuparse de la desaparición del cuerpo de Gernicot; este cuerpo se había ahora encontrado, pero era imposible seguir el camino que se le había hecho tomar; sólo el médico legista había podido declarar, en vista del estado de descomposición del cadáver, que éste había sido arrojado al canal, poco tiempo después de haberlo sacado del departamento de Senterre, al día siguiente, con toda probabilidad. En lo que concernía al asesinato de Gribbe—este asesinato que era toda una obra maestra del crimen—Vorobeitchik se aplicaba a seguir el camino tomado por el asesino en su fuga. Es decir, que había subido al tejado, que se había deslizado en los graneros y había interrogado a los vecinos. Pero todo en vano...

—Adelante—dijo.

Senterre penetró en la oficina del inspector. Su rostro y actitud, eran las de un hombre que trae noticias importantes.

Vorobeitchik le designó un sillón y le ofreció un cigarillo. Entonces, Senterre se inclinó hacia Wenceslao y le preguntó en voz baja:

—¿Estamos completamente solos? Nadie puede oírnos, ¿verdad?

—Nadie, naturalmente—respondió Vorobeitchik, a quien este lujo de precauciones divertía—. Puede usted hablar en voz alta e inteligible, se lo aseguro a usted.

—Pues bien, acabo de registrar otra vez las maletas de Namotte.

—¿Sí?—dijo el inspector.

Se inclinó hacia su interlocutor prodigiosamente interesado. Todo, en la actitud de Senterre, hacía prever que había descubierto en estas maletas algo susceptible de orientar el proceso.

—¿Qué ha encontrado usted?—preguntó—. Porque supongo que usted no estaría aquí si no hubiese encontrado algo importante...

—He encontrado esto—dijo Senterre.

Y colocó encima de la mesa del inspector un sobre que parecía contener numerosas hojas de papel.

—¿Sabe usted lo que es esto?—dijo Senterre sin retirar la mano de sobre su hallazgo.

—¿Cómo podría yo saber?...

—Pues es una especie de acusación.

—¿Sí?

—Lea esto.

Senterre colocó su índice en el extremo del sobre donde se podía leer en pequeños caracteres:

“Que lo abra Jorge Senterre si llega a morir sin haber vuelto a verlo.”

—Raro—murmuró Wenceslao—. ¿Quiere usted dejármelo aquí? Lo leeré rápidamente.

—Pero, ¿no puede usted leerlo en seguida?

—Es imposible—dijo—. Me falta el tiempo por el momento. Pero lo leeré sin falta esta misma tarde.

El rostro de Senterre expresaba el despecho. Era el úni-

co que podía aportar un elemento nuevo al proceso, un elemento que juzgaba de la más alta importancia; tenía deseo de comentarlo con el inspector, y he aquí que este hombre no manifestaba el menor apuro en examinar su hallazgo.

Se levantó.

—Lo siento—dijo—. Lamento que usted esté ocupado hasta el extremo de no poder consagrar diez minutos para leer estas hojas. Lo lamento sobre todo por mis amigos y por mí, que permanecemos expuestos sin defensa a los golpes de un miserable...

Se endosó el sombrero con brusquedad y salió del estudio golpeando la puerta.

Vorobeitchik sonrió. Siempre se había sentido inclinado a encontrar simpáticas a las personas que le encontraban a él antipático. La verdad era que él quería tomar conocimiento de la acusación de Namotte sin testigos.

Mientras que él la leía, se acentuaba su sonrisa. En medio de una multitud de frases ampulosas, de restricciones, de líneas de puntos y de puntos de exclamación que hacían de la carta de Namotte un mal romance folletinesco, cayó sobre esta frase que relevó:

“Ese Smith quiere hoy mi muerte, y no me extrañaría que un día cualquiera tuviera mi piel entre sus manos.”

El inspector se encogió de hombros y prosiguió su lectura, de la cual desprendió que Namotte se había conquistado el odio de un tal Smith. Hablaba de ese hombre como de un bandido capaz de todo.

“Sabe que soy rico—escribía Namotte—y que mis amigos son ricos. No soy el único amenazado”...

—Naturalmente—murmuró Wenceslao.

Namotte, que había terminado su carta a bordo del “Aquitania”, declaraba haber encontrado a Smith en Pekín, por dos veces. Creía, incluso, haberle reconocido en un paquebot entre los pasajeros de tercera clase, pero terminaba su frase en estos términos:

“... es posible que se tratara de una ilusión.”

—¡Imbécil!—murmuró el inspector—. Esta carta te perderá.

Abrió un cajón de su escritorio, y sacó dos fragmentos de cartas cubiertas por escrituras masculinas, y una tarjeta de visita que contenía algunas palabras trazadas por una mano de mujer.

Comparó largamente las tres escrituras con la de la carta de Namotte. Después lo puso todo bajo sobre, y reflexionó un momento. Se decidió. Pegó el sobre y trazó esta dirección:

M. Omer Margeot,
grafólogo.

Calle de Siete Torres, 8.

E. V.

Llamó en seguida al agente de guardia y ordenó:

—Urgente. Para examen.

Al mismo tiempo descolgó el receptor del teléfono y reclamó un número.

Luego:

—¿Con el señor Margeot? Habla Wens... Le he enviado los documentos... Una especie de confesión, sin duda alguna apócrifa y tres otros espécimen de escritura... Es preciso que una de estas tres personas haya escrito esta confesión... Pero, sin embargo, los caracteres son muy diferentes... ¿Puedo contar con usted? Gracias. Hasta luego.

Colgado el aparato, Vorobeitchik pareció dudar. Teceaba sobre la mesa con los dedos. Reclamó una nueva comunicación y escuchó al extremo del hilo, la voz enfadada de Senterre.

—Ya he leído eso. Muy interesante. Pero en el mundo hay miles de Smith, que son unos perfectos canallas... No es un nombre que comprometa a nadie. Lo encontró usted en la maleta ¿no? ¿En una valija? ¿Se acuerda usted que le pedí en cierta ocasión un espécimen de escritura de cada uno de sus amigos?... Usted me remitió únicamente dos... Usted me había prometido los otros. Me gustaría tenerlos... ¿Por qué?... ¿Ni los de Namotte ni los de Gernicot?... ¿Y los de Perlonjour?... ¿Se lo pido yo mismo?... Bueno ¿La acusación es, naturalmente, de mano de Namotte?... ¿Usted conoce bien su escritura?... Bueno... Hasta luego.

El inspector encendió un cigarrillo aspirándolo con evidente satisfacción. A pesar de toda su habilidad, su innegable habilidad, el asesino había enseñado esta vez la punta de la oreja.

CAPITULO XV

EL VENCEDOR DEL ATLANTICO

Desde que habiendo salido de su casa, puso los pies en la vereda, Senterre vió a Perlonjour que se mantenía inmóvil al otro extremo de la calle. Se guardó muy bien de manifestar que lo había visto, pero no logró evitarle: Perlonjour atravesó la calzada y vino hacia él...

Juan quería, en efecto, disipar, en una entrevista con Senterre, el mal entendido que los separaba. Había aguantado la salida de su amigo, para conducirlo al bar cercano que conocía y donde podían discutir con toda tranquilidad. Perlonjour pensaba, no sin razón, que más le valía encontrar a Senterre en un terreno neutro que ir a encontrarle a su casa.

El joven no había dejado de dirigirse, durante los últimos días, los más amargos reproches. ¿Qué hacía él en esta ciudad donde no había venido sino para volver a ver a Senterre y estrecharle entre sus brazos? Su anciana madre también le había visto antes de morir. La vida le había acordado, con el retorno de su hijo, la última alegría que esperaba de ella. ¿Qué hacía todavía allí, desde el momento en que tantos navíos que se lanzaban hacia alta mar le llamaban de nuevo?

—¿Qué quieres?—pregunté Senterre.

—Hablarte...

—No tenemos nada que decirnos.

Senterre se había visto obligado a detenerse porque Perlonjour le cerraba el paso, pero su rostro se mantenía cerrado y duro. Nadie hubiera podido creer, al verlos de esa manera uno junto al otro, que una antigua amistad unía a esos dos hombres.

—Estoy urgido—dijo Senterre—. Hasta luego.

—No—dijo Perlonjour—. No puedes rehusarme unos minutos de conversación.

—¿Por qué no? Ya te digo que tengo mucha prisa.

—¿Qué te he hecho yo?...

Esta pregunta hizo vacilar a Senterre. Se interrogó.

¿Qué le había hecho su amigo? Debió confesar, que, hablando con propiedad, nada le había hecho.

—Es inútil que...—comenzó.

—Indispensable.

Ante esta voluntad más firme que la suya, Senterre cedió y, diez minutos más tarde, los dos amigos se encontraban uno frente a otro, en un pequeño y tranquilo café del cual constituían ellos, a esa hora, toda la clientela.

—¿Qué quieres?—dijo Senterre.

—¿Qué quiero?...

Pero Perlonjour se interrumpió. Nunca hubiera él creído antes que le iba a costar un esfuerzo tan grande pronunciar esta frase sencilla: "Se trata de Encarnación".

El sólo enunciado de este nombre, bastaba para sumergirlo en una turbación profunda, mientras pensaba con tristeza, que seguramente lo mismo le ocurría a Senterre. Sin que ni uno ni otro hasta aquí se hubiese hablado de su amor, cada uno sentía con certidumbre, con dolorosa certidumbre, que el otro amaba a la misma mujer, y que estaba dispuesto a hacerse matar por una sonrisa suya.

Perlonjour concluyó por decir:

—Se trata de Gernicot.

—¡Ah!—dijo Senterre alzando las cejas.

—Tú estás cierto de haber reconocido su cuerpo, ¿verdad?

—Naturalmente.

—¿Y, naturalmente, cuentas con avisar a En.... a su novia?

—Sí—respondió sordamente Senterre.

—¿No temes, procediendo así, hacerla sufrir?... ¿no?

—¿A quién?

—Vamos, a Encarnación.

—No.

Hubo un silencio. Los dos hombres parecían reunir sus fuerzas para la lucha que se preparaba.

—Estás equivocado—dijo Perlonjour con dulzura—. Ella lo sabrá siempre demasiado pronto...

—Nunca es demasiado pronto. Yo iba a su casa cuando te he encontrado. Ya es hora, para Encarnación, de saber que es libre...

—Si ella amaba a Marcel, creo que no será libre hasta dentro de mucho tiempo.

—No se ama a un muerto.

—Te engañas. Puede amarse a un muerto más que a muchos vivos...

Las mejillas de Senterre se tiñeron de rojo.

—¿Lo dices por mí?—preguntó con voz ronca.

—De ningún modo—dijo Perlonjour.

—No hagas el imbécil. Si estamos aquí, es para hablar de ella. Este ha sido tu objeto al detenerme hoy. Pero te falta el valor o la franqueza. Pero yo hablaré por ti. No temo a las palabras. Estás enamorado de Encarnación...

—Sí—dijo Perlonjour con voz imperceptible.

—También la amo yo—dijo Senterre con fuerza—. Creo que no tengo necesidad de decírtelo. La amo más que a mi vida... ¡Y cuánto más que a mi vida!

—Naturalmente, Jorge. De otro modo, no la amarías.

—La amé desde el primer día, desde la primera visita que me hizo para obtener noticias de Marcel...

—Yo—dijo a su turno Perlonjour—la he amado desde el día de la desaparición de Gernicot, cuando penetré detrás de ti, en el departamento donde la encontré desvanecida... Casi la he amado antes de verla.

—¡Pero yo la amé antes que tú!—gritó Senterre.

—Yo la amo—dijo Perlonjour—desde que pienso en las mujeres.

De nuevo se hizo entre ellos un pesado silencio. Las palabras que acababan de pronunciar y que confirmaban todas sus aprensiones, sus temores confusos, les mantenían paralojizados. ¿Qué iba a ser ahora de su hermosa amistad fraterna?

—No tenemos la culpa—dijo Senterre pensativo.

—¿Tú la ves a menudo?

—Menos a menudo que tú.

—Tampoco tiene ella la culpa—murmuró Perlonjour.

Esta respuesta llenó a Senterre de alegría. Sentio unos celos feroces. No podía dejar de ver en su amigo un intruso un rival traidor. No podía dejar de pensar que él tenía sobre la joven cierto derecho de prioridad. Antes del regreso de Gernicot, él no tenía ninguna esperanza, sufría en silencio, sin imaginar que un día la suerte podía intervenir en su favor. Pero ahora no se sentía capaz de la menor resignación. Perlonjour... Pues, que Perlonjour sufriese ahora en silencio...

—Te compadezco—dijo.

—Me compadeces, ¿por qué?—dijo Perlonjour.

Revivía los raros momentos de intimidad que había vivido al lado de Encarnación. Pensaba en las cosas que se habían dicho en voz baja, temblando, como se habla en una iglesia. Se acordaba a menudo de la bella risa de Encarnación, cuando, por juego, él le había cantado, una rodilla en tierra, esta canción picaresca:

“No me ames como al dinero,
porque se le cambia por arroz;
ámame como a un langostino
porque se le come hasta las patas.”

Se inclinó hacia Senterre.

—¿La has hecho reír alguna vez?—preguntó.

—No—dijo Senterre.

Y se sintió en seguida profundamente desgraciado, porque nunca la había hecho reír. En cambio, Perlonjour...

Lo interrogó con la voz temblorosa:

—¿Crees que te ama?

—No me atrevo a esperarlo.

Esta respuesta puso a Senterre fuera de sí. Si Perlonjour le hubiera hecho la misma pregunta, le habría contestado “No sé”. ¿Por qué Juan no respondía lo mismo?

—Tienes razón—exclamó—. Nunca nos amará, ni a uno ni a otro.

—En todo caso...

Perlonjour hizo una pausa.

—Ella tendría que elegir.

Senterre miró a su amigo con espanto. ¿Tan seguro se sentía que no tenía miedo a esa elección?

—Eres pobre—se arriesgó a decir.

Una contracción súbita encogió los rasgos de Perlonjour. Esta frase malvada que provenía de su más querido amigo, le hería o...

—Lo sé muy bien—dijo—. También sé que eres rico...

Senterre se mordió los labios. Esta reflexión era tan cruel como la suya.

—Consuélate—prosiguió Perlonjour—. No entra en mis intenciones, el volver a hablar sobre lo que te he declarado

el día mismo de mi llegada. No quiero tu dinero ni el de los otros, pero trabajaré. Hasta este momento nada he conseguido, pero en lo que toca a Encarnación, quiero probar fortuna... ¡Perdóname, amigo mío!...

Senterre se sintió bruscamente conmovido.

—Nada tengo que perdonarte—dijo—. No sería justo que uno de nosotros se sacrificase, sobre todo tú. Pero también yo quiero probar suerte.

Perlonjour accedió con la cabeza. Se sentía desgraciado porque no podía, por la primera vez en su vida, dar libre curso a su generosidad natural. Antes, con qué alegría desaparecía siempre, con intensa satisfacción interior, en favor de sus amigos. Era de aquéllos para quienes la alegría de recibir, no alcanza nunca tanta embriaguez, como la dicha de dar.

—He sido estúpido—dijo Senterre—. Te he querido, mi viejo... y te he detestado, ¿comprendes? Me he dicho...

Dudó antes de llegar al fondo de su pensamiento:

—... que quizás seas tú, mi pobre viejo, el elegido por el asesino para herir en seguida... Estaba celoso, lo estoy todavía, pero debes comprender...

—Lo comprendo, porque yo mismo no puedo imaginar la vida sin esa mujer.

Se sentían ambos cansados como después de una larga marcha. No obstante, la franqueza de sus explicaciones, evitaban el mirarse. Senterre vació su vaso de oporto y encendió un cigarrillo; a pesar de su deseo, dejar a su amigo en seguida, después de aquella confidencia, le parecía inelegante, feo. Perlonjour sacó distraídamente de su bolsillo la última edición del diario que había comprado mientras esperaba a Senterre.

La primera página estaba ocupada hasta la mitad por cuatro fotografías. Perlonjour leyó el título del artículo:

HUBERT HARDSON HA ATRAVESADO EL ATLANTICO

Es esperado esta tarde en el aeródromo de E...

y miró las fotografías:

Entonces se levantó de un salto, exclamando:

—¡Tignol!... Jorge, ¡es Tignol!...

—¿Qué dices?...

Senterre arrancó el diario de manos de Perlonjour. Mientras que este último repetía: "¡Tignol!, es Tignol!" las letras del artículo danzaban bajo sus ojos:

"El aparato de Hardson partió después de dos tentativas..."

—¡La segunda y la tercera foto!—exclamó Perlonjour—. ¡Mira las fotos!

—Sí—dijo Senterre—, no hay duda. Es Tignol.

—Se ha puesto un nombre falso, sin duda, para darnos una sorpresa...

—Sí, eso es muy suyo. Pero, Juan, ya quizás haya llegado...

—No, no, pero cojamos en seguida un taxi. Es preciso que nos encuentre en el aeródromo. Es preciso que estemos allí para festejarle...

Y de repente, Perlonjour y Senterre se miraron. Un mismo pensamiento había atravesado el cerebro de ambos:

Namotte cayendo desde el puente del "Aquitania". Gernicot, herido con una bala de revólver. Gribbe, con un estilete clavado en la nuca.

—Es preciso prevenir a Wens... Quién sabe si...

—Tienes razón. Voy a telefonearle.

—Ve, te espero.

—No, mejor es que cojas el primer taxi. No hay razón para que los dos nos detengamos. Su decepción sería inmensa si no viese siquiera a uno de nosotros a su llegada... Faltan diez para las cuatro, y su arribo está previsto para las cuatro en punto. No tienes un minuto que perder...

—¡Sí, pero avisa a Wens!—gritó Senterre echando a correr.

—¡En seguida, en seguida!

CAPITULO XVI

IMPLACABLEMENTE

Wens consultó su reloj pulsera.

—Las cuatro—dijo a sus compañeros—. En un cuarto de hora, estaremos en el aeródromo.

El auto dejó el palacio de justicia, y se lanzó hacia el

campo de aviación, haciendo sonar repetidas veces un claxon destemplado.

Perlonjour no había necesitado esforzarse mucho para convencer al inspector de que su presencia era necesaria allí. Los asesinatos de Gernicot y de Gribbe, habían tenido lugar pocas horas después de su regreso, y el de Namotte, durante su retorno. Era, pues, necesario rodear a Tignol de estrecha vigilancia, si no se quería ver alargarse en breve la fúnebre lista.

De pronto, Wens alzó la cabeza y otro tanto hicieron los cuatro agentes que le acompañaban, uno de los cuales iba junto al chofer, mientras los otros se habían sentado en el interior del coche.

Escuchaban el ruido del motor del aeroplano, que a cada paso, se hacía más sensible.

—¡Es él!—murmuró Wens.

Mientras decía esto, un inmenso pájaro apareció en el cielo. Volaba muy bajo, y los policías pudieron leer en letras estrechas y blancas, a un costado del aparato, el siguiente nombre: "The Pilgrim".

—Es él—repitió Wens.

Se inclinó hacia el chofer:

—Más ligero, —dijo—llegará aquí antes que nosotros.

Mientras tanto, el "Peregrino" había llegado al campo de aviación entre los hurras de la multitud, que había concurrido a recibirle desde los cuatro puntos de la ciudad, y comenzaba a descender en "hoja muerta"...

En cuanto tocó tierra, la gente rompió los cordones de la policía, y se precipitó, blandiendo sombreros y bastones, hacia el aparato que seguía avanzando.

En esos momentos, el auto de Wens y de sus hombres, alcanzó la entrada del aeródromo al mismo tiempo que un taxi, del cual surgió en el acto Senterre:

—¡Súbase en la pisadera!—exclamó el inspector.

Pero el portero tenía órdenes formales: no dejaba penetrar en el campo de aviación ningún coche que no viniese provisto de un rompefilas oficial. Exasperado, Wenceslao se inclinó hacia el chofer.

—¡Avance usted!

Y el auto, de un golpe, franqueó la entrada, con riesgo de aplastar al incorruptible portero.

En cuanto el aviador Hubert Hardson, "alias" Hubert Tignol, y su compañero Teodoro Bates, hubieron deslizado una pierna del aparato en el cual acababan de vencer el Atlántico por la tercera vez después de Lindbergh, fueron cogidos en el acto por la muchedumbre en delirio, y se encontraron cada uno trepado sobre un par de hombros robustos, que se empeñaban en conducirles en triunfo.

Hubert Tignol era alto y flaco. Tenía la cara huesuda, la frente alta y hacia atrás, los cabellos ralos. Su primer cuidado, mientras respondía con fatigada sonrisa a la formidable aclamación que subía hasta él, fué el de registrar sus bolsillos para extraer de adentro un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas, poniéndose en seguida a fumar con voluptuosidad. Miró en seguida en torno suyo, impaciente por ver, entre aquellas apiñadas cabezas, las muy queridas de sus amigos... Pero Senterre y Wens encontraron en esos momentos nuevas dificultades. Habían debido abandonar su coche, bloqueados por la muchedumbre, y procuraban avanzar a codazos. El inspector había dado a sus hombres, la orden de velar sobre la persona del aviador, procurando aproximarse a él lo más posible, por todos los medios. Con la mirada, buscó a Senterre, que un minuto antes se encontraba junto a él, pero no lo vió.

Hubert Tignol, no se avenía jamás a representar un rol pasivo. En otros términos, no se sentía bien llevado en triunfo, como seguramente hubiera acaecido a muchos otros. Se inclinó, pues, al hombre que le sostenía, y le suplicó muy gentilmente que lo depositara en tierra. Pero el hombre se echó a reír sin hacerle caso. Tignol, entonces, prescindió de toda prudencia, y comenzó a agitarse de tal manera, que les fué forzoso a sus admiradores, después de cinco minutos de este régimen, el someterse a su voluntad.

En cuanto le dejaron en tierra, Tignol, alias Hardson, experimentó una especie de desvanecimiento, y se vió obligado a apoyarse un instante en una espalda segura, pero muy pronto, y antes que nadie tuviera tiempo de adivinar sus intenciones, dió un brusco salto, rompió la fila de admiradores y echó a correr hacia la parte desierta del campo de aviación.

Al despecho que le acometió cuando no vió cerca de él los rostros de sus amigos, se sucedió el violento deseo de sen-

tirse libre de trabas, y correr hacia ellos sin esperar más. Culpa suya era si no se encontraban allí para recibirle. Se le había ocurrido viajar de incógnito y era seguro que ninguno de ellos se había detenido para mirar detalladamente las fotos publicadas.

La evasión y la carrera del aviador fueron observadas por muchísima gente y sus admiradores renunciaron a perseguirle. No ocurrió lo mismo con Wens, los agentes vestidos de paisanos, encargados de velar sobre su seguridad, y cierto personaje de elevada estatura, que llevaba un fieltro negro con anchos bordes, quien se había mantenido alejado, pero que ahora, a grandes zancadas, parecía empeñado en alcanzar rápidamente la salida hacia la cual se había dirigido Tignol.

Wens corría también, mientras murmuraba entre dientes: "¡Creo que se nos va a escapar!"

Por último, se puso a gritar:

—¡Señor Tignol! ¡Señor Tignol!

Pero la distancia impidió al aviador el oír que le llamaban por su nombre. No escuchó, detrás de sí, sino una especie de clamor confuso, un suplemento de aclamaciones, pensó él, con que la muchedumbre manifestaba su despecho al ver que se escapaba su presa... Esta razón le hizo precipitar su carrera.

Algunos minutos más tarde, había franqueado la salida del campo de aviación. Esta salida daba a un caminito retorcido que, después de dos o tres codos bruscos, alcanzaba la calle.

Tignol lanzó una exclamación de alegría. Acababa de ver lo que buscaba, lo que no esperaba encontrar allí: un auto.

El aviador corrió a su encuentro y le hizo señas de que se detuviera. El chofer, que era grande y barbudo, con el sombrero metido hasta los ojos, paró instantáneamente.

Tignol le dio la dirección de Senterre, y le prometió una propina real si consentía en sacarle de esos lugares sin perder un instante. Sin decir palabra, el chofer accedió y Tignol saltó al interior del coche.

Mientras éste echaba a correr, Tignol pensaba con remordimiento en "Pilgrim".

—¡Bah!—se dijo luego—. Bates cuidará de él...

Luego se apoderó de él otro pensamiento: "¿Dónde diablos—se preguntó—he visto esta cabeza?"

Se refería a la cabeza del chofer.

Cuando Wens y sus hombres alcanzaron el caminito tortuoso, hacía más de cinco minutos que el auto había dado vuelta al primer codo. En esos momentos, corría ya por la calle...

El inspector hizo una mueca. Pensó que era mejor regresar en seguida a la ciudad y hacer vigilar el domicilio de Senterre donde con seguridad se había dirigido Tignol.

Pero algunas horas más tarde, la nueva pesimista se extendía por todas partes, y los diarios de la noche anunciaban en primera página un suceso sensacional: la desaparición de Hubert Hardson, el vencedor del Atlántico.

CAPITULO XVII

WENCESLAO EMITE UNA HIPOTESIS

—En cuanto llegue el señor Wens—dijo el señor Voglaire—le rogaré usted que pase a mi oficina.

Y, en cuanto hubo salido el agente, se sumergió en la lectura del "Rol del sentido muscular en la orientación de las hormigas", de H. Pieron.

Luego dieron a la puerta dos golpecitos secos. El señor Voglaire gritó: "¡Adelante!", y Wenceslao Vorobeitchik penetró en la estancia.

No se había rapado. El pañuelo que asomaba en el bolsillo de su veston, estaba ajado y feo. El inspector tenía todo el aspecto de un hombre que durante la noche anterior no ha visto su cama.

—Buenos días, Wens—le dijo el juez de instrucción estrechándole la mano—. Siéntese usted. ¿Ha leído usted los diarios de la mañana?

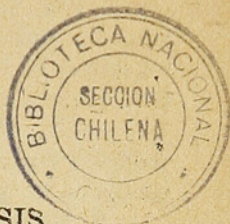
—Algunos—dijo Wens.

—¿"El Expreso"? ¿"El Alba"?

El inspector hizo un gesto afirmativo.

El señor Voglaire cerró "El rol del sentido muscular...", lo colocó cuidadosamente a su alcance y dijo:

—Se expresan con dureza y tienen razón...



Pasó la lengua sobre sus labios—signo en él de gran preocupación—antes de proseguir:

—Namotte, a bordo del “Aquitania”... Gernicot, en casa de Senterre. Ayer, Hubert Tignol, o Hardson, como usted quiera, del cual no tenemos nueva alguna. ¿Cuándo caerá el cuarto, inspector?

—En un porvenir, evidentemente, muy próximo.

—Ese evidentemente, da muy buena idea de las facultades suyas de deducción—dijo el señor Voglaire con sequedad, —pero no de sus planes de defensa.

—¿Es una injuria?—preguntó Wens.

—No, querido amigo, pero hay muchos de entre sus camaradas que arden de deseos de ocuparse en este asunto. Tiene usted la obligación de no dar lugar a críticas. Yo mismo he pensado que quizás el inspector Malaise...

—El inspector Malaise es un asno—dijo Wens—. Me encantaría trabajar con él. Por lo demás, no son mucho dos, para combatir el asesino de Namotte y de sus amigos.

Y agregó después de una corta pausa:

—Usted sabe que siempre me ha acompañado la suerte.

El señor Voglaire lo sabía y por eso había solicitado la preciosa colaboración de Vorobeitchik.

Este continuó:

—No tema usted herir mi amor propio. El asunto de que me ha encargado usted, no es un asunto ordinario. Si usted quiere conocer mi opinión, debo decirle que veo dentro de esto una cosa sórdida...

—¿Sórdida?...

—No encuentro otra palabra. “Sórdida” caracteriza a maravilla la manera de proceder del asesino.

Wens agregó:

—Es una alma perdida.

El inspector era profundamente creyente. El señor Voglaire lo sabía. Conocía igualmente las expresiones favoritas de Wens, gracias a las cuales sus interlocutores superficiales, se le entregaban desarmados.

—No dudo—dijo el juez de instrucción—que se ha entregado usted antes a interesantes investigaciones que le hacen ver este asunto desde cierto particular punto de vista. Creo sinceramente que el asesino no se le escapará a usted... ¿Pero, vamos a continuar dejándole cometer en paz sus de-

litos? Aun quedan dos víctimas, ¿no hará usted nada para salvarlas?

El inspector bajó la cabeza y respondió:

—No dos, tres, pero no las que usted imagina.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que los señores Senterre y Perlonjour, no están, me parece, en peligro de muerte, por lo menos juntos. Quiero decir que, o bien están en peligro Perlonjour y su madre, que, no hay que olvidarlo, heredaría su parte, o bien está en peligro el señor Senterre y la madre de Gribbe. Esta última lo está en todo caso.

Repitió:

—Verdaderamente, no creo que Senterre y Perlonjour estén los dos en peligro de muerte...

—¿Y por qué?, si le place a usted decirlo...

—Porque tengo buenas razones para pensar—dijo Wens—que uno de ellos es el hombre que buscamos.

—¿No querrá usted decir que uno de los dos es el asesino?

—Es lo que quiero decir—dijo Wens.

Hubo un silencio prolongado.

Lo rompió el inspector:

—Hace poco me preguntaba usted si habría un medio de salvarles. Creo que lo he encontrado: detener a los dos sin más espera.

—¿A los dos?

Voglaire reflexionó algún tiempo. Después se inclinó hacia su colaborador.

—Vamos—dijo—todo esto requiere explicaciones. Le escucho a usted, inspector.

Wens encendió un cigarrillo antes de comenzar:

—Senterre me ha referido las palabras de su amigo Gernicot el funesto día de su regreso. Media hora antes de morir, Gernicot, ha emitido la hipótesis de que un desconocido, al corriente del pacto efectuado por los seis amigos, cinco años antes, se habría propuesto hacerles desaparecer a todos, para apoderarse finalmente de la fortuna reunida por los seis. No veo claro cómo podría este hombre llegar a satisfacer este deseo. La fortuna de Senterre y de sus amigos, no consiste en sacos de oro como en los viejos tiempos. Imagino que de-

be estar bastante dispersa y consistir en tierras, negocios, en fin, toda clase de materias impropias para ser robadas.

—Sí—dijo Voglaire.

—El error de Gernicot—prosiguió Wens—consistió en no desarrollar bien esta hipótesis. Admitamos, en efecto, que el asesino no sea un desconocido sino uno de los seis amigos...

El juez de instrucción hizo un gesto de protesta. El inspector prosiguió con firmeza:

—¡Todo resultaría entonces muy sencillo! Desde luego, éste estaría al corriente de cada gesto de los otros. Porque no deja de ser sorprendente que, después de la muerte de Namotte, el asesino se encuentre siempre allí, a punto de herir a sus víctimas en el momento mismo de su regreso.

—Usted habla de Namotte, pero...

—Preveo su objeción. Senterre y Perlonjour se encontraban aquí, cuando su amigo ha caído accidentalmente o no, desde el puente del "Aquitania". Pues bien, puedo responder dos cosas. Primero: la muerte de Namotte podría haber sido accidental. En tal caso, esta muerte habría servido, en suma, a las intenciones del asesino, y quizás podría incluso haberle hecho concebir la idea de matar a sus otros amigos, reservándose la coartada de que cómo podría él haber matado a Namotte desde aquí. No porque nosotros nos encontremos en presencia de dos asesinatos, el de Gernicot y el de Gribbe, y de una desaparición, la de Tignol, debemos concluir que, forzosamente se ha sesinado a Namotte...

—Pero, Gernicot pretende...

—Gernicot llegó enfermo, y, por lo demás, no se mostró afirmativo. Usted puede también invocar, para destruir mi hipótesis del accidente, la famosa acusación póstuma de Namotte. Segundo: el asesino puede tener un cómplice, que se habría encontrado a bordo del "Aquitania". Me inclino a creer que el asesino posee un cómplice. Esto explicaría muchas cosas y, sobre todo, pondría en evidencia a una tercera persona. No me pregunte usted quién es esta tercera persona. En lo que la concierne, mis suposiciones no son realmente muy sólidas. Pero prosigo. Quiere decir que el asesino es uno de los seis amigos. Si las cosas han ocurrido así, podemos distinguir muy claramente el interés que encuentra en matar, desde el momento en que será el único sobreviviente...

—Y por lo tanto el único beneficiario de la fortuna de

todos. ¿Pero no ha pensado usted que de ese modo se acusa a si mismo?

No, necesariamente. Este hombre es un genio del mal. Debo haberlo previsto. Seguramente ha encontrado coartadas formales que le aseguran la impunidad, u otra cosa...

—¿Y si muriesen los seis, o mejor dicho, los ocho, porque es preciso contar a la madre de Perlonjour y a la madre de Gribbe?

—Entonces sólo quedaría esa otra persona de la cual acabo de hablarle... Pero no comprendo cómo podría ella entrar en posesión de la fortuna de los seis amigos...

—¿Quién es esta persona?—dijo Voglaire—. Tengo derecho a saberlo.

—Pero no tengo yo derecho a decirlo.

El juez de instrucción se agitó en su sillón.

—Desagradable historia—dijo después de un tiempo—. ¡Increíble y la más ridícula de toda mi carrera! ¿Qué piensa usted de ese John Smith aludido en la carta de Namotte?

—Que nunca ha existido.

—¿Pero imagina usted—dijo horrorizado el juez de instrucción—que Namotte antes de morir iba a estar dispuesto a escribir una carta fantástica para reírse de sus amigos?

—Esa acusación póstuma no ha sido escrita por Namotte.

—¿Y quién diablos la ha escrito entonces?

—El asesino—respondió Wens.

—Tiene usted que explicarme esto.

Vorobeitchik encendió un nuevo cigarrillo y reflexionó antes de hablar:

—Las maletas de Namotte fueron transportadas a casa de su amigo Senterre. El mismo día en que se encargó usted del proceso concerniente a la desaparición del cuerpo de Gernicot, pedí a Senterre permiso para examinar las maletas con él. Me respondió que lo efectuaríamos al día siguiente. Tuve entonces la intención de introducirme en su departamento por la noche para inspeccionar las maletas lejos de su presencia, y así lo hice...

—No se condujo usted correctamente...

Wens se encogió de hombros con desenvoltura y prosiguió:

—Nada había de interesante en las maletas de Namotte.

Lo di vuelta todo, incluso la cartera donde Senterre pretende haber encontrado la carta de Namotte. Pero en esos momentos, no se encontraba allí.

—Pero.

—Es preciso que alguien la haya colocado en ese lugar en los días subsiguientes, para encaminar a la policía sobre una falsa pista, con el objeto de que se lance tras las huellas de un hipotético John Smith. El propio nombre elegido para esta farsa, da claramente a entender de lo que se trata. Por lo demás, en la acusación no hay nada de preciso. Palabras y palabras. Pura farsa, como ya se lo he dicho a usted.

Se calló Wens un instante y prosiguió:

—Yo esperaba mucho de esta carta. Esperaba con la impaciencia que puede usted suponer, algún error de este asesino tan hábil, en su oficio. El error lo he encontrado en esa carta. Pero esto no le avanza a usted nada. He hecho comparar la escritura de Senterre, de Tignol y de... la otra persona, con la de la carta. El grafólogo Margeot se ha mostrado categórico. Ninguna de esas tres personas ha escrito la carta. Pero aún no puedo someter a un examen un espécimen de la verdadera escritura de Namotte, ni la de Perlonjour que me evita con un cuidado prudente. Por lo demás, nada de eso prueba nada. El asesino no debe haber escrito esa carta por sí mismo. Debe haberla hecho escribir por su cómplice o por algún especialista en anónimos. Se trata de un hombre precavido. La falta cometida por él que tanto me alegró al principio, me hace confesar ahora que no es falta que le perjudique demasiado...

El señor Voglaire estiró las piernas y se cruzó de brazos:

—¿Qué va usted a hacer ahora?—preguntó.

—La situación es delicada—respondió Wens—. Ya he hecho algunas preguntas superficiales a Senterre y a su amigo. El arresto es arbitrario, pero yo lo pondría en práctica. Pondríamos bajo rejas, eso es casi seguro, a un culpable y a un inocente, pero de este modo a lo menos una de las víctimas escaparía a las manos del asesino. Pero veo que usted no gusta de este medio. En tal caso, es preciso convocar a esos señores y someterles a un interrogatorio en toda forma.

—Prefiero esto último. Nada nos prueba por lo demás

que Tignol esté muerto a la hora actual. Quizás se trate de una fuga...

—No me atrevo a esperarlo—respondió Wens.

—Y el examen del criptograma encontrado en el pecho de Gernicot no ha dado luz alguna.

El juez de instrucción vió pasar una sombra por el rostro de su interlocutor. Se hubiera dicho que se ponía a la defensiva.

—No—dijo—nada hemos sacado de allí. Es extraño eso del tatuaje, lo mismo que la pérdida de la cubrecama...

—¿Qué me está usted diciendo?—dijo.

—Cuestiones de detalle—replicó el inspector—. Pero es posible, que, gracias a estos detalles, pueda yo algún día ver la luz en este asunto.

—Ojalá—contestó el juez de instrucción, que tenía urgencia de volver a sumergirse en su lectura.

Se levantó.

—Excúseme—dijo para concluir— si he dado alguna importancia a los reproches que nos dirige la prensa. No dudo que usted desenredará este asunto en un porvenir próximo.

—¿Y si hay todavía otra víctima?—preguntó Wens.

El juez de instrucción esbozó un gesto fatalista y el inspector, sin insistir más, marchó a su oficina.

Sus rasgos se habían endurecido. Su mirada brillaba. Toda su actitud demostraba elocuentemente que él iba, según una expresión muy en boga, entre los policías de antaño, a "hacer volar las plumas".

CAPITULO XVIII

EL SECRETO DE ENCARNACION

—Siéntese usted, señora, —dijo Wens.

La tercera persona, cuyo nombre había rehusado dar al juez, estaba ahora delante de él...

—Tenga la bondad de excusarme—dijo el juez de instrucción—, por haberla convocado aquí pero tengo que interrogar a otras personas hoy día, y me habría sido imposible dirigirme a su domicilio...

Mientras hablaba, miraba a su visitante, y aunque

siempre se mantuviera prevenido contra todas las mujeres en general, y contra las mujeres bonitas en particular—sus camaradas hablaban de él como de un misógino—no podía menos de sentir por ésta una secreta admiración.

Su *toilette* negra era una maravilla de buen gusto, y se hubiera dicho que vestía de luto, si no hubiera sido por un maravilloso crisantemo claro que adornaba su corpiño. Wens se confesó, no sin despecho, que ella no habría mostrado mayor calma y placidez si hubiera estado de visita en casa de cualquiera de sus amigas más queridas. Comprendió que debía proceder con cautela, y que el interrogatorio de esta mujer, iba a ser el más difícil de los tres.

Fué Encarnación, quien con encantadora sonrisa abrió las hostilidades.

—Deje usted sus escrúpulos, señor Wens—dijo con aquella su voz cantante que era uno de sus mayores atractivos, —y hágame usted un interrogatorio en regla. Ya estaba yo sorprendida de que la policía me dejara tranquila en mi rincón y supongo que la desaparición de Hubert Tignol, el vencedor del Atlántico, le ha llevado a usted a resoluciones extremas.

—¿Qué entiende usted por resoluciones extremas, señora!

—Sencillamente esto: no me sorprende el haber provocado las sospechas de la justicia. Siempre son los inocentes los más sospechosos para ella, mientras los pillos se manejan con absoluta libertad. Pero aquí tiene usted a una mujer dispuesta a responder a usted con la mayor sinceridad, aún a las preguntas más indiscretas. Por otra parte, no tenga usted cuidado al hablarme respecto a Marcel, mi novio... Gracias al señor Senterre, ya estoy en antecedentes de lo que ha ocurrido con su cuerpo.

Wens sonrió con amabilidad. Se sentía terriblemente confundido. Ante esta mujer que siempre le manifestara simpatía se encontraba en situación de franca inferioridad. Su dignidad, su propósito de no obstaculizar en nada el interrogatorio del inspector, le quitaban a este último todo medio de proceder con la brutalidad que se había propuesto.

¿Cómo atreverse a decir a la visitante que sospechaba de ella tanto como de Senterre y Perlonjour, cómo interrogarla sobre su vida privada, ahora que el conocimiento del asesinato de su novio debería haber despertado en ella un do-

Por tanto más punzante y profundo, cuanto más se aplicaba ella en no dejarlo traslucir?...

Wenceslao miró una vez más a Encarnación y lo que le sorprendió más, fué el cuidado minucioso que había puesto la joven en su *toilette*. Muy distinto al sufrimiento con que el inspector se complacía en adornarla, como de una suprema seducción, Encarnación no parecía entregada a pena alguna, sino por el contrario, se empeñaba en realizar sobre su persona, todos los rebuscados matices y armonías de telas y de colores. "Hay seres que disimulan"—se decía. Pero este argumento en defensa de la joven, estaba muy lejos de satisfacerle, y se paralojizaba con esta mujer cuya pena, que debería ser inmensa, no se traslucía jamás.

—¿Qué desea saber de mí, señor Wens?—preguntó dulcemente Encarnación—. ¿Desea usted conocer el empleo de mi tiempo, mientras se asesinaba a los señores Namotte y Gribbe? Porque en lo que concierne a mi novio, me encontraba, como usted sabe, a su lado, cuando cayó herido por un tiro de revólver...

Wenceslao alzó las manos en signo de protesta. Se sentía infinitamente miserable y ridículo. La necesidad de sus suposiciones se le había aparecido bruscamente. ¿Cómo esta mujer joven y frágil habría podido tomar parte en horribles crímenes? Sin embargo, pensó en el cómplice, de cuya existencia no tenía él ninguna duda, e imaginó que quizás Encarnación sabía por lo menos algo más que él en lo que respectaba a la desaparición de su novio. Porque, no podía negarse que la desaparición de Gernicot y la forma en que había aparecido atada esta joven, eran detalles realmente rocambolescos: la cabeza envuelta en espeso velo gris y atada con un cordón de seda. Y el desvanecimiento de Encarnación, mujer valiente, que había soportado con una sospechosa tranquilidad tantos golpes muchísimos más rudos, ¿no podía ser una simulación? Y por lo que toca a la muerte de Gribbe, no podía menos de pensar Wens con una puerilidad evidente: "Ese golpe dado con estilete, es muy propio de una española..."

Miró las manos de la joven y las vió largas y delicadas. Entonces tuvo de nuevo vergüenza de sus pensamientos. Pero, ¿qué interés podía tener la española en la muerte de Sen-

terre y de sus amigos? Costase lo que costase, el inspector se propuso dilucidar al menos este punto.

—Creo que usted se dará cuenta de mi confusión—dijo con afabilidad—. Habría dado cualquiera cosa por evitarle a usted y evitarme yo esta prueba. Pero la opinión pública está conmovida con razón con tantos asesinatos, y no podemos retroceder en medio alguno para procurarnos un poco de luz. Su propia invitación a hacer a usted las preguntas más indiscretas, me quita parte de mis escrúpulos...

Wens hizo una pausa evitando contemplar a la visitante.

—No he dejado de observar la solicitud de que rodean a usted los señores Senterre y Perlonjour. Quizás extraiga yo de allí algunas conclusiones equivocadas, me apresuro a reconocerlo. Sin embargo, me atrevo a preguntar a usted si es para convertirse en la esposa de alguno de los dos algún día... remoto o próximo?...

El inspector esperó con la frente baja el choque que, según su opinión, no podía menos de producirse.

Pero las reacciones de Encarnación—Senterre como Perlonjour se habían dado cuenta de ello muchas veces—dejaban perplejos, nueve veces sobre diez, a sus interlocutores.

La joven se limitó a contestar con sencillez:

—En un día próximo, no, pero algún día... quizás, no me parece imposible que me case...

—¡Cállese!—la interrumpió el inspector—. No hace falta que pronuncie usted su nombre. Poco importa a la justicia que sea uno u otro y que esto al menos le dé a usted idea de mi discreción. No es la curiosidad la que me mueve a este interrogatorio.

—No lo dudo, señor Wens—respondió Encarnación con su natural dulzura—. Pero me ha sobrevenido un escrúpulo, o sea, me doy cuenta de la necesidad que tengo de revelar cuanto sé a la justicia...

El inspector miró con interés a su visitante.

—¿Ha ocultado usted acaso algo de interés?

—Juzgue usted. He declarado al juez de instrucción que Marcel Gernicot era mi novio. Pues no es verdad...

Se dió tiempo para terminar.

—Era mi marido.

Wens que se había echado hacia adelante, se dejó caer contra el respaldo de su sillón. Esta tardía revelación, le abría horizontes insospechados.

La joven continuó:

—Usted debe saber que encontré a Marcel en las islas Bermudas. Desde nuestra primera entrevista, me declaró su amor. Al día siguiente, partió para Charleston. A bordo del barco, había un misionero. Marcel me suplicó que uniéramos nuestros destinos sin esperar más. No era cosa que deseara hacerme participar de su vida de aventuras, pero esperaba, de esa manera, mantenerme más segura y atada a él. Ese matrimonio le daba la certeza que lo esperaría fielmente y el valor necesario para triunfar en el porvenir. Hizo cuanto era posible para convencerme y nos unimos en matrimonio, momentos antes de su partida...

“Si es así—pensaba Wens le procuraba estos datos—ella también tiene derecho a una parte de la fortuna de los seis amigos y por lo tanto, podría tener interés en las muertes que acontecen”...

—He aquí porqué—prosiguió la joven—le decía a usted que no podía casarme en un porvenir próximo, porque me casaría en segundas nupcias...

Un mundo de pensamientos asaltaron al inspector. En este proyecto de matrimonio con Senterre o Perionjour, se podía adivinar el medio que deseaba utilizar la joven para hacer un día valer sus derechos. Pero desde el momento en que era la esposa de una de las víctimas y ella poseía ya esos derechos, no se veía claro el interés que ella podía tener en volverse a casar. El inspector llegó a pensar que el proyecto de matrimonio de que Encarnación le hablaba, no era sino un subterfugio para paralojizarle.

Golpearon a la puerta de la oficina, y un agente entró a Wens una tarjeta de Senterre. El inspector deseó interrogarle en seguida y se puso de pie pensando: “Todavía no he terminado contigo, queridita”...

A pesar de esta falta de respeto interior, condujo a su visitante con demostraciones de la más fina cortesía. No podía menos de pensar que, si la mujer era inocente, estaba expuesta como los otros a ser herida por el asesino.

Era lo que tenía de terrible este asunto. Todo ser que

no era culpable y que se relacionara con la horrible trama, era una víctima segura y fatal...

C A P I T U L O X I X

LA COLERA DE SENTERRE

“¿Por qué—pensaba Wens, mientras volvía a su oficina—no confesó desde el principio este matrimonio, ¿por qué ese afán de poner al abrigo de toda curiosidad su vida privada?... Quizás...”

Interrumpió sus reflexiones y alzó la cabeza:

Senterre acababa de penetrar en la sala.

Wens se levantó con la mano extendida.

Pero el recién llegado no pareció advertir esta mano y gritó:

—¿Qué significan esas maneras?

—¿Qué maneras?

—¿Desde cuándo. cuando desea usted ver a alguno de nosotros, le envía a buscar a su domicilio con un agente? Agente vestido de civil, pero de todos modos un agente...

—Se ha interpretado mal mi pensamiento. Sólo di instrucciones para que le hicieran saber a usted que tenía necesidad urgente de hablarle.

El inspector hizo un gesto vago:

—¡Urgente! ¡Por eso quizás me han traído hasta aquí en las mismas condiciones que... a un detenido!

—Siéntese usted se lo suplico—dijo Wens.

Y él mismo se instaló detrás de su escritorio.

—Es tan grave la situación—comenzó—que creo que debe usted perdonar el celo excesivo de uno de mis subordinados.

Senterre siempre de pie con la caña y los guantes en la mano, no respondió:

—Usted mismo me ha revelado—prosiguió el inspector—la hipótesis formulada por su amigo Gernicot poco tiempo antes de su muerte. Pretendía—quizás se acuerda usted de ello—que un desconocido había tenido conocimiento de una

manera o de otra, del pacto que liga a usted y a sus amigos desde hace cinco años. Agregó él, que este hombre se había propuesto entrar en posesión de la fortuna de todos, haciéndolos desaparecer uno por uno, implacablemente...

—¿Dónde quiere usted ir?—interrumpió secamente Senterre.

—Un minuto de paciencia, querido señor. He tenido ocasión de estudiar a fondo la hipótesis de su amigo Gernicot, no sin serios motivos. He llegado a la conclusión de que el asesino no puede ser un desconocido, por falta de medios prácticos para entrar en posesión de la fortuna de los seis, quiero decir de los nueve.

Senterre no pareció fijarse en aquello de los “nueve” y se limitó a contestar siempre indignado:

—Declaré a Gernicot que esa hipótesis era completamente ridícula...

—Esa hipótesis no era tan ridícula—replicó Wens—. Y si la tomamos como punto de partida, llegamos a la conclusión de que es preciso buscar al asesino entre las personas que forman parte de los muy próximos a las víctimas...

Y terminó con voz enérgica:

—¡O sea, que el asesino es uno de vosotros!

Senterre dió un paso adelante:

—¿Qué dice usted?—exclamó.

—Nada que no sea infinitamente razonable—replicó el inspector.

Y rápidamente puso a su interlocutor en autos de la entrevista que había tenido en la mañana con el juez de instrucción, a lo menos, de parte de la entrevista.

Senterre le escuchaba con interés apasionado, al mismo tiempo que una palidez mortal invadía poco a poco su semblante.

—Muy bien—dijo al fin—pero ha reflexionado usted, señor Wens, que tres de entre nosotros han muerto ya, y cuántos cuatro?

—Lo sé—dijo Wens.

—¿Y ha pensado también?...

Y su voz se hizo temblorosa:

—... ¿que el asesino sería entonces uno de los sobrevivientes?...

—Porque lo he pensado, es porque os he convocado hoy a mi oficina.

Senterre pareció hacer un violento esfuerzo para conservar su sangre fría.

—¿Entonces me ha llamado usted para ponerme al corriente de sus brillantes deducciones?

—No precisamente para eso—replicó Wens—. Pero entraba en mis intenciones el preguntar a usted acerca del empleo de su tiempo el día en que...

Pero se interrumpió. Con el rostro descompuesto por el furor, Senterre se acercaba a él. Cuando hubo llegado hasta el escritorio, alzó el puño con fuerza y lo dejó caer sobre la madera como un mazo:

—¿Quiere usted decir, miserable—balbuceó—que yo he atentado contra la vida de mis amigos más queridos?

—Lo siento—replicó tranquilamente Wens, —pero me veo obligado por la fuerza de las circunstancias, a tomar en cuenta todas las eventualidades...

—¡Me insulta usted!—exclamó Senterre que ya no se contenía—. ¿Cómo puede usted, pobre imbécil, tener idea de una amistad tan grande como la nuestra?

Wenceslao se levantó.

—Me dará usted razón de su actitud primero, señor Senterre—replicó.

Llamó y dijo al agente que apareció en seguida:

—Ruegue usted al señor Croupet que venga en seguida. Se trata de tomar una declaración.

Cuando el agente salió, Senterre se aproximó a Wens hasta tocarlo.

—Siempre me ha sido usted odioso, viborilla — dijo — Pero ya llegará el día en que nos encontremos y entonces...

El inspector se instaló en su escritorio.

—Estoy desolado—dijo con tono indiferente—. Habría creído que se daba usted cuenta más exacta de las circunstancias a veces penosas, de nuestro oficio. Le he advertido que va usted a ser interrogado sobre el empleo de su tiempo durante el asesinato de sus amigos, y que estas declaraciones tuyas, van a ser anotadas. Si este proceder le disgusta, no tiene usted sino que decir una palabra. Yo diré la otra, y el juez de instrucción le hará arrestar a usted

Se volvió:

—Entre usted, señor Croupet. Se trata de tomar acta de las respuestas del señor... Ponga todo eso en la mesa chica...

Senterre continuaba lívido, y balbuceó con rabia algunas palabras sin sentido.

—Dejemos por el momento la muerte de su amigo Namotte—dijo Wens, encendiendo un cigarrillo—. Mientras no tenga pruebas de lo contrario, continuaré llamándoles “sus amigos”. Dejemos igualmente a un lado la muerte y desparecimiento del cuerpo de su amigo Gernicot.

—¿Cómo podría yo haber cometido esos dos crímenes, señor inquisidor?...

—Namotte puede haber muerto accidentalmente y usted puede haber hecho matar a Gernicot por intermedio de algún cómplice...

Senterre apretó los puños:

—Un cómplice, ¿verdad? ¿Posee usted nociones de la identidad de este cómplice?... ¿Se trataría, acaso, de un espíritu?

—No lo creo, —respondió Wens—. Pero le ruego, además, que recuerde que soy yo quien interroga... Quizás usted recuerde que rehusé comunicar a usted una hipótesis mía relacionada con el asesinato de Gribbe. Me contuvo el horror mismo de la hipótesis. Pero hoy día debo revelarla a usted. Gribbe puede haber sido muerto como lo expliqué el día mismo del crimen, pero también pudieron asesinarlo de manera mucho más sencilla.

—¿Yo, sin duda?

—Sí, usted. Recuerde usted que yo alcancé el corredor sólo después de haberle oído a usted gritar. Nada más sencillo para usted, en efecto, que hundir un estilete en la nuca de su amigo cuando le estrechó entre sus brazos. Después, me habría llamado usted. ¿Qué responde usted a esto?

Senterre se había sentado. Vencido casi, se había tomado la cabeza con ambas manos. Respondió por fin:

—Nada. ¿Qué puede responderse a una calumnia?

Wens sonrió.

—El hecho es que le es imposible a usted refutar esta suposición. Sólo Dios sabe lo que ocurrió entonces en el pasillo. Pero quiero hacer algo por usted, señor Senterre. ¿Está

usted dispuesto a jurar ante Dios que no ha asesinado usted a Néstor Gribbe? Este juramento no cambiará en nada su situación vis a vis de la justicia, pero en cuanto a mí, siempre experimento repulsión en creer que se hagan juramentos falsos y quizás...

Senterre se había levantado:

—Juro ante Dios—dijo—que no he tenido actuación ninguna en el asesinato de mi amigo Néstor Gribbe, como tampoco....

—¡Basta!—intervino Wens—. Yo soy quien tiene que hacer luz sobre los otros asesinatos. Volvamos a Gribbe. ¿Niega usted sin duda que el estilete le pertenezca o que lo haya visto usted en otra ocasión?... Anote la respuesta, señor Croupet.

—Lo niego...—dijo Senterre.

Y agregó con pena:

—... puesto que usted me ha puesto en la situación de negar.

Wens aplastó su cigarrillo en un cenicero y agregó:

—Supongo que para usted no existe deseo más vehemente, que el de conocer la verdad lo más pronto posible... Si usted es inocente, su vida depende de la prontitud con la cual se lleve a efecto este asunto. Pero volvamos a la desaparición de Hugo Tignol. Hemos encontrado en el camino cruzado al cual da la salida posterior del aeródromo, las señales del neumático de un automóvil. No tendría esto mayor importancia si no fuera forzoso que se hayan llevado en automóvil a Tignol. Usted y yo estuvimos junto en el campo de aviación..., pero después le perdí a usted de vista. ¿Dónde estaba usted?

—Ahogado entre la muchedumbre.

—No le he visto a usted.

—Confiese usted que no tiene nada de raro...

—¿Por qué, puesto que se encontraba usted en compañía de su amigo Perlonjour, cuando supieron ambos el regreso de Tignol, se separaron ustedes?

—Perlonjour se quedó en el café para telefonar a usted, mientras yo saltaba a un taxi.

—¿Y qué hizo usted cuando Hubert Tignol echó a correr hacia la salida de atrás del aeródromo?

—No lo vi correr. Le aseguro a usted que estaba opri-

mido por la multitud. En cuanto pude librarme de ella, corrí a mi casa con la esperanza de que Tignol hubiera volado para allá antes que a otra parte.

—¿Cómo se dirigió usted a su domicilio?

—En taxi.

—¿Puede usted darme el número del taxi?

—Claro que no.

—¿Le vió el conserje entrar a su casa?

—No, porque entré por la puerta trasera.

—Lo siento por usted, señor Senterre, pero hasta que se pruebe lo contrario, puedo creer que existe al menos la posibilidad que haya participado usted en el desaparecimiento de su amigo Tignol.

Wens reflexionó largamente antes de terminar:

—Pero consuéllese. Lo anotado aquí es insuficiente para justificar su arresto. Lo siento, porque hubiera preferido arrestarle, inocente o culpable. De todas maneras, habría salvado al menos la vida de un hombre, la suya, si es usted inocente, la de cuatro personas, si es usted culpable. ¡En fin! Antes de terminar esta entrevista, suplico a usted que me repita con detalles, la llegada de su amigo Gernicot...

Diez minutos más tarde, Senterre dejaba la oficina del inspector. Vacilaba y debió hacerse conducir a su casa en un taxi. Wens le había rogado, al despedirse de él, que se mantuviera a disposición de la justicia. De su reciente cólera, no le quedaba sino un profundo abatimiento.

¡El otro!—gruñó Wenceslao cuando Senterre salió.

Pero no osó esperar más del interrogatorio a Perlonjour que lo que había sacado de su interrogatorio a Senterre. Se dió cuenta una vez más, que el asunto era demasiado complejo para aclararlo por medio de simples preguntas, por hábiles que fueran éstas.

—Introduzca al señor Perlonjour—dijo—. No, un instante...

Descolgó el receptor del teléfono:

—Sí, Wens. ¿Encontrado?... ¿Qué dice usted?...

Mientras escuchaba con atención, se alteraban los rasgos de su fisonomía.

Colgó el aparato y repitió con voz más dura:

—Introduzca al señor Perlonjour.

CAPITULO XX

PERLONJOUR SE FUGA

Perlonjour penetró en la oficina y tomó asiento a invitación del inspector. Mantenía su aire habitual de niño enfadado, pero parecía mucho más seguro de sí mismo que Senterre.

Miró furtivamente a Wens, después al escribiente y se dirigió al inspector:

—Me disponía a venir a encontrarle, señor Wens, cuando uno de sus hombres se ha presentado a mi hotel y me ha significado su deseo de verme con urgencia. Ha querido acompañarme hasta aquí.

—¿Se disponía usted a venir a encontrarme? ¿Por qué? —preguntó Wenceslao.

—Quería proponer a usted mi colaboración.

—¿Para...?

—Para buscar al asesino de mis amigos.

—Ya es tarde—dijo Wens con dureza—. No es tiempo para mí de aceptar esta colaboración, al menos, tal como la entiende usted. Para usted, ha llegado ya el momento de defenderse....

Y en frases breves e incisivas, como lo había hecho con Senterre, expuso la situación a su interlocutor.

Este escuchó sin interrumpir, y dijo solamente cuando aquél hubo terminado:

—Espero.

Pero le pareció al detective, que al joven le traicionaba la voz, y que ésta no era tan firme como al principio.

—¿Qué espera usted?—dijo el inspector con tono voluntariamente agresivo.

—Sus suposiciones. Debería decir mejor, sus acusaciones. Era de rigor. Todos los que entre nosotros escapan al puñal del asesino, caerán al golpe de la justicia. Sus deducciones nos imponen un dilema: hacernos matar, para probar a usted nuestra inocencia.

Esta reflexión era demasiado justa para dejar a Voro-

bitchik insensible. Una sonrisa iluminó su rostro, y dijo amablemente:

—Sí, señor Perlonjour, tal es la situación. Sólo puedo decir que tanto usted como su amigo Senterre, deben tener un interés vital en ver aclarada cuanto antes esta situación. Su amigo ha manifestado viva indignación cuando le he interrogado. Espero que se manifieste usted más razonable. Por el momento, hace falta que con usted, como para él, deje de lado la muerte de Namotte. Pero me gustaría que me dijera usted, ¿dónde se encontraba cuando dispararon sobre Ger-nicot?

—Ese día—respondió en el acto Perlonjour—me había dirigido a dar un abrazo a mi anciana madre, que vive en la aldea de W...

—Ese día, si no me equivoco, se había dado usted una cita con Senterre para la misma noche?

—Sí, pero llegué más tarde de lo que había previsto.

—El señor Senterre ha declarado que le encontró a usted en la escalera, al volver a su casa en compañía del doctor Thienot.

—En efecto. Acababa de alcanzar el pasillo del primer piso, cuando me encontré con ellos.

—¿Se vino usted directamente de la estación al domicilio de su amigo?

—No, me detuve a conversar un poco con un antiguo condiscípulo, que encontré por azar en el barrio, y que partía al extranjero.

—¿Cómo entró usted a casa de Senterre? ¿Por la puerta de atrás, naturalmente?

—Sí, pero esto no debe sorprender a usted. He adquirido la costumbre de entrar por allí, para evitar el responder cada vez a las preguntas del portero. Tenga usted la amabilidad de recordar que el día del asesinato de Gribbe entré igualmente por la puerta de atrás.

Wens anotó en un carnet las horas de tren que había señalado Perlonjour, para informarse minuciosamente.

—A propósito—dijo—me gustaría que me confiara usted un espécimen de su escritura.

Su interlocutor lo efectuó en el acto, y Wenceslao replicó:

—Refirámonos, si usted quiere al asesinato de Néstor

Gribbe. Creo que usted admite como yo, que es un azar bien extraño el que lo arrastra a usted a encontrarse en los lugares de un crimen minutos después de cometido éste. Cuando le interrogé en esos momentos, usted rehusó confiarme los motivos que lo llevaban a casa de su amigo. Sólo me declaró que se trataba de discutir con él un asunto estrictamente personal... ¿Persiste usted en no querer responder a esta pregunta?

Perlonjour pareció un instante embarazado, después respondió:

—Senterre y yo estábamos a punto de querellarnos por una mujer. Ese día quise provocar una explicación definitiva de su parte, lo que efectué dos o tres días más tarde...

Pareció dudar:

—Aquel día, sufría yo por la resolución que había tomado. Aun en el momento de penetrar en casa de Senterre, por la puerta excusada, el temor de pronunciar palabras irreparables, me retuvo. Me apoyé en la pared para reflexionar aún, y quizás si pasaron unos diez minutos...

—Eso es grave—dijo Wens.

Pensó que el joven había podido emplear también esos diez minutos en cosas muy diferentes. Pero, por otra parte, nada le forzaba a esa confesión, y era quizás esa la razón por la cual el asesino de Gribbe—si había obrado conforme a las deducciones de Wens el día del asesinato—se había visto obligado a huir por los techos, no osando, por miedo a ser reconocido, salir por la puerta de atrás y pasar por consecuencia delante de Perlonjour.

—Es usted—replicó el inspector—quien me advirtió por teléfono el retorno de Hubert Tignol. ¿Qué hizo usted después de efectuar esa llamada telefónica?

—Detuve un taxi para hacerme conducir al aeródromo.

—No le vi a usted en el campo de aviación.

—No es extraño—respondió Perlonjour—. Mi taxi tuvo una *panne* y perdí un tiempo precioso en buscar otro. Cuando llegué al aeródromo, la multitud comenzaba a dispersarse.

—¡Ah!—dijo Wens.

Hubo un largo silencio.

El inspector estaba lejos de encontrar satisfactorias las respuestas de su interlocutor. Este último era quizás sincero, pero la imposibilidad en que se encontraba de hacer valer

testigo alguno en apoyo de sus palabras, abría campo a toda clase de suposiciones.

—Naturalmente, usted no tomó los números de los taxis que lo condujeron al campo de aviación.

—No.

—¿Y qué hizo usted cuando se dió cuenta de que había llegado tarde para salir al encuentro de su amigo Tignol?

—Volvi a mi casa.

—¿De qué modo?

—Tomé un tranvía. No soy rico... señor Wens.

—Es una manera de decir. Usted será muy rico un día, si Dios le da vida.

—No, —respondió Perlonjour—. Desde mi primera entrevista con Senterre, le manifesté mi deseo de no aprovechar de la fortuna de mis amigos.

—Pero usted está obligado a ello por el pacto contraído hace cinco años.

—No—respondió con firmeza el joven—, nadie en el mundo podría forzarme a ello.

—Permítame—replicó Wens—manifestarle mi feliz impresión por semejante desprendimiento.

Perlonjour creyó percibir en su voz un ligero matiz de sorna.

El inspector replicó casi en el acto:

—¿Le vió a usted alguien esa noche regresar a su hotel? ¿Alguien podría confirmar las respuestas que usted me ha dado?

Perlonjour reflexionó largamente antes de responder.

—Creo que no. Cuando no sabemos que se nos va a acusar, no nos preocupamos de recoger testigos.

—Evidente—admitió Wens—. Pero esto no impide que me vea reducido a creer a usted sobre su palabra... a lo que se opone formalmente mi conciencia profesional. Creo que me veré obligado a retenerle aquí a disposición de Parquet.

Perlonjour se puso lívido.

—¿No querrá usted decir—dijo—que me hará arrestar?

Wens inclinó la cabeza afirmativamente, sin responder.

“Tanto peor, pensó al mismo tiempo. No me parece ni más ni menos culpable que Senterre, pero es indispensable que lo ponga bajo rejas. Ahora veremos si el asesino continúa hiriendo.

Actualmente, es el único medio de que dispongo para hacer la luz. Quizás Voglaire no esté contento, pero, ¡qué le vamos a hacer!"

—Señor Wens—dijo Perlonjour con voz temblorosa—protesto de mi inocencia.

—No quisiera sino creerle—respondió Wens, —pero está usted tan comprometido en los asesinatos de Gernicot y de Tignol que...

—Pero, quizás, Tignol no ha muerto...

—Ha muerto. Acaban de avisarme que se ha encontrado su cadáver en el foso que bordea el camino del campo de aviación, cerca de la aldea de S..., que se encuentra, usted sabe, a ocho kilómetros de ahí. Sin duda, su amigo ha sido conducido en automóvil, y el chofer, en lugar de conducirlo a la ciudad, se ha dirigido a la aldea de S... Una *panne* ha servido para hacer descender a Tignol y su amigo habrá sido muerto en el acto...

(La continuidad de los sucesos, debía probar que el razonamiento del inspector había sido exacto en todas sus partes.)

—Ha sido muerto—añadió Wens—con dos tiros de revólver.

—¡Pero es horrible!—balbuceó Perlonjour.

Parecía profundamente abatido.

—Le decía, pues, —agregó Wenceslao—que está usted demasiado comprometido en estos dos crímenes para que pueda dejarle en libertad. No hablo de Gribbe.

Su tono se hizo menos duro:

—Pero no se desespere usted. Tengo buenas razones para creer que su prisión, si usted es inocente, será de corta duración...

Perlonjour pareció tomar bruscamente su partido.

—Sea—dijo—pero hay una cosa, señor Wens, que usted no puede negarse a acordarme. Es la de permitirme que vaya a mi hotel a buscar algunos objetos que me son indispensables y telefonear a una persona que... me es muy querida.

—Usted puede telefonear desde mi oficina, señor Perlonjour. Y yo puedo encargar a un agente para que vaya a buscar esos objetos de los cuales le dará usted la lista.

—No, —insistió el joven—usted no puede rehusarme esto, señor Wens. Si usted lo desea, acompañeme. He pensado que quizás el portero ha advertido mi retorno ayer en la noche, y que si le interrogo yo mismo...

El inspector reflexionó un momento, para llegar a la conclusión de que, efectivamente, era difícil rehusar a Perlonjour la última satisfacción que éste le pedía.

El auto de Parker les condujo rápidamente y el joven, bajo la mirada de Vorobeitchik, recogió en una valija de mano, sus efectos más necesarios. El inspector pensó que de regreso al Palacio de Justicia, tendría que examinar esta valija y en compañía de Perlonjour, fué en busca del portero del hotel.

—Olvidaba—dijo de repente—esa llamada telefónica.

Abrió una puerta de vidrio que daba a uno de los pasillos del hotel.

—¡Ligero—no pudo menos de recomendar Wens.

Y encendiendo un cigarrillo, se hundió asimismo en sus reflexiones.

Cuando constató que el cigarrillo le quemaba los dedos, pensó que Perlonjour exageraba y golpeó con los nudillos en el cristal de la puerta. Entonces se dió cuenta de que ésta no tenía las letras habituales en esmalte blanco que se ven sobre todas las puertas de todas las cabinas telefónicas del mundo.

Sobrecogido entonces por desagradable presentimiento, abrió la puerta y penetró en un estrecho corredor sombrío.

—Sin duda—pensó entonces sin creerlo así—el aparato se encuentra al fondo, cerca del patio... Este hotel no es un establecimiento de primer orden...

Pero, abriendo todavía una puerta, desembocó en el salón de un café anexo al hotel.

Buscó en vano a Perlonjour y comprendió lo que había ocurrido; el joven había emprendido la fuga.

CAPITULO XXI

LA QUINTA VICTIMA

Senterre introdujo la llave en la cerradura de la puerta de entrada de su departamento, la que abría directamente al salón, penetró en su cuarto y dió la luz.

Después de su visita al inspector, visita de la que conservaba una impresión penosa, había estado comiendo—su criado le había pedido permiso por cuarenta y ocho horas—en un restaurante de la ciudad. Por momentos, había tenido la intención de terminar su *soirée* en el teatro, pero se había decidido a reintegrarse a su departamento.

“Las preguntas de ese maldito Wens—se dijo—me han trastornado. Me acostaré en seguida...”

Arrojó su bastón y su sombrero sobre una silla y se aproximó a la mesa que se encontraba en el centro de la habitación. Un gran sobre gris con su nombre, le saltó a los ojos. Este llevaba en una esquina, la frase siguiente: *Urgente y confidencial*.

Senterre se dejó caer en un sillón y abrió el sobre. De adentro, retiró un papel plegado en dos, que se apresuró a leer. Sin exagerada sorpresa, leyó lo siguiente:

Henri Namotte.

Marcel Gernicot.

Néstor Gribbe.

Hubert Tignol.

+ Jorge Senterre.

Juan Perlonjour.

—Quiere decir—murmuró—que me toca el turno...

Sonrió pensando en la acusación de Wens. El, Senterre, asesino de sus amigos! Le habría bastado con mostrar ese papel al inspector, para probar su inocencia. ¿Pero se le daría tiempo y ocasión para mostrarlo? El asesino desconocido, ¿no le haría su visita durante la misma noche?

Senterre consideró pensativo el aparato telefónico. Si qui-

siera podría prevenir a Vorobeitchik y éste estaría junto a él en cinco minutos.

Si..., pero sin contar que le repugnaba llamar al inspector en su socorro, podía ocurrir muy bien que el asesino rondase ya en los alrededores y retrocediese en su siniestro proyecto al percibir a los policías. Y después, ¡qué gloria para Senterre, si podía sin ayuda alguna, reducir y desenmas-carar al enigmático asesino!

Tomó su partido en el acto: no telefonearía a Vorobeitchik, no llamaría a nadie en su socorro, no huiría tampoco de su departamento... Esperaría, por el contrario, confortablemente hundido en su sillón, la llegada del implacable enemigo de todos.

Desde que se sintió resuelto a combatir, le invadió una gran calma. Evocó tranquilamente el rostro de Encarnación, y como no carecía de valor ni de humor, se levantó y cogió de su biblioteca la "Oración Fúnebre" de Bossuet.

Volvió en seguida a su sillón, lo arrastró hacia la mesa, colocó el volumen al alcance de su mano y sacó su Browning del bolsillo de su pantalón. Después, de haberla examinado cuidadosamente, la deslizó en el bolsillo derecho de su vestón y se instaló en el sillón.

"Perfectamente", pensó.

Y, realmente, todo estaba perfecto. De espaldas a la pared, sentado cerca del teléfono, podía ver las dos puertas que se abrían sobre el salón: la del pasillo y la que comunicaba el salón con su dormitorio.

Abrió la "Oración Fúnebre", pero no pudo someter su espíritu a la lectura. Se puso a imaginar la aparición repentina del asesino, en todos los rincones del salón.

"Se cree bastante fuerte—se dijo—para no resistir al deseo de prevenirme..."

Después se veía en "tête a tête" con Vorobeitchik y escuchaba al inspector que le declaraba con firmeza: "Es preciso buscar al asesino entre los que rodean de cerca a las víctimas... *Uno de vosotros seis*, es el asesino, lo que ahora estaba reducido a *uno de vosotros dos*."

"Tengo excelentes razones para creer que no soy yo—dijo Senterre—. Entonces, entonces, ¿sería Perlonjour?... ¿Será Perlonjour quien entrará esta noche aquí? ¿Será Per-

lonjour al que tendré que matar como a un perro para defender mi vida y vengar la muerte de mis amigos?..."

Senterre se encogió de hombros. Había dicho al inspector: "¿Puede usted acaso, tener la menor idea de lo que es una amistad tan grande como la nuestra?..." Y cesó en el acto de pensar en Perlonjour. El reloj dió las doce. Senterre había cerrado los ojos. A esta hora pocos ruidos subían de la calle, y en la casa todo era silencio.

"Tú también, tú eres un hombre muerto..."

La frase profética de Gernicot, surgía bruscamente del fondo de su memoria. Procuró sonreír. No valía la pena, después de haber vivido cinco años de aventuras, dejarse invadir por el miedo, en un departamento bien cerrado y en el centro de la ciudad.

No, no, él no tenía miedo. Estaba en posesión de toda su sangre fría. Quizás, un poco enervado...

Encendió un cigarrillo y procuró una vez más, recrearse en la turbadora imagen de Encarnación. Después de su última entrevista con Perlonjour, no se atrevía a preguntarse si esta mujer le amaba o si le amaría algún día. El reloj se puso a dar la hora y Senterre contó los golpes. "Diez", murmuró. ¿Vendría el hombre esa noche? ¿Cometería ese acto de una audacia inaudita? ¿No esperaría, como lo había hecho hasta el presente, la ocasión favorable?

De repente, Senterre se alzó un poco y aunque fuese por lo general dueño absoluto de sus nervios, no pudo menos ahora de sentir un largo estremecimiento. Pero se dominó en seguida, repitiéndose como una exortación: "¡Vamos, vamos!"

El cuarto acababa de quedar bruscamente sumergido en la obscuridad.

Senterre se esforzó en permanecer inmóvil durante un minuto. Sintió una gota de sudor que se deslizó a lo largo de sus mejillas.

Oprimió los brazos de su sillón pensando: "Un tapón descompuesto... a no ser que sea una *panne* general de electricidad"... Se levantó y se dirigió hacia la ventana que recortaba sobre el tapiz un rectángulo de luz pálida.

Vió luz en la fachada del hotel de en frente y pensó: "Algún tapón descompuesto... entonces".

En este momento, golpearon en la puerta del departamento.

Senterre apretó los dientes. No, no flaquearía. No era una mujercilla... Cinco años de aventuras... ¡Vaya!...

Con la mano en el bolsillo de su vestón, se acercó a la puerta con paso firme y la abrió de un solo golpe.

A la luz confusa que alumbraba el pasillo y que penetraba por una ventana colocada sobre la escalera, vió una silueta alta y negra que se mantenía inmóvil.

El hombre, cuyo rostro no se distinguía en la penumbra, preguntó con voz que despertó en Senterre singulares reminiscencias:

—¿Es al señor Senterre a quien tengo el honor de hablar?

—Sí, —respondió el joven sin ninguna amabilidad—. ¿Qué me quiere usted?

—Soy el inspector de policía Federico. El señor Vorobeitchik me ha encargado que vele sobre su persona.

—No soy un niño. Puedo guardarme yo mismo.

—Lo siento mucho, señor Senterre, pero se me ha encargado una misión y debo cumplirla...

—Sea. Entre usted...

Y Senterre se hizo a un lado para dejar entrar al visitante. ¿Dónde había oído él esta voz? Quizás en el Palacio de Justicia. ¿Y qué otra silueta le recordaba la del inspector Federico?

—¡Diablo!—dijo éste que había tropezado en un mueble.

—¡No sé ve claro en su casa, señor!

—Cierto—dijo Senterre—. Supongo que se ha descompuesto un tapón de la luz. El cuadro eléctrico se encuentra en el pasillo. Si usted me ayuda, iré a poner las cosas en orden.

Se acercó a un escritorio donde sabía que se encontraba siempre lista una palmatoria para cualquiera eventualidad. Frotó una cerilla y después de encender la bujía, la arrojó a la chimenea.

Daba a medias la espalda a su visitante. Sentía pesar su mirada en su nuca y bruscamente, supo que acababa de introducir deliberadamente al enemigo, al asesino de sus amigos. Esta certidumbre le iluminó totalmente. Este hombre no era un inspector de policía. Y era él el autor de la *panne* de la electricidad...

Senterre, con su frágil luminaria en la mano, se dirigió lentamente hacia la puerta, alcanzó el pasillo y se acercó al cuadro eléctrico.

—Señor Federico—dijo.

El hombre surgió de la sombra:

—¿Señor Senterre?

—Vamos, si usted quiere, a proceder a esta pequeña reparación. Acérquese usted...

El hombre dió dos pasos hacia adelante y Senterre, elevando un poco su bujía, advirtió que el hombre llevaba anteojos con montura de esmalte y que una bufanda disimulaba la parte baja de su rostro. Si hubiera conservado alguna duda, estas observaciones se la habrían disipado...

—Inspector de policía—dijo pensativo—. Debe ser un bello oficio. Fértil en imprevistos y en emociones, ¿verdad? Cuando usted persigue a un asesino, a un ser inmundo que hiere en la sombra, cuando usted está próximo a alcanzarle, cuando usted le siente en cierto modo a su lado, debe ser un bello momento, ¿no es cierto? Aproxímese un poco, señor Federico... ¿Federico? ¡Ya estaba por olvidar su nombre!

Los dos hombres se encontraban ahora lado a lado ante el cuadro de la electricidad. Senterre elevó un poco la bujía e hizo esfuerzos por no temblar: *no había cristales en los anteojos del que se decía inspector.*

“Con que ya lo tengo”, pensó Senterre. Y al mismo tiempo buscó en sus recuerdos, procurando saber dónde había visto la mirada de ese hombre. Porque la había visto. Era una mirada que Senterre conocía muy bien.

“Vamos, pensó, es el momento”...

—Voy a pedir a usted que me tenga en alto la bujía, mientras arreglo este cuadro...

—Deme—dijo el hombre que no parecía desconfiar.

Senterre le pasó su luminaria y deslizó la mano derecha en el bolsillo de su vestón, cerrándola sobre su Browning.

Después, bruscamente, sacó el arma de su bolsillo y ordenó con voz amenazadora:

—¡No se mueva usted!

Y al mismo tiempo, aprovechando que el hombre se encontraba embarazado con la bujía, avanzó la mano izquierda, arrancó su bufanda e hizo saltar sus anteojos.

Pero entonces retrocedió y se apoyó en el muro desparado. Entre sus manos, temblaba la Browning...

—¡Tú!...—dijo al fin—con voz en la que se advertía una tenaz incredulidad.

Fué la última palabra que pronunció. El desconocido había disparado a boca de jarro a través del bolsillo de su vestón.

C A P I T U L O X X I I

SE HAN ROBADO A LA SEÑORA

—¡Qué desgracia!—dijo Vorobeitchik—. ¡Qué desgracia tan grande, señor Voglaire, que usted no les haya dejado arrestar! Senterre viviría y tendríamos aquí a Perlonjour...

—¿Qué hacer?—gimió el juez de instrucción—. ¿Qué hacer, Wens? ¡Mi carrera está rota! También la suya, naturalmente, pero esto no le importa a usted.

—Se equivoca usted—replicó Wens—. No me es indiferente que se diga que han muerto seis hombres por mi culpa.

—No es por culpa suya. Yo sé que usted no tiene la culpa. ¿Qué otra cosa pudo hacer usted aparte de lo que ha hecho? Nada. En cuanto a mí, usted tiene razón. Yo habría debido, cuando usted me habló, firmar inmediatamente dos órdenes de detención a nombre de Senterre y Perlonjour... ¡Ahora!...

El enciclopédico señor Voglaire—como lo llamaba Encarnación—bajó la cabeza con abatimiento.

—¿Naturalmente—dijo él después de unos momentos—usted no tiene la menor idea del sitio en que se oculta Perlonjour?

—La menor idea—respondió Wens con su franqueza ordinaria—. Pero Enrique, Walter y Cardot andan tras él.

—Todos los diarios hablan de él como del asesino—dijo el señor Voglaire.

Wens miró al juez de instrucción al parecer con el ánimo de responderle, lo que luego no hizo.

—¿Qué vamos a hacer?—repitió el magistrado.

—He cableografiado—dijo Wens con tono indiferente—al capitán del “Aquitania”. Espero mucho de su respuesta.

Insistió sobre la palabra *mucho*.

—Tendrá él que entregarse a búsquedas bastante complicadas... y eso demandará todavía mucho tiempo.

—¿Qué le ha preguntado usted? Usted sabe que no hay mucho más que decir respecto a la muerte de Namotte...

—Excúseme—dijo Wens levantándose—. Es preciso que vuelva a mi oficina.

Salió sin esperar respuesta.

Una vez instalado en su sillón, colocó los codos en la mesa de su escritorio, y se cogió la cabeza con ambas manos.

“Veamos—se dijo—si lo que pienso es posible.”

Procuraba esforzarse en saber con precisión lo que pensaba, pero sus conceptos al respecto eran todavía muy vagos, sin contornos netos. Como un biólogo se esfuerza en aislar un microbio, se esforzaba él en aislar una idea. Pero estaba reducido una vez más a hipótesis, falto como se encontraba de pruebas y de testigos. Y estas hipótesis le conducían a una solución tan extraña, tan extraordinaria, que cada vez había renunciado a examinarlas a fondo.

Un día había confesado a Senterre, que desde el principio de la pesquisa, había hecho numerosas e interesantes observaciones, pero que todas ellas parecían embrollar el asunto mucho más. Había agregado sí, que no dudaba que todas ellas contribuyeran un día al descubrimiento de la verdad. Ese día, había llegado, o sea, ya tenía él reunidas todas esas observaciones y era tiempo que procurara hacer la luz con ellas.

—¡Dios mío!—murmuró—¡si llegara luego la respuesta del capitán del “Aquitania”!

Esta respuesta debería constituir una especie de confirmación de sus deducciones, o su ruina. Era el único testimonio que podía esperar por el momento y sin él, se sentía incapaz de proseguir su razonamiento que a medida que lo desarrollaba, provocaba su incredulidad.

“Y sin embargo—pensó—un demonio del mal como ese hombre. Un genio temible... Se puede esperar una solución de ese género...”

Sonaron las tres y después las cuatro. Wens no se movía.

Había colocado los brazos sobre la mesa y la frente sobre los brazos. Parecía dormir. Por fin hizo un movimiento. Cogió una hoja de papel y dibujó rápidamente un croquis. Meditó largamente sobre este croquis. Después lo rompió, lo convirtió en una bolita y lo arrojó al canasto.

Golpearon a la puerta y un agente penetró en la oficina.

—Señor inspector—dijo—hay una mujer que insiste en ser recibida.

—¿Una mujer? ¿Le ha dicho a usted su nombre?

—Sólo me ha declarado que está al servicio de una señora que conoce el señor inspector y que es necesario que hable en seguida a usted. Parece muy trastornada—agregó el hombre.

—Introdúzcala aquí—dijo Wens.

Minutos después, una mujer de cierta edad penetró en la oficina. Wens la reconoció inmediatamente: era la camarera de Encarnación. Presentaba todas las señales de una agitación vivísima. “¡Se han robado a la señora”, fueron las primeras palabras que pronunció.

—¿Qué dice usted?—dijo Wens.

—¡Sí, señor!—exclamó la visitante, dejándose caer sobre una silla que crujió bajo su peso—. Es como se lo digo a usted. Se han robado a la señora. La pobre había salido ayer en la noche, justamente después de comer... “Voy a hacer un paseito, María”, me dijo. Y he aquí que la veo volver como a las diez y media con un señor. Estaba pálida, lívida, podría decir mejor...

—¿Y cómo era el señor?

—No podría decírselo a usted. No es que no lo haya mirado... Era grande y llevaba sombrero negro y anteojos... También una bufanda. Pero no podría decirle a usted si era feo o buenmozo. Me daba casi siempre la espalda, al extremo, que creo que lo hacía intencionadamente. Y como yo lo mirara siempre, la señora me dijo: ““Déjenos, María”. Parecía tan deshecha, que le pregunté si necesitaba algo. “Nada”, me dijo. Entonces volví a mi cocina, dejando, naturalmente, la puerta abierta. Todo el tiempo, los sentía yo discutir, el hombre con voz dura y seca, y la pobre señora quejándose y suplicando. Por fin, como nunca se marchara, me fui yo a

acostar, pero sin cerrar un ojo. Como aunque es tan bonita, la señora no recibe hombres jamás, lo que al principio me sorprendió mucho, anoche me sorprendí también, porque había recibido a uno. A este no le he visto yo jamás, y le encuentro un aspecto bastante sospechoso... Un hombre que oculta la cara que le dió Dios, no presagia nada bueno. En eso pensaba, cuando sentí voces y pasos en la escalera, y después el golpe de una puerta que se cerraba. "Es la de la calle", me dije. Me levanté y miré por la ventana. ¿Y qué es lo que veo? Pues a la señora y a ese hombre que atravesaban la calle... Se habría dicho que él la empujaba... Les vi entrar en un taxi... No sabía qué pensar. La señora partiendo en plena noche, con un desconocido...

A pesar de sus deseos, Wens se guardó muy bien de interrumpir el relato de la buena mujer. La experiencia le había enseñado, que se pierde lamentablemente el tiempo en impulsar a esta clase de gente a mostrarse concisas.

—Esta mañana, como siempre, fui a llevar a la señora el desayuno... Golpeé. Ninguna respuesta. Vuelvo a golpear; pero tampoco hay respuesta. Entonces entro. La señora no estaba allí y el lecho no se había tocado. Pensé que la señora vendría, me explicaría...

—¿Y no ha vuelto?

—¡No, señor! Pienso que se la han robado. ¡Es tan bonita y el mundo es tan malo!... Entonces vine a buscarle,

Mientras que escuchaba la comunicación, su rostro se iluminó.

—Muy bien, Walter—dijo—. ¿Detenerle? No. De ninguna manera. Sigale, pero no le toque. Hasta luego.

Descolgó el receptor y se volvió hacia su visitante.

—Dígame, señora—dijo—¿a qué horas dejó ayer la casa su señora?

—Alrededor de la medianoche.

—¿Cogió un coche, dice usted? ¿Hay taxis en los alrededores?

--Sí, junto a la casa hay una estación de taxis.

--Muy bien. Usted me acompañará...

Wenceslao cogió su bastón y su sombrero.

En ese momento, golpearon de nuevo en la puerta. Entró un agente y sin decir palabra, tendió una hoja de papel azul al inspector.

Este la desplegó con rapidez y una súbita oleada de sangre coloreó sus párpados: luego, *eso* era posible.

Instantes después, había dejado el cuarto con la camarera de Encarnación que no cesaba de lamentarse.

Encima de su escritorio, el papel azul quedó abierto tal como lo había dejado caer Vorobeitchik.

Se podía leer allí:

"Marinero que responde a las señales, no se ha reembarcado. Se llama Rafael Hermance. Belga. Antecedentes dudosos.—Capitán Lesly."

CAPITULO XXIII

EL ULTIMO DE LOS SEIS



Un hombre caminaba rápidamente con la cabeza metida entre los hombros. Se había levantado el cuello del abrigo de media estación que llevaba puesto, y tomaba instintivamente las calles menos frecuentadas. De tiempo en tiempo se daba vueltas para mirar hacia atrás con aire sospechoso. Hubiérase dicho que temía ser seguido...

Lo era.

Un taxi se deslizaba lentamente por la orilla de la acera siguiendo al hombre y el ocupante llevaba el rostro pegado a los vidrios del coche.

--¡Diablos!--murmuró el que iba en el taxi—. ¡Pero si va donde Senterre!...

No se equivocaba.

Juan Perlonjour que después de habérsele escapado al inspector la víspera y de haber pasado la noche en un hotel de mala muerte, y de haber caminado sin rumbo fijo durante horas, se decidió a ir a refugiarse a casa de Senterre.

Los diarios de la mañana le habían informado de la muerte de su amigo y no se hacía ilusiones respecto a su propia suerte. Si escapaba al asesino sería arrestado. ¿Y cómo podría probar su inocencia? Entonces más le valía buscar al asesino y salirle al encuentro para recibir el golpe...

Habiendo penetrado en la casa por la puerta lateral, Perlonjour luego se encontró en el segundo piso. Entonces era ahí, en ese lugar, que ayer, Senterre... La garganta se le oprimió, y, durante un momento fué el más desgraciado de los hombres, aquél a quien le han matado todos sus amigos.

En seguida se acercó a la puerta del departamento y constató que estaba sellada. ¡Bah!, en el punto donde estaba... Hizo saltar los sellos e introdujo en la cerradura la llave que Senterre le había entregado en la época en que le había ofrecido su casa para que se instalara en ella a su regreso.

Hospitalidad que Perlonjour no imaginaba aprovechar tan tardíamente y en esas circunstancias...

Entró al salón, cerró la puerta y abrió los postigos. En seguida se fué a sentar en un sillón.

Evidentemente, había cometido una torpeza la noche anterior, al obedecer al impulso de escapar al inspector. Seguramente en esos momentos no habría nadie que no hablara de él como de un asesino. Mientras que al contrario, si se hubiera dejado poner bajo cerrojo, su hora de prueba habría sido corta y su inocencia ya estaría seguramente demostrada a los ojos de todos.

Desgraciadamente, no había podido resistirse ante esa perspectiva: la prisión. "Cuando Encarnación sepa", había pensado, y esto había bastado para decidirle instantáneamente a recuperar su libertad. Y después... también había otra cosa. El deseo de buscar él mismo al asesino, medirse con él, vengar a sus desgraciados amigos. No había reflexionado que no tenía medio alguno práctico para realizar este proyecto. Se había dicho únicamente que, una vez encarcelado, debería abandonar, dejar a otros el cuidado de castigar al culpable y de... defender a Encarnación. Porque él sabía—la joven le había hablado de su matrimonio blanco—que la vida de Encarnación corría también peligro.

¿Pero cómo hacer comprender estos sentimientos a la po-

licia? Esta no podía ver en su fuga sino la confesión de su culpabilidad...

¿Quizás sabían ya dónde encontrarle? ¿Quizás esa misma noche sería cogido? Había cometido una grave imprudencia dirigiéndose a los alrededores de la casa de Encarnación. Esta casa debía estar vigilada por la policía. Quizás algún inspector lo había visto por allá.

El salón se dejaba invadir poco a poco por una sombra espesa. El joven se dirigió a la ventana y consultó el cielo. Sombrias nubes y un viento violento hacían presagiar una tempestad próxima.

Perlonjour se dirigió a un sofá donde se dejó caer y desde el fondo de su corazón formuló este voto:

—¡Ah!, si el asesino supiera que estoy aquí... ¡Si estuviera resuelto a herirme hoy día, como hirió ayer a Senterre!...

En esos momentos un gran sobre gris se deslizó por debajo la puerta y él comprendió que había sido oído.

Se levantó de un brinco, corrió a la puerta y la abrió. Un pequeñuelo bajaba la escalera a saltos. Perlonjour lo alzó.

—¿Eres tú, galopin—dijo—quien acaba de deslizarse una carta bajo mi puerta?

—¡Señor—dijo el niño llorando—no me pegue usted!

—Dime entonces, ¿quién te ha enviado?...

—Un señor que no conozco... Me llamó cuando pasaba por la terraza del café de aquí en frente. Me dijo: "Toma estas monedas. Vas a deslizarse esto bajo una de las puertas del departamento del segundo piso de esta casa." ¡No sé nada más, señor, se lo juro!

—Ven conmigo —dijo Perlonjour.

Conservando con él al chico, volvió al departamento, fue a la ventana y designó la terraza del café donde quedaban sólo dos clientes:

—¿Es alguno de esos quien te envió?

—Ninguno de los dos, —respondió el muchacho—. Creo que estaba para marcharse cuando me llamó.

—¿Cómo era?

—Alto, con sombrero negro y anteojos. No se le veía bien la cara...

—Bien—dijo Perlonjour—. Esto para ti. Ahora vete...

El chico no se hizo repetir la invitación y fué un milagro que no rompiera los huesos al bajar la escalera.

Perlonjour cerró la puerta y abrió el sobre. Como lo esperaba, contenía la fatídica advertencia:

Henri Namotte.

Marcel Gernicot.

Néstor Gribbe.

Hubert Tignol.

Jorge Senterre.

+ Juan Perlonjour.

Los postigos se azotaron furiosamente contra el muro y Perlonjour se volvió.

—¡Gran Dios!—murmuró—. ¡Es un verdadero ciclón!

Fué a cerrar los postigos. Después abrió el pequeño armario con licores y se fabricó un *cocktail*.

Como Senterre, la víspera, estaba calmado y dueño de sí. Como Senterre estaba resuelto a matar o ser muerto.

Sólo que no llevaba armas...

CAPITULO XXIV

MUERTA LA BESTIA

—Quédese ahí—dijo Wens.

Y él mismo saltó del auto antes que éste se hubiera detenido completamente y se dirigió hacia el grupo de choferes de taxis que discutían con animación junto a sus coches.

Al verle aproximarse, los hombres cesaron de hablar y lo miraron con desconfianza. El inspector no dudó en exhibir su tarjeta y preguntó:

—¿No se encuentra aquí uno entre ustedes que haya conducido esta noche pasada a un hombre y a una mujer, el hombre alto, con sombrero de fieltro negro, bufanda y anteojos, la mujer de talla mediana y muy bonita?...

Hubo entre los choferes cuchicheos y codazos. Después un hombre salió de entre la fila y respondió con malos modos:

—Sí, yo.

—¿Puede usted decirme dónde los condujo usted?...

El chofer se balanceó sobre sus largas piernas, pareció vacilar y luego dijo:

—Me detuvieron en la calle de Amercoeur.

—¿Por qué dice usted “me detuvieron”?

—Porque así fué.

—¿Acaso porque usted cree que la calle de Amercoeur no era el fin de su viaje?

El hombre miró al inspector con sus ojos redondos.

—¿Qué dirección le dieron a usted?—preguntó Wens.

—El hombre me dijo: “Deténgase al final de la calle”.

—Continuaron a pie, ¿no es cierto?

—Es posible.

—Ponga atención—amenazó Wens—. El hombre es un asesino y no un asesino ordinario. Ha matado ya a cinco personas. Ha podido matar también a la joven que lo acompañaba... Me hacen falta informes muy precisos. Es cuestión de vida o muerte y la ayuda de usted será recompensada... Me imagino que usted se ha sentido intrigado por el aspecto extraño de sus clientes y que después de haberles dejado donde ellos indicaron, los siguió usted, ¿no es verdad?

—Es verdad—admitió el chofer—. Dígame usted, ¿no es ese hombre el asesino de cinco amigos? Le decía justamente a mis camaradas...

—Es él—interrumpió secamente Wens—. ¿Lo vió usted entrar en alguna parte? No hay un minuto que perder.

—Los seguí. No podría decirle el nombre de la calle donde se han dirigido, pero podría reconocerla... Es una calle estrecha y la casa es la tercera a la izquierda...

—Está bien—dijo Wens—, condúzcame usted.

Mientras el chofer se instalaba en el volante de su coche, volvió al auto que lo había traído, deslizó la cabeza por la portezuela y explicó en pocas palabras a la camarera de Encarnación, que partía en busca de su ama.

—Voy a subir en ese taxi—dijo al chofer de Parquet—. Sígame usted.

Instantes después, los dos coches rodaban uno detrás de otro, a buena velocidad.

Aunque lo hubiera dicho al chofer, para conmoverle, el inspector no pensaba que Encarnación se encontrase en peligro de muerte. Al presente sabía, gracias a la respuesta del capitán Lesly, a qué atenerse respecto de la identidad del

asesino. Wens no temía por los días de la joven. La suerte de Perlonjour le inquietaba muchísimo más...

La tercera casa a la izquierda en la calle indicada por el chofer, poseía una fachada poco acogedora.

Habiendo ordenado a la camarera que permaneciese en el coche, el inspector penetró en el tenebroso vestibulo, todo lleno de un horrible olor a bazofia.

Una especie de bruja surgió de una pequeña puerta baja.

—¿Qué hay?—dijo con furia—. ¿Qué quieren ustedes?...

Miró con insolencia a los tres hombres que estaban ante ella:

—Esta casa es una casa honrada y...

—¡Cállese, bruja!—le gritó Wens—. Esta honrada casa sirve de refugio a un asesino.

—¿Qué dice el sinvergüenza?—rugió la vieja.

—Cierra ahí—dijo Wens— o te hago poner las esposas inmediatamente, ¡vieja del demonio! Un hombre y una mujer han entrado aquí esta noche. El hombre es alto y lleva anteojos. Ayer llevaba una bufanda y un sombrero de fieltro negro... ¿Cuál es su cuarto?

—Si habla usted del señor Raymond—dijo la vieja, más sumisa—vive en el tercero; cuarto 21.

—¿El señor Raymond responde a las señas que le acabo de dar?

—Sí, —dijo la vieja.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—No sé... creo que hace tres semanas...

—¿Vino esta noche con una señora?

—Mi buen señor, no me ocupo de las idas y venidas de mis arrendatarios.

—Por la última vez—dijo Wens, —le pregunto si ese señor vino aquí en la noche con una señora...

—Creo que sí, señor...

—¿Ha visto usted salir al uno o al otro, al hombre o a la mujer?

—Al hombre, sí, señor.

—¿Cuándo?

—Poco después de almuerzo.

—¿No ha vuelto?

—No, señor.

--Subamos--dijo Wens.

La puerta de la habitación número 21 estaba cerrada con llave. El inspector golpeó muchas veces sin obtener respuesta. Entonces, con tres golpes de hombro bien aplicados, hizo saltar sus goznes. El cuarto se encontraba sumido en la obscuridad más completa. Wens sacó una linterna de su bolsillo y un rayo luminoso se situó en la ventana. El *store* había sido bajado y las cortinas—cortinas de peluche leproso—estaban corridas. Wens paseó la luz de su linterna de derecha a izquierda, y lanzó una sorda exclamación. En un rincón del cuarto, cubierta con una cubrecama manchada de sangre, acababa de distinguir una forma humana extendida.

Alcanzó la lámpara a uno de sus compañeros y se avanzó sobre la cubrecama. Vió entonces a Encarnación tendida de espaldas. Estaba estrechamente ligada con una sábana cortada en bandas angostas y tenía un pañuelo hundido profundamente en la boca. La joven parecía sin conocimiento.

Instantes después, el inspector la había liberado y arrastrado al pasillo con ayuda de sus compañeros. Envio a uno de ellos en busca de un cordial, y le encargó al mismo tiempo que avisara a la camarera de la señora.

Se hicieron necesarios largos y pacientes esfuerzos para reanimar a Encarnación.

--¡Salvaje!--murmuró Wens, pensando que la joven se encontraba desde hacia horas en ese estado.

Abrió por fin los ojos, dos ojos fijos y extraviados. Después se pasó lentamente una mano por sobre su frente. Miró al inspector inclinado sobre ella, a su camarera que movía la cabeza con compasión y a los dos choferes.

La memoria pareció venir a ella bruscamente.

--¡Madre!--exclamó--¡Juan!...

Y cogió febrilmente las manos de Wens.

--¡Sálvenle! ¡Es preciso que le salven!... ¡Ha partido a matarle!...

--¿El se lo ha dicho a usted?...

--Sí..., sí..., ¿qué hora es?

--Cerca de las seis, creo--dijo Wens.

La joven se torció las manos con desesperación.

--Hace cuatro horas que me ha dejado... ¡Oh, Dios mío! ¡No le dejarán ustedes cometer este último crimen!

Y de repente:

—Pero es verdad, es verdad... Ustedes no saben quién es él. Señor Wens, el asesino es...

—No diga nada, señora—interrumpió firmemente Wens. Yo sé...

—¿Lo sabe usted?

—Sí. Dígame mejor cómo lo ha encontrado, cómo la ha arrastrado hasta aquí... ¿Y por qué?... No, espere...

Se volvió hacia uno de los choferes:

—Llame por teléfono al Palacio de Justicia..., al señor Voglaire, juez de instrucción... Le preguntará usted de mi parte si tiene noticias de Walter, del inspector Walter... Si sabe él dónde se encuentra ahora el señor Perlonjour... Sin perder un minuto....

—He aquí lo ocurrido—dijo Encarnación—. Ayer en la noche, quise yo hablar al señor Senterre. Tenía que darle una respuesta. Pero, como penetrase en el vestibulo, me crucé con un hombre, un hombre que reconocí. Como me aprestase a dar un grito de sorpresa, me cogió por el puño y me arrastró ordenándome que guardara silencio. Comprendí en seguida, pero él me amenazó que si hablaba, mataría al señor Perlonjour... Me acompañó a mi casa, y osó ponerme al corriente de sus proyectos... ¡Me había asociado a él! Quise arrojarle de mi lado, pero era más fuerte que yo. Me obligó a seguirle, repitiéndome sus amenazas..., qué haría una nueva víctima si me resistía a sus deseos... Pretendía saber dónde se encontraba Juan... Entre sus manos, no era yo nadie... Le seguí. Me condujo aquí. Todo el resto de la noche, se aplicó a aterrorizarme, a reducirme a su voluntad. Por último, me dijo que iba a matar a Juan y me puso en el estado en que me han encontrado ustedes...

Un sollozo subió a la garganta de la joven:

—Señor Wens, señor Wens, usted lo salvará, ¿no es cierto?....

El inspector se levantó.

—Voy a hacer, al menos, todo lo que es humanamente posible... La confío a su camarera... Si, es preciso que se quede usted aquí. Usted no me serviría de ninguna ayuda, por el contrario...

Entró en el cuarto número 21, y salió con la sobrecama manchada de sangre debajo del brazo.

En esos momentos, el chofer que Wens había mandado a telefonar, apareció.

—El inspector Walter ha dado sus noticias al juez de instrucción—dijo—. El señor Perlonjour se encuentra actualmente en el departamento del señor Senterre.

Wens se precipitó en el acto a la escalera.

—¡Dios mío, —dijo—haced que llegue a tiempo!

Cuando alcanzó la calle, la tempestad estaba en su apogeo.

.....
Perlonjour terminó su *cocktail* y se dirigió a la ventana. La lluvia se escurría por los cristales. De segundo en segundo, las lamentaciones del viento se hacían más desgarradoras.

El joven sonrió: ahora que esperaba su aparición, comprendió que lo que lo había arrastrado al cuarto de Senterre, era el deseo confuso de encontrar al asesino.

De repente, puso oídos: le pareció oír caminar en el pasillo.

Se dirigió a la puerta en la punta de los pies, pero estaba a cinco o seis pasos de ella, cuando ésta se abrió bruscamente.

—No es nada—dijo una voz—. Soy yo, Wens.

El inspector cerró la puerta, y se aproximó a Perlonjour. Estaba empapado.

El joven le miró con temor, y al mismo tiempo con una especie de desesperación. El asesino en acecho, había seguramente visto entrar al inspector... Ahora no vendría...

—Perdóneme—dijo sencillamente Wens, tendiéndole la mano—. He sospechado injustamente de usted. Ahora sé quién es el asesino. Vamos, pues, a esperarle juntos...

Una multitud de sentimientos contradictorios asaltó a Perlonjour.

Poco después dijo:

—Es inútil. No vendrá...

Su voz denotaba una gran amargura.

—¿Y por qué no vendrá?—preguntó Wens.

—Le habrá visto a usted entrar...

—No lo creo—respondió alegremente el inspector—. Seguí el camino que él tomó después de haber asesinado a

Gribbe. Entré por una casa vecina y he venido por los techos... Por eso estoy tan mojado.

Perlonjour prestó oídos:

—Creo que ha cesado la tempestad...

—La tempestad es quien le ha salvado a usted—dijo

Wens—. Ahora no tardará en venir. ¿Está usted armado?

—No.

—Entonces, soy yo quien se colocará junto a la puerta...

Los dos hombres se callaron. Un profundo silencio había seguido a la tempestad.

Para romper la angustia de su espera inmóvil, Perlonjour interrogó a riesgo de atraerse la cólera del inspector:

—¿No quiere usted decirme... quién es?

—Es inútil. Usted no me lo creería. Por lo demás, va usted a saberlo bien pronto...

—Pero, ¿cómo lo sabe usted?

—Por algunas palabras que me ha respondido el capitán del "Aquitania"... Ahora, cálese usted.

"El "Aquitania", pensó Perlonjour. ¿Qué tiene que ver el "Aquitania" en esto?..."

Después una idea loca se apoderó de su espíritu:

"Es verdad que no se ha encontrado el cadáver de Namotte... Que se ignora exactamente cómo ha muerto... ¿Y si no hubiera muerto?... ¿Si fuese Namotte quien?..."

Sacudió furiosamente la cabeza.

"Vamos, divago..."

De repente un escalofrío corrió a lo largo de su espina dorsal... El monstruo estaba allí... Había sentido un roce al otro lado de la puerta.

Perlonjour se dejó caer contra el respaldo de un sillón. Sentía que no tenía piernas sino hasta las rodillas... Nunca pensó que era tan terrible sentir de cerca una presencia, así, tan próxima.

En la sombra, vió la mano del inspector que subía dulcemente, hasta alcanzar la perilla de la puerta.

Wens se volvió hacia él, y le dijo en un soplo:

—Cójame la lámpara eléctrica... Está en el bolsillo izquierdo de mi vestón. En cuanto se abra la puerta, usted dirigirá la luz sobre él...

Después:

—¿Está usted listo?

—Sí.

De un golpe, el inspector abrió el batiente hacia él, y la lámpara eléctrica iluminó un rostro en la sombra.

—¡Arriba las manos!—gritó Wens—. ¡Ya te tengo!

Pero resonó una risa estridente, y aquel rostro, un instante iluminado por la luz, se sumergió en la sombra. Casi en el acto, pasos precipitados hicieron gemir los peldaños de la escalera.

Entonces, de un brinco, Wens saltó al pasillo y dió vueltas al conmutador. Inclinado sobre la barandilla de la escalera, levantó su Browning y echó a rodar una bala entre los dos hombros al hombre que bajaba...

Después se volvió hacia Perlonjour, cuyo rostro traicionaba todavía el espanto de haber reconocido al otro rostro:

—¡Vamos—dijo—espero que esta vez estará bien muerto!...

CAPITULO XXV

EL SEÑOR WENS TIENE LA PALABRA

Wenceslao estaba satisfecho: se veía claramente en el pliegue impecable de su pantalón.

—En efecto—dijo—lo que primero despertó mis sospechas, fué la desaparición de la cubrecama, y el aspecto rocambolesco de la desaparición... Pero, naturalmente, todavía estaba muy lejos de pensar en la culpabilidad de Gernicot.

Agregó un poco de soda a su whisky, encendió un cigarrillo, se acomodó en su sillón y prosiguió:

—Ahora me pregunto, ¿cómo fué que no me sorprendió más aun esa *mise en scène*... Y después, encontramos su cuerpo—el que al menos creímos nosotros que era su cuerpo—y no pensé en seguida en examinar cuidadosamente los tatuajes...

—¿Fueron esos tatuajes los que le hicieron cablegrafiar a usted al capitán Lesly?

—Sí. Le supliqué que averiguara si en el último viaje del "Aquitania", había entre la tripulación un marinero cuyo

pecho estuviese adornado con tatuajes idénticos a los que llevaba Gernicot. Como ustedes recordarán, me respondió que un marinero con esas mismas señas, no se había reembarcado; se llamaba Rafael Hermance y sus antecedentes eran dudosos.

—¿Pero, cómo se le vino a usted la idea de que el cuerpo retirado del canal, no era quizás el de Gernicot?

—¡Oh, Dios mío! A causa de una sencilla frase pronunciada por el propio Gernicot el día de su regreso, frase que me repitió vuestro amigo Senterre... Esta: "Había a bordo del "Aquitania" un marinero maestro en el arte de los tatuajes y a él me dirigí." Por consecuencia, los tatuajes debían ser recientes, uno de los dos al menos, debería serlo... Ahora bien, el especialista a quien encargué que examinase los del cadáver encontrado, me contestó que éstos tenían por lo menos seis o siete años. Entonces cogí el asunto desde el principio, y todas las rarezas que había observado en el desaparecimiento de Gernicot herido, me llevaron al descubrimiento de la verdad. En el curso de los interrogatorios, vuestro pobre amigo Senterre, había declarado que Gernicot había perdido mucha sangre, pero me fué imposible encontrar la menor traza de ella. Tampoco comprendía, por qué su *asesino* se dejaba ver con tanta complacencia, haciendo admirar sus anteojos con vidrios ahumados y su barba roja. También llamaron mi atención esos numerosos silbidos oídos por Senterre y por usted, señora y que parecían más bien, señales... La casi imposibilidad, también, de llevarse a un agonizante y transportarlo sobre sus espaldas... Recuerden ustedes que ese día el ascensor no funcionaba.

Wens vació su vaso y prosiguió:

—¿Y por qué ese tatuaje: "A Nora, para siempre"? Un hombre como Gernicot no jura eterno amor a Noras, cuando está casado con una mujer a quien ama y cuyo encuentro causará finalmente su pérdida. También aquello de los tesoros enterrados también eran cosa harto sorprendente. No me parecía que los tatuajes tuvieran relación alguna con ellos, y por su parte, el médico legista dudaba un poco que la cabeza destrozada del cadáver lo hubiera sido por un remolcador... Habría podido ser destrozada antes de la inmersión por el asesino. Con estos detalles y otros, comencé a mirar el asunto bajo un nuevo ángulo y hoy día puedo dar a ustedes todos

los datos posibles acerca de la conducta del asesino...

El inspector encendió un nuevo cigarrillo antes de continuar:

—¿Cuál era el único entre vosotros que podía tener la posibilidad de asesinar a Namotte? Gernicot, puesto que se encontraba en el barco con él. Creo que podemos hacer remontar sus proyectos asesinos al encuentro que hizo con usted, señora, en las Islas Bermudas. Entonces, decidió hacerse pasar por muerto y servirse de usted para lograr sus fines... Sin embargo, pienso que la amaba a usted, si un ser tal es capaz de sentir amor. Reflexionando bien, ciertamente que él la amaba a usted. Su conducta final, es una prueba de ello, pero al principio, no vió en usted sino una manera de llevar a cabo sus designios, de entrar en posesión de la fortuna de sus amigos... Contaba, en efecto, con que usted heredase, puesto que era usted *su viuda*, y que tenía usted el mismo derecho que sus víctimas a la fortuna que él quería conseguir. Entonces hubiera dejado seguramente pasar algún tiempo, y por un medio u otro, la hubiese arrastrado a usted al extranjero. Allí, la habría tenido a usted en sus garras, a usted y a los millones de sus amigos... Pero la suerte lo decidió de otro modo. Lo encontró usted en los momentos en que acababa de asesinar a Senterre. El entonces se jugó el todo por el todo...

—Me gustaría—dijo Perlonjour—oirle a usted hablar de su regreso.

—A eso voy. Venía a bordo del "Aquitania", un marinero hábil en el arte de los tatuajes, y otro, que llevaba en el pecho las mismas marcas que las que mostró Gernicot. Este último se dirigió a Hermance, le prometió, sin duda, parte de la fortuna con la cual contaba y no debió hacer grandes esfuerzos para asegurarse de su complicidad. Sin duda, su plan estaba ya minuciosamente estudiado, habiendo decidido ya matar a su cómplice, para hacer creer, gracias a él, en su propia muerte. Se hizo, pues, tatuar por el otro marinero las mismas señas que llevaba Hermance y se presentó así a casa de Senterre, seguro del éxito. Sin embargo, se preparaba a representar esa noche la parte más difícil de su macabra comedia. Había compuesto admirablemente a sus personajes y estudiado sus efectos. Todas sus medidas estaban tomadas. Hermance, había arrendado un cuarto en el hotel de "Las

dos Iglesias", y allí, oculto a los ojos de todos, se había puesto anteojos con vidrios ahumados y una barba postiza para responder a las señales proporcionadas por Gernicot a Senterre. Hermance debió esperar que su cómplice abriese él mismo la ventana de en frente y se presentase. Debía entonces disparar sobre él, teniendo cuidado de que le viesan bien. Debía, por supuesto, *tirar al blanco*, y en seguida desaparecer. Por su parte, Gernicot, estaba encargado de sembrar el terror en el espíritu de Senterre, de prepararlo en cierto modo a su propio asesinato... Poco después—circunstancia imprevista—estalló una tempestad.

Wens hizo una pausa y Encarnación se inclinó hacia él: —¿Un poco de whisky, inspector?

—Encantado, señora. ¡Ah, esta tempestad me ha embrollado las cosas de un modo! Yo no podía comprender que Gernicot era sincero cuando pretendía temer a la tempestad más que a ninguna otra cosa en el mundo... Ese demonio del mal tenía esa debilidad: los relámpagos, el estallido del trueno, lo enloquecían... He ahí, pues, a Gernicot deshecho en un sillón e incapaz de poner su plan en ejecución, hasta que la tempestad hubo pasado. Por eso su cómplice se impacienta y silba de un modo convenido para atraer su atención. Gernicot procuró sobreponerse a su debilidad, cuenta sus historias, exhibe los tatuajes gracias a los cuales, algunos días más tarde, se le tendrá por muerto, gracias a los cuales se encontrará una razón para que se haya robado su cuerpo... Sin embargo, Hermance silba una segunda vez, y como la tempestad ha pasado por fin, Gernicot va hacia la ventana, la abre cuán grande es y se coloca bien en evidencia. Hermance dispara. Gernicot cae con las manos crispadas sobre el pecho. En una de sus manos, él tiene una pequeña vejiga llena de *sangre animal*. La rompe. La sangre corre. ¿Cómo podrían ustedes, entonces, abrigar la menor sospecha? Se hace conducir al lecho, *pero rehusa retirar las manos de su herida*, por la excelente razón de que no tiene él herida alguna. Después, con notable habilidad, aleja, con la complicidad involuntaria de su mujer, a su amigo Senterre. Por medio de una pregunta, se asegura que ha dejado la casa, y pide un vaso de alcohol. ¿Por qué de alcohol? Para obligarla a usted, señora, a dejar un momento el dormitorio para dirigirse al salón. En cuanto usted vuelve la espalda, Gernicot salta del lecho

y se desliza por detrás de la puerta de comunicación. Cuando usted entra de nuevo en el dormitorio, la asalta a usted y la reduce a la impotencia. Última precaución: se lleva consigo la sobrecama manchada con *sangre animal*, para evitar que un análisis inoportuno revele la supercheria. Esa misma noche o al día siguiente, coge a su cómplice Hermance y lo mata, lo mata por medio de un disparo en el pecho y lo desfigura antes de arrojarlo al canal. Entonces está tranquilo, ¿quién puede sospechar de que está vivo? Continúa entonces su obra de muerte. Asesina a Gribbe como se lo expliqué a ustedes el día del asesinato. Por exceso de prudencia, comete la falta de deslizarse en el departamento de Senterre y de poner en las maletas de Namotte una falsa acusación contra un cierto John Smith. El no escribió por sí mismo esta carta. Lo sé porque hice examinar su escritura. Sin duda, ocupó para ello a algún experto en anónimos, y esto habría constituido una ventaja para él, si no me hubiera tomado yo el trabajo de examinar las maletas de Namotte la noche siguiente al *asesinato* de Gernicot. Cuando Tignol aterrizó en el campo de aviación de E..., el asesino estaba allí en acecho, como lo estuvo para el retorno de Gribbe. Espera la ocasión. No tarda ésta en presentarse cuando el aviador huye del aeródromo. Gana, antes que él, la salida excusada, lo atrae hacia su auto y rueda con él hacia la aldea de S... Simula una *panne* que hace descender a Tignol del coche; lo mata con dos disparos y arroja su cuerpo en el foso. Seguro de la impunidad, su audacia va en "crecendo". Suprema coquetería de un maniático del crimen: advierte a Senterre que ha llegado su hora. Senterre en lugar de llamarme, decide luchar solo contra el asesino, y quizás él hubiera triunfado al fin de cuentas, sin la sorpresa que experimentó al descubrir los rasgos del asesino, sorpresa que le impidió disparar inmediatamente... Huye Gernicot y la encuentra a usted, señora. Esto le hace perder la cabeza...

Wens se inclina sonriendo hacia sus auditores:

—Este encuentro imprevisto, ha destruido el plan del asesino. Quiere apresurarse. La arrastra a usted, señora, a su sórdido alojamiento y la reduce a la impotencia. ¿Qué hacer? No duda que la policía aprovechará sin tardanza la falta que él ha cometido al tomar uno de los taxis estacionados cerca de su casa. Podría haber huido, huido en seguida, y habría quizás ganado la partida otra vez en parte, puesto que la fortu-

na ambicionada por él, debía ahora dividirse entre cuatro, no entre nueve como antes, y habría conservado la esperanza de atraerla a Ud. algún día al extranjero. Pero un factor psicológico entra en juego. Gernicot sabe que ya usted no le ama, que quizás le odia, que lo odia con seguridad, y que Perlonjour le ha reemplazado en su corazón. A su odio, se agrega la violencia de los celos. Quiere "la piel" de su antiguo amigo, como ha logrado ya la de los otros. Por su parte, Perlonjour busca al asesino. Como el imán atrae al fierro, vosotros dos os atraíais el uno al otro...

Wenceslao aplastó su cigarrillo contra el cenicero y prosiguió:

—Señor Perlonjour, usted estaba a su merced. Desarmado, ¿qué hubiese usted podido contra él? Nada, ¿no es cierto? Entonces se produjo una especie de milagro... Estalló una tempestad... He aquí a nuestro hombre fuera de combate por tiempo indeterminado, lo que me permitió correr al departamento de Senterre y socorrerle a usted...

Hubo un silencio.

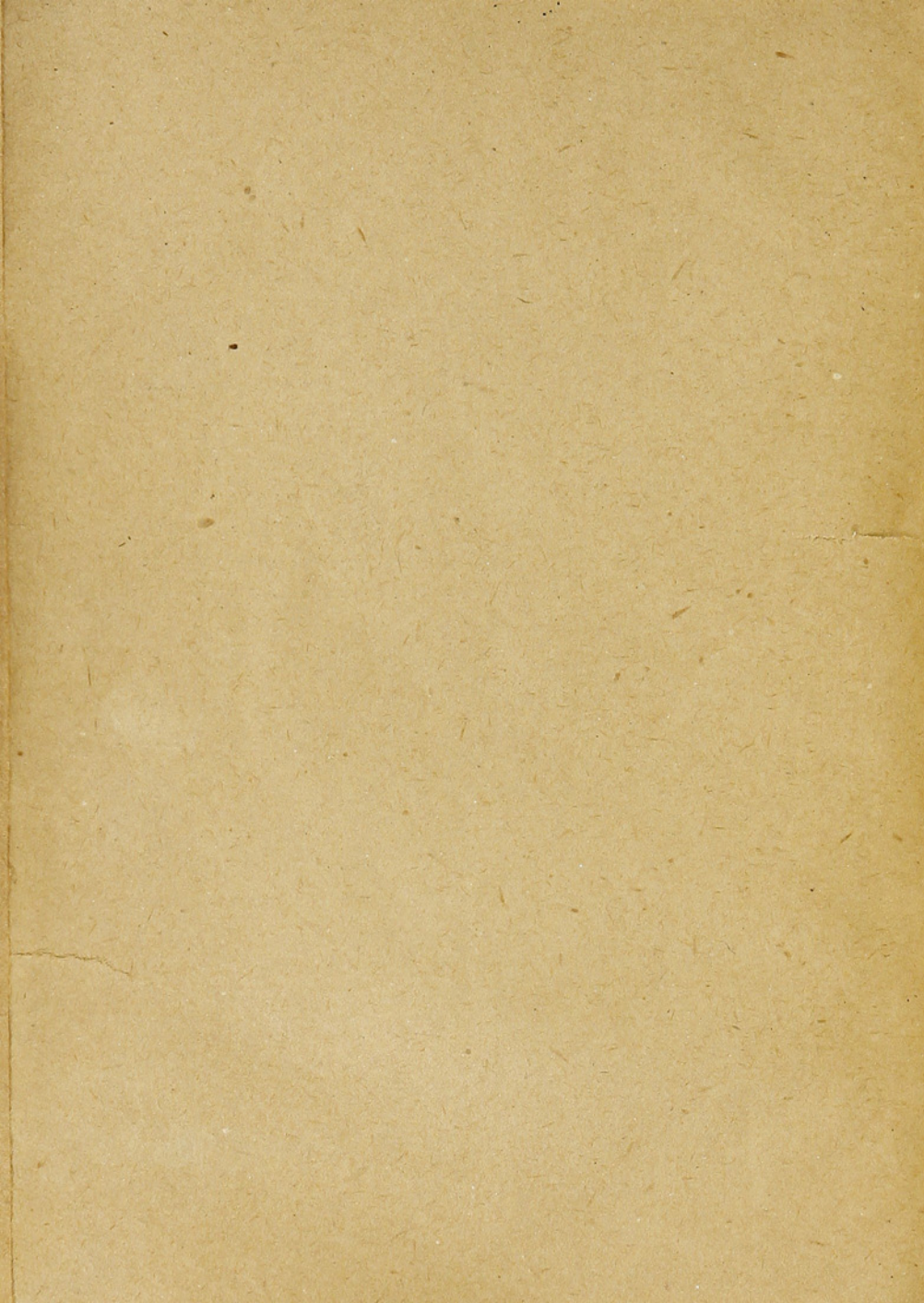
—¡Y decir, señora—continuó el inspector con tono humilde—que he llegado hasta sospechar de usted! Observaba el interés que había tenido usted en ser la esposa de Gernicot, sin pensar en el interés que podía haber tenido él en llegar a ser su marido... Un alma perdida, eso era ese hombre. ¡Dénse ustedes cuenta de su infernal audacia! Cuando decía a Senterre: "Eres un hombre muerto, tú también estás condenado", sabía que Senterre moriría en sus manos... No podía resolverme a imaginar eso... Tamaña maldad... Decididamente, tengo mucho que aprender de la vida y de aquellos que hacen profesión de quitársela a sus semejantes...

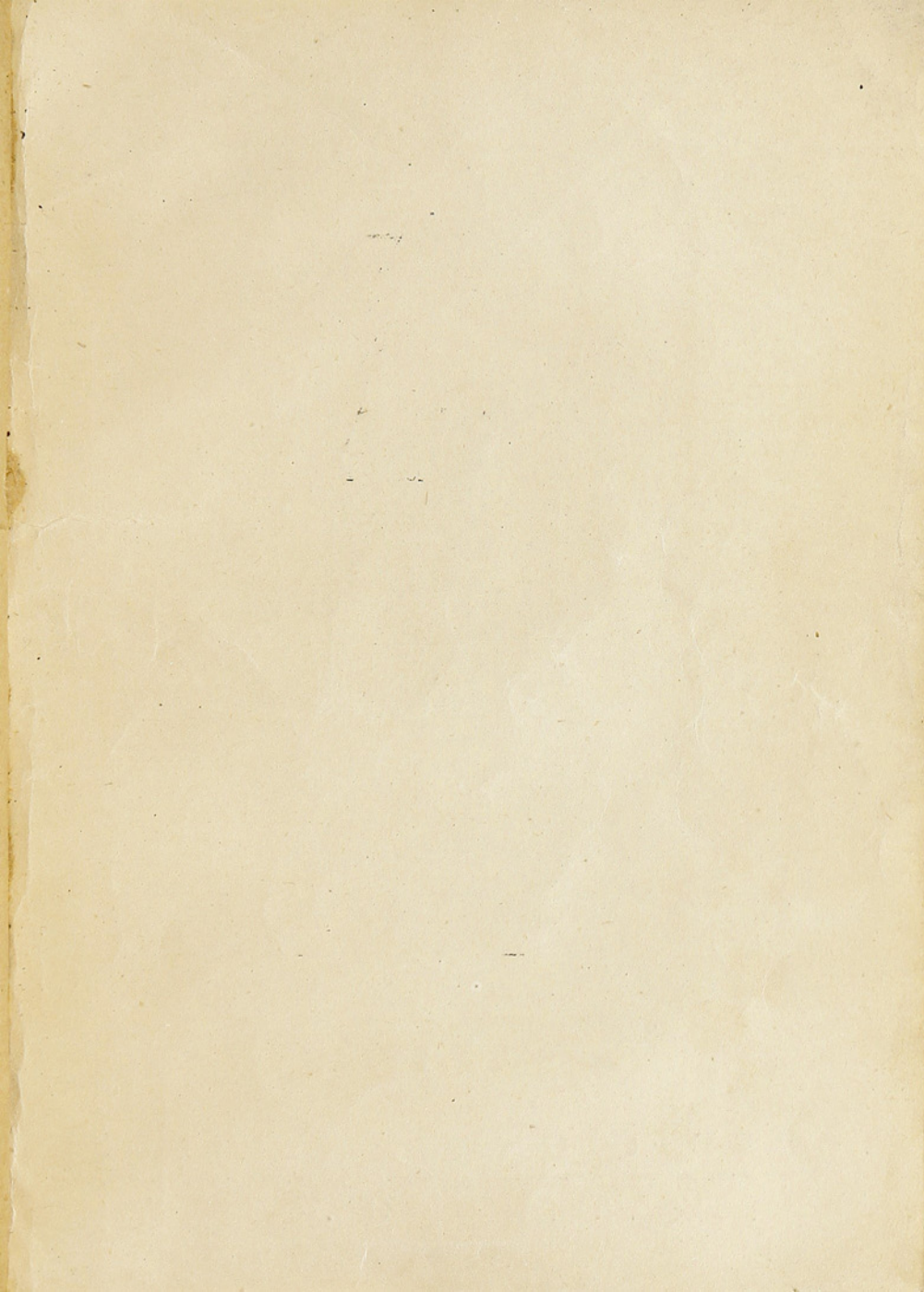
Se inclinó acercándose a sus comensales, y dijo:

—Excúsenme, tengo que dejarlos... Ya es tarde... Muy tarde... ¡Les deseo toda la felicidad del mundo!

INDICE

	Pág.
Cap. I.—El mundo es nuestro	5
„ II.—Seis alegres muchachos	10
„ III.—Una noche en las Bermudas	14
„ IV.—El miedo a la tempestad	18
„ V.—Vidrios ahumados y barba roja	23
„ VI.—Lo inesperado	29
„ VII.—Esos señores del parquet	32
„ VIII.—Un cocktail con Wenceslao Vorobeitchik	38
„ IX.—Una mujer y dos hombres	44
„ X.—Urgente y confidencial	49
„ XI.—La tercera víctima	52
„ XII.—Wenceslao resuelve un enigma	56
„ XIII.—A Nora, para siempre	65
„ XIV.—Acusación póstuma	69
„ XV.—El vencedor del Atlántico	74
„ XVI.—Implacablemente	79
„ XVII.—Wenceslao emite una hipótesis	83
„ XVIII.—El secreto de Encarnación	89
„ XIX.—La cólera de Senterre	94
„ XX.—Perlonjour se fuga	100
„ XXI.—La quinta víctima	106
„ XXII.—Se han robado a la señora	111
„ XXIII.—El último de los seis	115
„ XXIV.—Muerta la bestia	118
„ XXV.—El señor Wens tiene la palabra	125







EDICIONES E R C I L L A

Biblioteca Alerta

\$ 3.-

N.º 1

